

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 15 - 21 julio 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 398

UN DIA
QUE DURA
20 AÑOS



LA GRAN
FECHA
VIVIDA POR
LA MUJER
ESPAÑOLA

MADRES, ESPOSAS, HERMANAS,
HIJAS, NOVIAS...

GIBRALTAR SIGUE SIENDO UNA NOTA NEGRA

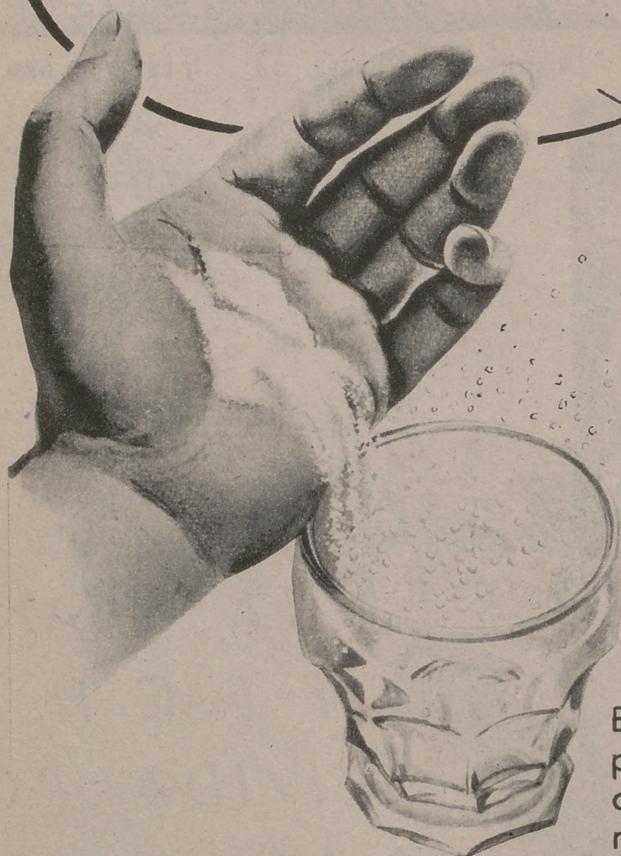
(pág. 21)

Gloriosa historia de la División Azul, entrevista con el general Esteban Infantes (página 9). * Oleoducto Rota-Zaragoza (página 13). * El paisaje español cambia (pág. 17) * Fuenteovejuna (página 25). * Manolo Vázquez (pág. 13). * La obra española en Marruecos (pág. 32). * Argelia y su destino (pág. 43) * «La larga marcha», por Slavomir Rawicz (página 46). * Córdoba milenaria (página 50). * Gabriel y Galán (pág. 54).

LAS JOYAS DE LA DIFUNTA,
por Gabriel Reine

¡Un buen refresco...

...Y UN REGULADOR DEL ORGANISMO



Buen refresco no es aquel que primero provoca una sensación de frío e inmediatamente una reacción contraria. Sólo es buena para la salud, y eficaz contra el calor, la bebida que fisiológicamente mitiga la sed y a la vez entona el organismo: "Sal de Fruta" ENO, en agua fría... Y si es con unas gotas de limón, mejor.



C. S. 14. 100

La "Sal de Fruta" ENO es una bebida natural, efervescente y refrescante consagrada en el mundo entero desde hace 85 años. Estimula las funciones orgánicas, elimina los desechos y depura la sangre. Iguala las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS REGIST.

REFRESCA, ENTONA, PURIFICA

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID



A la izquierda: la excelentísima señora condesa Moscardó; a la derecha: Pilar Primo de Rivera; del Alcázar de Toledo, viuda del glorioso general abajo: Carmen Mirallés

UN DÍA QUE DURA 20 AÑOS

LA GRAN FECHA VIVIDA POR LA MUJER ESPAÑOLA



MADRES, ESPOSAS, HERMANAS, HIJAS, NOVIAS...

HACE ahora veinte años de aquel 18 de Julio de 1936. La hora del Alzamiento no sonó sólo para los hombres, para quienes tenían que ocupar un puesto con el fusil en las manos en las trincheras y en las alambradas, para el combatiente y el soldado. Antes de que las manos empuñaran el fusil, la voz de una madre, de una hermana o de una novia se dejó oír para dar ánimo, fe y esperanza. Para iniciar la tarea de rescatar palmo a palmo a España.

Ese fué el principio. Después, a lo largo de tres años, en el sacrificio, en la abnegación, en el trabajo, en el peligro, la mujer española estuvo siempre en su puesto, sin regatear esfuerzos, desvelos o ternuras. Y estuvo la mujer española en primera línea, en cuadrada en Auxilio Social o en Frentes y Hospitales, en hospitales de sangre, talleres de Intendencia, fábricas, servicios administrativos, guarderías infantiles, Cruz Roja... Otras, en el hogar, al cuidado de la familia, viviendo minuto a minuto los largos días de la lucha. Madrinan de guerra, que en la carta o en el jersey, tejido en las horas que se robaban al descanso, llevaban hasta el soldado un símbolo de agradecimiento, de cariño o de esperanza.

Al cabo de los veinte años, aquellas mujeres son las mismas que conmemoran hoy el 18 de julio de 1956, fieles al recuerdo de los que cayeron, fieles a los que

lucharon y fieles a los ideales que salvaron a España. Unas, con apellidos que son ya de la Historia; otras, con nombres menos conocidos, a todas por igual llega este 18 de Julio, que evoca las horas difíciles en las que se daba comienzo a nuestra Cruzada.

SIEMPRE EN PRIMERA LINEA

Pilar Primo de Rivera tiene el gesto limpio. Sus movimientos son de una gran sencillez. Sólo de vez en cuando su mano en el aire

hace un gesto nervioso que trasciende a energía.

Es ella —ella, Pilar— quien conoce mejor que nadie las rutas por las que anda cada día nuestra campesina, la que año tras año ha querido sus manos más hábiles, sus rostros más alegres. La que ha traído también hasta la vida áspera de las ciudades las canciones de todos los aldeanos de España. Y ha sabido recordar a la operaria de una fábrica, como a la estudiante que camina con los libros debajo del brazo, las canciones que supieron sus abue-



Doña María de los Dolores Guzmán, viuda del general Moscardó, con tres de sus nietos

las y que luego se habían olvidado, Dios sabe por qué, hasta quedarse rezagadas en el pequeño vilorrio, para que las cantase la vieja más vieja del lugar y tan sólo ella.

Y también ha querido la vida de la mujer española más profunda, implicada en las preocupaciones nacionales. Profunda y honda dedicación. Ella sabe por eso, mejor que nadie, cómo fue nuestra mujer del 18 de Julio de 1936, la que vivió aquellos tiempos.

Todo esto es verdad. Pero celebrar una entrevista con Pilar, mantener una conversación con ella, es casi imposible: Juntas, consejos, visitas, viajes. El horario de Pilar es: «Siempre».

Ella habla. Pausadamente, como sabe hacerlo. Una pregunta, y ella evoca ya aquella mujer del 18 de Julio de 1936.

—Aquella mujer, aquellas mujeres, vieron el 18 de Julio de 1936 igual que muchos españoles, como la última posibilidad de hacer una España más digna, más justa y más importante.

Entre todas ellas, de todas las que esperanzadamente miraron la fecha cara a cara, estaban aquellas siete mujeres que formaron en Falange Española la Sección Femenina de primera hora. Siete mujeres. Y su «territorio», todo un cajón en la mesa del S. E. U.

De estas siete mujeres, de este humilde cajón donde se guardaron los importantes papeles primeros, salió el impulso que había de reunir, atraer, convencer, hermanar muchas otras mujeres. Muchachas con la preocupación terrible de aquellos tiempos sobre sus frentes. Una, y otra, y otra. Las mujeres van llegando a la Sección Femenina, se van empapando del sentido y de la necesidad de una Revolución Nacional Sindicalista.

Pero la mujer lleva en su alma la paz. Si se sentía la necesidad de la Revolución, era con un inmenso ánimo de sacrificio. Por una España —dice Pilar— más digna, más justa y más importante.

Estos fueron los tipos de muchacha que estuvieron presentes en el 18 de Julio.

—Fueron las que no pensaron más que en entregarlo todo, sin

acordarse en ese momento ni del futuro de sus vidas, que para muchas, por esa entrega total, ha quedado deshecho.

Hace una pausa en el recuerdo y levanta la cabeza. Ahora, sin embargo, habla decidida, firmemente.

—Si, su vida ha quedado ahora muchas veces deshecha. Pero bien es cierto que tienen también la compensación inmensa de haber contribuido a crear una nueva conciencia española.

Fueron entonces y después mujeres que aceptaron sin miedo alguno el sacrificio.

—Tenían aquellas universitarias la intensa angustia de su preocupación por España. Muchas de ellas se encuadraron en el S. E. U. y desde allí cumplieron su servicio del mismo modo que las que no eramos universitarias.

Nada más lejano de una vida frívola y vacía. Yo quiero imaginarlas a todas con el mismo rostro sano y limpio de vaciedades. Un rostro único, con el cabello al viento.

No vieron el 18 de Julio desde su casa. Lo vieron activamente. La política había dejado de ser algo exclusivamente reservado a las conversaciones de los señores en el café y a las tertulias sesudas que querían arreglar todos los momentos difíciles con diversas posiciones de las cucharillas sobre la mesa.

La mujer había llegado a la política, se incorporaba a ella precisamente como mujer. Hay un rincón femenino en la tarea de una Patria mejor.

Nadie más alejado que ella de querer empujar a la mujer a invadir terrenos puramente masculinos. Pero la ausencia de la mujer, su despreocupación de los problemas del país, no tienen nada que ver con su femineidad.

—Antes de nuestra Guerra de Liberación apenas había en España una experiencia de la intervención directa de la mujer en política. La verdadera aportación de la mujer a la vida española empezó con la guerra.

Desde entonces la Sección Femenina ha trabajado día tras día porque la vida de nuestra mujer, nuestra mujer en sí, fuese más profunda. Se la ha formado políticamente. Se le han hecho ver

sus responsabilidades como mujer, lo bello de su tarea en el hogar y con los hijos.

Esta es la diferencia fundamental entre nuestra mujer de hoy y la mujer de hace veinte años.

Hoy muchas de nosotras nos hemos encontrado por los Albergues de España, en los más bellos y recónditos rincones de nuestra Patria. Hemos cantado juntas, hemos discutido —¿cómo no?— con palabras amigas.

Una mujer, la nuestra, que tiene un papel genuinamente femenino que desempeñar en la sociedad.

Y todo esto ha sido labor de Pilar. Pilar ha dirigido personalmente cada pequeña campaña desde su despacho. Ha ido a todos los puntos de España. Ha organizado cursos, cursillos, de todas clases. La Sección Femenina tiene en España Delegaciones hasta en los rincones más escondidos. Es exactamente la Sección Femenina la Organización femenina más amplia del mundo entero. Lo abarca todo: labor cultural, social, política, religiosa, ayuda a la mujer en el hogar, protección a la campesina.

En medio de toda esta labor jugente, Pilar siempre. Debajo de su modestia, una gran ternura, una gran energía de la firmemente dulce. Un inmenso sentido del humor. Pilar quiere a la gente alegre. No le gusta la gente pesimista, la que lo ve todo negro. Gente alegre, «lo mismo que quería a sus monjas Santa Teresa». Por algo es la Santa de Avila la Patrona de la Sección Femenina.

Y así quiere también Pilar a la mujer española. Alegre, con la alegría de la conciencia limpia del deber cumplido.

Bajo su gran ternura, el amor por los niños. Alguna vez ha dicho que le gustaría dedicarse a educar niños. «Tener una escuela» o algo parecido.» Y hoy llenan este amor los cuatro hijos de su hermana Carmen, a ella totalmente confiados. «Cuatro hijos, cuatro verdaderos hijos llegados del cielo.» Preocupaciones de madre llenan hoy las horas de... «descanso».

Esta es Pilar. En la antesala, gente. Siempre, mucha gente.

UNA MUJER EN LAS PUERTAS DEL ALCÁZAR

La viuda de Moscardó es como una roca batida por todas las tempestades. Esculpida por los sufrimientos, María de los Dolores Guzmán Palanca es la encarnación de las virtudes de la mujer cristiana y española. Un mes hace que habita en El Pardo, en la casita modesta, abierta a los jarales y encinares, que el héroe del Alcázar tenía alquilada para su descanso. Quidan de ella ahora sus hijos Marichu y Carmelo.

—Me he caído el otro día en la escalera de casa. Resbalé cuando iba a atender a la criada, que estaba enferma. Me han hecho una radiografía y no sé aún si tendré fractura de cadera. A mi edad, y con lo agotada que estoy, ese percance puede ser el final que Dios me ha reservado...

Tiene ochenta y un años la condesa del Alcázar de Toledo. Pocos rostros a esa edad tan delicados y dulces como el suyo; parece una miniatura de faccio-



Don Miguel Primo de Rivera con sus hijos: José Antonio, Miguel, Fernando, Carmen y Pilar

nes bonitas, rasgos suaves, de santa sonrisa. Enlutada, de cabellos blancos y el dolor presente en cada una de sus miradas. Hay sobresalto cada vez que mira, como si no hubiesen concluido aquellas horas de hace veinte años, cuando le asesinaban a dos hijos y cuando ardía la pólvora en torno al Alcázar.

—Hace veinte años que no he pisado ningún cine ni espectáculo. No he visto ni la película que hicieron sobre el Alcázar. Nunca tuve valor para acompañar a mi marido a ninguna recepción ni ceremonia. Desde hace veinte años, siempre en casa y en la iglesia, rezando y llorando por José y por Luis. Y ahora, pidiendo a Dios por mi marido y para que me conceda fuerzas para poder soportar esta nueva cruz... No hay consuelo cuando se pierde al hombre con quien se ha convivido cincuenta años. Ibamos a celebrar nuestras bodas de oro poco después del día que murió.

Mientras las lágrimas de la señora caen blandamente por los surcos abiertos en su rostro, por la ventana abierta de esta casita de El Pardo vienen los cantos de los miles de madrileños que han ido al campo a pasar en él la paz de la tarde del domingo. Son familias enteras con los hijos, las cestas de la merienda, las botas de buen vino y las mantas. La tarde ha caído ya, y la «cola» ante la parada de los autobuses va engrosando sin cesar. Llega esa alegría a la estancia de la madre y la esposa que llora; la viuda de Moscardó parece que escucha el bullicio del exterior.

—¡Cómo ha cambiado todo en veinte años! El mismo 18 de Julio de 1936, mi marido tomó el autobús en Toledo para trasladarse a Madrid, donde tenía que arreglar la documentación a fin de asistir a la Olimpiada que se iba a celebrar en Alemania. Estuvo en Capitanía, pero regresó en seguida a casa. Llegó a tiempo a la hora del almuerzo y estaba muy preocupado. Se había enterado del Alzamiento en África y se incorporaba a su puesto. «Ya se ha resuelto esto», fué su primer comentario.

Dña María de los Dolores Guzmán, pese a sus ochenta y un años, tiene aún fresca la memoria de un diálogo con su esposo cuando ambos estaban sentados en la mesa del comedor de su casa en la calle de Santa Clara, de Toledo:

—José, tú tienes muchas esperanzas, ¿verdad?

—Sí. ¿Y tú?

—También. Yo sé que Dios está de nuestra parte y confío en que El nos ayudará. Creo que va a ser una prueba muy dura, pero tengo fe en mi presentimiento.

El coronel, cuando se levantó de la mesa, repitió casi las mismas palabras:

—Confía en Dios y en la Virgen Santísima, que saldrá todo adelante.

Aquel mismo día, el 18 de Julio de 1936, la familia Moscardó se separaba. El coronel se trasladaba al Alcázar, por haber dispuesto el acuartelamiento de las tropas, y la madre, con sus hijos Luis y Carmelo, se refugiaban en el pabellón habitado por el teniente coronel Tuero, cercano a la fortaleza.

—Mi hija Marichu se hallaba en Estoril con su tía Sofía; Miguel estaba en África destinado,

y José llegaba a Barcelona para ir también a la Olimpiada. En esta ciudad fué detenido y asesinado.

La despedida del matrimonio Moscardó tuvo lugar el día 21 de Julio, por la noche, bajo el cielo y las estrellas de Toledo, a las puertas mismas del Alcázar, todavía abiertas.

—María, nos despedimos para la eternidad; yo de aquí no salgo vivo. Esto no lo entrego.

Dña María tuvo todavía entereza para responderle:

—Cumple con tu deber y haz lo posible para que yo sepa de ti. Yo me encargaré de los chicos.

María de los Dolores Guzmán busca asilo con sus dos hijos en casa de la familia Tapiador. Es allí, al apoderarse de la ciudad la columna procedente de Madrid, donde le arrebatan a su hijo Luis.

—Registraron la vivienda y se llevaron a Luis, sin descubrir aún su identidad. Pero sabía yo que tan pronto como pusiera los pies en la calle sería reconocido. Al llegar a la Diputación, un corneta le denunció: «Ese es el hijo del coronel Moscardó.»

El calvario de la esposa del héroe había comenzado. Al ser detenida pudo ver en la cárcel a su hijo Luis, que aun vivía. Luego, sin separarse nunca de Carmelo, las vejaciones, la incomunicación en el Manicomio, oyendo en el día y en la noche las amenazas, los gritos de los dementes, todos y cada uno de los disparos que se dirigían contra el Alcázar y que podían hacer carne en la carne del coronel. Días y más días ignorando la suerte del marido, del hijo de Africa, combatiente de Franco. Sin saber si su hija Marichu había regresado a Madrid, desconociendo el destino de Luis y José. España se rescataba con el dolor y la abnegación de madres y esposas como María Guzmán de Moscardó.

Veinte años va a hacer en septiembre que Franco y sus soldados rescataban el Alcázar. Los Regulares ocuparon el Manicomio de Toledo, donde se hallaban María Guzmán y su hijo Carmelo. Aquella digna esposa del héroe aparece entre los cascotes del edificio. Sale de su prisión con la entereza de los mártires cristianos de la Roma de los Césares.

El actual Alcalde de la ciudad la reconoce:

—Dña María, ¿de dónde viene usted? El coronel cree que la han trasladado a Madrid.

—¿Dónde está?

—En Zocodover.

Allí es conducida por unos soldados de Regulares, pero en la plaza no está ya el esposo. Es en el hotel Castilla donde se encuentran por vez primera, después de la despedida a las puertas del Alcázar aquella noche estrellada de Julio.

—María, ¿cuándo has venido?

—Yo no he ido a ninguna parte; he estado presa. Nuestro Luis es el que debe de estar en Alcalá de Henares.

—Mujer, te lo mataron el 23 de agosto...

Tenía entonces María de los Dolores Guzmán de Moscardó sesenta y un años. En pocos días su rostro se había marchitado y su mirada era ya apagada. Aquellos días habían sido como la tempestad que agita las hojas apenas teñidas de oro del verano, que las arranca para dejar el árbol en el esqueleto del invierno. A partir de entonces, la esposa del héroe vivirá para su dolor y sus recuerdos:

—Terminada la guerra, fuí al cementerio de Barcelona para ron. Eran los restos de mi hijo, José. Vi su esqueleto, el cráneo roto por algún golpe que le dieron. Eran los restos de mi hijo, porque reconocí su dentadura. También presencié la exhumación de Luis, con los huesos rotos por las balas y con los mismos calcetines que usaba la última vez que le besé...

Hasta la estancia de esta casita de El Pardo, abierta a los jarales y encinares, llegan las canciones de los madrileños que han ido a disfrutar en el campo la paz de una tarde de domingo. Entre esta alegría y el dolor de esa madre y esposa han transcurrido veinte años.

EL SACRIFICIO Y LA LEALTAD DE UNA FAMILIA

Ha sido la guerra de España una guerra donde familias enteras lo han dado todo. El brote juvenil, que pudo enlazarlas con las nuevas generaciones, cayó ge-



Los tres hermanos Miralles en la cárcel Modelo unos meses antes de julio de 1936

nerosamente en ofrenda a la Patria y al ideal. Por Dios y por la Patria se ha muerto en España. Y se ha hecho alegremente. La muerte selló con su signo a nuestra mocedad.

Un ejemplo claro y patente de este emprendimiento generoso, de este darlo todo de las familias españolas, ha sido la biografía de los hermanos Miralles. Tienen los hermanos Miralles, tan jóvenes, tan próximos, tan heroicos, un tinte romántico que los circunda. Manolo era estudiante. Había nacido el 16 de abril de 1912. Los cuatro Miralles, con su hermana celebraban antes de la guerra tertulias, literarias de grato sabor: Asistían Bolarque, Figueroa, literatos, artistas y jóvenes universitarios. Agustín de Foxá ha plasmado en uno de sus libros aquellos inolvidables momentos.

Pero al hablar de Manolo hay que hablar al mismo tiempo de sus hermanos. Eran monárquicos por buen gusto frente a la república soez y chabacana. Eran combativos porque para eso eran jóvenes. Muchas veces estuvieron detenidos. A los Miralles se les conocía en la calle. Cuando llegó el 18 de julio, los Miralles estuvieron en primera línea. Manuel Miralles, con Carlos, estuvo encargado de ocupar Somosierra, con objeto de evitar la llegada de las fuerzas rojas a Burgos. Allí, en Somosierra, cayó Carlos el 22 de septiembre. Manolo vió morir a su hermano. También cayó Luis Miralles en el ataque a Gascones. El general García Escámez reclamó como ayudante a Manolo. En este puesto vivió la campaña de los frentes de Guadalajara, Sigüenza, Aragón y Cataluña; en Corbalán, en la masía de Hita, hubo de morir heroicamente; era el 6 de marzo de 1938. El mismo día que Manolo, universitario, juvenil y romántico, cayó para siempre, terminó su hermano Jaime el cursillo de alféreces provisionales.

Carmen Miralles es la hermana. Hay en su porte, en la expresión de su mirada, en el tono de su palabra, toda la generosidad representativa del heroísmo de una raza.

—Yo tenía, entonces, 27 años. Vivíamos todos en Velázquez, 21: mis padres, mis hermanos, y yo, con mi marido y mis hijos.

Una gran familia, una familia ejemplar. Carmen Miralles, con una emoción difícilmente contenida, va recordando, lentamente, el pasado:

—Yo era la hermana mayor de los cinco hermanos, y me alegro, porque esa circunstancia me ha permitido conocerlos plenamente. Tres murieron, y el otro, el más pequeño, fué al frente, a primera línea, a los dieciséis años. Mis hermanos viven en mi corazón. Les ayudé cuanto mi condición femenina me lo permitió, y son el modelo y el prototipo que para mis hijos quiero.

Carmen Miralles no vive ya hoy en la calle de Velázquez; se ha trasladado un poco más abajo, al paseo de la Castellana. Frente a sus balcones, el verde purísimo de los árboles recién plantados o de los que ya conocieron muchas primaveras, es, en cierto modo, el símbolo de aquel día de julio de 1936:

—¿Cómo vió usted el 18 de julio?

—Como una esperanza.

Una esperanza, efectivamente, hecha ya hace tiempo realidad plena y lograda como las frondosas copas de los árboles del madrileño paseo.

—El 18 de julio de 1936 cerró España el período de la anarquía para iniciar gloriosamente la contrarrevolución, cuya esencia custodió el alma de la mujer española, que vibró en sus más íntimas y delicadas fibras, con el Movimiento Nacional, viendo fertilizar su amor con la sangre y el riesgo de sus padres, de sus maridos, de sus hijos, de sus hermanos...

El ejemplo de la fraternidad más sacrificada, más sublime, está en Carmen Miralles. Y si en aquel 18 de julio de 1936 ella ayudó a sus hermanos que luchaban por la noble causa de la Patria, hoy, en este 18 de julio de 1956, Carmen Miralles, como una firmísima columna, no ha variado ni su pensamiento, ni su acción, ni su lealtad a una causa.

—Tengo dos hijas y cinco hijos. Aspiro a que mis hijos alcancen la virtud y el valor con que mi madre supo formar a mis hermanos, y si algo bueno hice en mi vida, desearía que me lo premiase Dios viendo en mis hijos el reflejo del valor, de la caballerosidad y del patriotismo con que mi padre supo ejemplarizar a mis hermanos.

Carmen Miralles es el recuerdo presente del recto proceder de una familia que lo dió todo hace veinte años por la salvación de España y que está dispuesta a darlo todo otra vez si ello necesario fuese.

Las nobles estirpes, como las de los hermanos Miralles, son el justo orgullo de la Patria.

«LAS MUJERES SIEMPRE HACEN FALTA»

Veinte años hace que el 17 de julio, Camino Larrea echaba el candado a la alpargatería de la calle Mayor de Pamplona. Hora era ya de abandonar el mostrador del comercio de su padre para dar el paseo por la plaza del Castillo en compañía de Felipe Arauz, el navarro de Arteaga, que hablaba de matrimonio allá para el próximo otoño. Si el paseo era acontecimiento diario para la pareja, era desacostumbrado, sin embargo, el espectáculo de las calles de la ciudad.

—En la plaza del Castillo se encontraban todos los mozos de Pamplona. Bajo los «cubiertos», bajo los arcos, había muchos sacerdotes que confesaban a los que se preparaban para ir a la guerra. Se cantaba y se vitoreaba a España. En Cizur había tenido lugar la bendición de las boinas rojas...

Para Camino Larrea y para Felipe Arauz aquellos momentos iban a ser los últimos que pasaban reunidos. El Alzamiento estaba en la mente de los dos jóvenes como lo estaba también en el corazón de Navarra entera. La alpargatería de la calle Mayor se había cerrado para largo tiempo, porque en días sucesivos ni el dueño ni su mujer, ni sus tres hijas ni los dos varones estaban para vender calzado.

—El 18 de julio se inició la marcha de los hombres del campo y de los pueblos hacia Pam-

plona. Los obreros dejaron los talleres, los agricultores las tierras; las oficinas, los hogares, se quedaron vacíos. Había que ir a la capital para recibir un fusil o una escopeta. Ese día se agotaron las boinas y mis hermanas y yo lo pasamos entero cortando y cosiendo esas prendas de piezas de paño...

Al día siguiente la región se había puesto en pie de guerra contra el Gobierno de Madrid. Todos los miles de voluntarios concentrados en Pamplona no obedecían otras órdenes que las que dictaba desde el palacio de Capitanía el general Mola.

—Los hombres de casa se echaron muy de mañana a la calle. Mis hermanas y mis amigas oímos misa en los Corazonistas y luego no teníamos otra ilusión que ver de cerca a Mola. Fuimos todas a Capitanía y conseguimos llegar al primer piso del edificio. De pronto se abrió una puerta y apareció el general. Nos quedamos sin habla y sin saber qué decir. Una rompió el silencio: «General, queremos ir a Madrid con los mozos. Les ayudaremos a preparar las comidas y cuidaremos de lavar su ropa. ¿Verdad que harán falta las mujeres?» Mola se sonrió con timidez y contesto: «Las mujeres siempre hacen falta.»

Primera tarea de las navarras fué arrancar la tira morada de la bandera republicana. Desde los momentos iniciales del Alzamiento, por falta de tela de color gualda, la bandera de España consistió en una banda amarilla y una sola banda roja.

—Cuando llegó la hora de ir a almorzar a casa es cuando nos dimos cuenta exacta de que ni mi padre ni mis hermanos regresarían en mucho tiempo. Pensé entonces también en mi novio y me fui, como tantas otras navarras, a la puerta del cuartel para despedirme. Pude verle y pude decirle adiós antes de salir para el frente de Madrid.

—Nuestra boda será en otoño, Camino. No olvidaré esta promesa.

—Lo importante ahora es ganar la guerra. Tenéis que terminar pronto y volver todos. Dios va con vosotros...

Dios estaba con todos los navarras de las trincheras y con todas las navarras, que ponían el corazón entero en ayudar a los combatientes. La alpargatería de la calle Mayor permaneció cerrada. Los pabellones del Parque de Artillería de Pamplona se abrieron a las voluntarias que fabricaban bombas de mano. El Hospital Militar recibió a todas las enfermeras que habían hecho cursillos, en la clandestinidad, para cuidar a los heridos llegada la hora de la lucha. Se instaló un nuevo hospital, el de «Alfonso Carlos» atendido por voluntarias. Y se cosía, se organizaban ficheros, se montaban los primeros servicios de «Frentes y Hospitales» para llevar a primera línea los desvelos y los obsequios de las mujeres de Navarra.

—Mi madre y una de mis hermanas hacían dos turnos en la ropería del hospital; a mí me enviaron al Parque de Artillería a rellenar de metralla las bombas de mano. Nos reuníamos en familia solamente a las horas de las

comidas y cuando rezábamos el rosario para que la Virgen velase por mi padre y mis hermanos, yo rezaba también por mi novio.

Camino recuerda, pasados veinte años, cada momento y cada instante de aquellos días heroicos. Junto a ella, en silencio, escuchaba Felipe Arauz, el mozo de Arteaga, que no pudo cumplir su compromiso de casarse en el otoño de 1936, pero que hizo honor a su palatrina de navarro el año 1939 cuando el escudo de su región lucía la Laureada de San Fernando y España estaba reconquistada. En la pared del comedor de los Arauz hay una fotografía del dueño de la tienda de alpargatas de la calle Mayor de Pamplona, con boina roja y borla dorada, la misma que llevaba puesta cuando cayó en Ochandiano, cuando los voluntarios de Franco se abrieron paso a Bilbao.

QUINTA COLUMNA FEMENINA

La mujer es la que más se opuso al comunismo, porque es la que más perdía con él. La familia, la religión, la Patria, el pudor... ¡Todo lo que tiene una mujer para poder serlo!

Por ello dos hermanas, María Paz y Carina Unciti comenzaron entonces una obra: el Auxilio Azul.

—Fué la primera organización femenina anticomunista del mundo—nos dice Carina—que actuó clandestinamente en el Madrid cautivo y mártir de los años comprendidos entre el 1936 y 1939 por la causa de la libertad humana.

Actuaba en sus comienzos Auxilio Azul de una manera inorgánica, consistiendo su principal misión auxiliar a los perseguidos y esconderlos. Pero cuando muere María Paz en la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre, Carina se da cuenta de que hace falta una Organización.

—Percibí a la muerte de mi hermana la necesidad imperiosa de transformar las primeras actividades del auxilio a perseguidos en una Organización adecuada a la peligrosidad en que se desenvolvía y al vertiginoso aumento de personas necesitadas de tal protección, dándole el nombre de Auxilio Azul de María Paz, en recuerdo de su gloriosa memoria y aunando en su acción las fórmulas suaves de la caridad y esperanza.

Carina nos muestra varios documentos. La historia sube a valaradas de las grandes carpetas de papel de barba, algunas declaraciones juradas que comienzan a patinar el tiempo con nombres desconocidos y heroicos que en lenguaje conciso como de parte de guerra narran hazañas inverosímiles. Fichas de militantes, de casilleros escuetos. No importa la profesión, es un hecho social. Al lado de una mujer catedrática se encuentra una portera. Sólo importa el servicio como en esta que tenemos delante de Anita Martos. En ella leemos. Extraordinariamente heroica, inteligente, hábil... Y como una rúbrica «excepcionalmente buena».

La constitución de la primera Junta Directiva y de la Secretaría General. El detalle del Mo-

vimiento de Secretaría camuflado en la contabilidad de fabricación y nóminas de un monopolio para asegurar la mayor clandestinidad de la Organización y el documento acreditativo del reconocimiento oficial de la obra cuatro meses antes de terminarse. Los primeros puntos de espíritu y acción de Auxilio Azul. El primer reglamento, en el que contemplamos en el estilo lacónico de su articulado algunas normas como ésta: «Art. 6. Cada militante llegado el caso negará pertenecer a organización alguna, aunque para ello sea preciso el martirio.»

Eran unas 6.000 mujeres militantes las que pertenecían al Auxilio Azul. No se conocían unas a otras. Se dió el caso en que la hermana de Carina, Pilar, perteneciendo a aquél, no sabía que ella era la Jefe del Auxilio.

—La lucha de la «Quinta Columna», de la Caridad y el Amor, constituida por las mujeres de Auxilio Azul, que laborando como hormigas, mantenían con su heroísmo humilde el dique del frente interior de Madrid contra la «Quinta Columna» del odio y la perversidad comunista organizadora de las terribles checas y de los martirios y persecuciones de todo orden.

—¿Y cómo se enteraba de la gente que era denunciada?

—A veces por los propios familiares de los detenidos. Otras por dos mujeres que tenía en el Sim rojo. Una en nóminas y otra en denuncias y contraespionaje. Las dos pertenecían al Servicio de Seguridad de Auxilio Azul.

De la carpeta enorme surgen ahora fichas hechas en el propio papel de la Dirección de Seguridad roja.

—¿Y cómo podían tener esto?

—Escondido en una Embajada. El servicio de checas era llevado directamente por mí y un reducido grupo de militantes, entre ellas Anita Martos, Cristina Moreno, Salvadora Hernández, todas ellas de la máxima garantía por su inteligencia y decisión excepcionales, fué de una enorme peligrosidad.

También hubo de hacer frente al Auxilio Azul a la atención de los refugiados en Embajadas extranjeras, atendiendo a sus necesidades y organizando una serie de lugares ocultos, algunos de ellos inverosímiles para la protección inmediata y urgente de los que, según el Servicio de Seguridad de la Organización, se hallaban en gravísimo peligro de detención y muerte.

Entre estos lugares estaban los sótanos, alcantarillas, casas particulares, en donde se hacía una noble pared, nichos de cementerios... Se daba el caso de que aquellos milicianos que tanto mataban tenían miedo a la muerte y no se acercaban por allí. Por la noche les llevábamos la comida al propio cementerio.

Después de haber agotado los medios de peticiones de personas amigas y contribuciones particulares para allegar fondos con que atender a los perseguidos, cada vez mayor en número, adoptó el trabajo de sus afiliadas como medio productivo de una utilidad económica, confeccionándose prendas, novedades, muñequería y otras muchas labores, creándo-



Consuelo Romero en la actualidad. Hace veinte años vivió, en Canarias, alzarse las tropas nacionales en defensa de España

se talleres de confección y enlazándose con tiendas o establecimientos comerciales compradores de estos trabajos.

Uno de aquellos establecimientos estaba en la calle de Hortaleza. Se pagaban mucho aquellas cosas las milicianas. Hay que tener en cuenta que el total de lo recaudado por Auxilio Azul fueron diez millones de pesetas y puede calcularse que un 70 por 100 se consiguió de esta manera. También ayudó mucho la Cruz Roja Internacional. Cuando llegó la liberación Auxilio Azul había preparado diez mil banderas, todas hechas por sus afiliadas.

LA VOZ DEL GENERALISIMO POR RADIO TENERIFE

Verano de 1936; Canarias. Consuelo Romero acaba de perder a su marido, jefe de una Centuria de Falange. Se ha quedado con un hijo de diecisiete años y una hija de ocho.

—Tenía intención de venir a Madrid. Aquí estaban dos hermanas mías solteras que tenían una mercería en la calle de Feijoo. Me escribieron diciéndome que me esperaban, para que todas juntas atendiésemos la tienda y pudiésemos sacar a mis hijos adelante.

Consuelo Romero tiene hoy cincuenta y nueve años. Hace exactamente veinte, en julio de 1936, Consuelo Romero recibía en su casa de Santa Cruz de Tenerife la visita de un compañero de su marido.

—«Alégrate, Consuelo, me dijo. Franco va a liberar de una vez a España.» Yo ya sabía que en Madrid había huelgas, atentados y que no se podía salir con tranquilidad a la calle. Mi pobre marido, decía muchas veces en casa, cuando estábamos todos juntos: «Esto no puede seguir así, esto tiene que acabar un día o acabaremos todos nosotros».

Consuelo Romero recuerda la ansiedad con que se escuchaban las noticias de la radio; recuerda aquella primera proclama del Generalísimo, desde Canarias.

—Al saber que el Ejército de África se había sublevado, me fui

a casa de unas amigas mías, cuyos maridos eran jefes del Ejército. Las tres intuimos que estábamos viviendo un momento decisivo; una emoción enorme nos embargaba; sabíamos que aquello era el verdadero comienzo de una nueva época, de una nueva era de paz. Cuando al finalizar la guerra abracé a mis hermanas en Madrid pude comprobar que aquello era cierto, ciertísimo.

Consuelo Romero tiene los ojos llenos de lágrimas:

—Cuando escuchamos el primer mensaje del General Franco por la radio, en todas las casas de Tenerife, estoy segura, aquella noche se rezó por la salvación de España; eso hicimos también en la mía, mi hijo Carlos, mi hija Asunción y yo.

Encima de la repisa de la modesta casa en que hoy vive en Madrid Consuelo Romero, está el retrato de un muchacho, con dos estrellas sobre la guerrera de un uniforme de Aviación:

—Es Carlos, mi hijo. Se hizo teniente de Aviación. Su avión de bombardeo se estrelló en un servicio en el frente de Teruel. Cuando me dieron la noticia de su muerte, hice escribir en la esquina de sus funerales aquellas palabras que más de una vez les había repetido su padre mientras comíamos: «Piensa, hijo, que antes que el interés propio, está el honor de la Patria». Estas mismas palabras se las dije aquel día, de julio, cuando por los micrófonos de la radio oímos el «¡Viva España!» del Generalísimo.

Ahora, junto a Consuelo Romero, está presente su hija Asunción; aquella pequeña que entonces cumpliera ocho años tan sólo.

—Durante la guerra permanecí en Canarias, creyendo, como todos, que la guerra duraría poco. Cuando Madrid fué liberado vine a vivir con mis hermanas. Hoy han muerto las dos; me dejaron para mí su tiendecita. Con ella me defiendo. Asunción, mi hija, fué estudiando el Bachillerato. Hizo el Examen de Estado con Sobresaliente. Consiguió una beca para estudiar la carrera de Química. Y la terminó con muy buenas notas.

La madre no puede por menos que mostrar orgullosa las Matrículas de Honor y los Sobresalientes de la hija.

Hoy, Asunción acaba de conseguir una cátedra de Instituto, de Física y Química. Ella es la realización de aquella esperanza, de aquella intuición que tuvo su madre, Consuelo Romero, en Canarias, mientras por la radio se oía la palabra de Franco, Capitán General de la Región.

UN PUESTO DE HONOR

Espiel es un pueblecito de la provincia de Córdoba, en la cuenca minera de Peñarroya. Un pueblo que hoy viene a tener unos seis mil habitantes. En el número 19 de la plaza del Ayuntamiento vive una familia compuesta por siete personas: don León con su esposa y sus cinco hijos: Emilia, León, Angel, Francisco y Magdalena. Los varones ayudan al padre detrás del mostrador en una tienda de tejidos. Magdalena es la más pequeña. Hoy, veinte años después, es Magdalena quien nos habla.

—En casa todos presentíamos algo. Habíamos oído muchas veces hablar a mi padre. A mis hermanos mayores. Yo no sé de cierto decirle qué sentí entonces, cuando mis hermanos se despidieron de mí aquella madrugada, muy temprano, cuando todos se marcharon de casa, camino del frente. El día 18 de julio ellos apenas aparecieron. Vinieron muy tarde a la hora de cenar. Lo que sí recuerdo muy bien es que en mi venció a la tristeza por verlos marchar la alegría por saber que en su entusiasmo y en su fe había algo muy grande, algo que yo no había visto nunca. No pasó por mi mente la idea de lo trágico, de la muerte que, tal vez, le acechara a alguno de ellos. Había en todo, en todos, una sonrisa y una señal de esperanza. Yo tuve la impresión de que todo aquel estado de terror y de miedo en que vivíamos iba a terminar muy pronto. Cuando salieron, les regalé a los tres un escapulario que todavía León y Francisco lo llevan colgado del pecho. Angel murió en el frente, después de mucho tiempo.

A los pocos meses de aquel 18 de julio de 1936, Magdalena Mayor Pérez es enfermera de un hospital de urgencia que se ha establecido en su pueblo. Frente por frente de su casa. Es un hospital de sangre. El frente se encuentra a la espalda del pueblo. En la plaza, también casi en la puerta de su casa—una casa grande que es una tienda de tejidos—están emplazados los cañones. Más allá, a dos pasos, el frente de Peñarroya. Ella, la verdad, de Medicina no entendía gran cosa.

—Mi misión era hacer las camas de los soldados heridos, dar de comer a los enfermos y, sobre todo, darles esperanza y algún consuelo.

Un día, procedente de Sevilla, llega a Espiel un batallón de Infantería que durante seis meses acamparía en el pueblo. Entre la tropa va un cabo muy joven que acaba de ingresar en el Ejército como voluntario. Es el cabo Manfredi. Allí se conocen y allí, en el pueblo, se hacen novios. Después, para el cabo Manfredi vendrían los frentes de Córdoba, de Extremadura, de Madrid y una estrella de cinco puntas en el pecho. Una estrella y miles de cartas son dirección a Espiel. Magdalena seguiría en el pueblo, junto a la cabecera de muchos enfermos en el hospital de sangre. Algunos años más tarde, en la mañana del día 16 de octubre de 1947, había boda en la parroquia del pueblo. Se casaba la hija de don León, el comerciante que tenía una tienda de tejidos en la plaza del Ayuntamiento, con aquel cabo y alférez provisional que en los tiempos de paz había cambiado su estrella de cinco puntas por un destino civil.

Magdalena tiene ahora tres hijos: Juan Luis, Angel y Emilina. Son todavía pequeños. Ellos aprenderán la Historia en los libros. Sólo en los libros.

CAZALEGAS, UN PUEBLECITO CASTELLANO

Cazalegas es un pueblecito que se levanta sobre las laderas del valle del Alberche y a poca dis-

tancia del Tajo. Pocos kilómetros más abajo, en dirección Oeste, se unen los dos ríos para dar agua y vida a las feraces vegas de Talavera de la Reina. La paz y la calma eran su statu quo de siglos atrás y el trabajo y traslado de las cosechas constituían las variaciones de su quietud y sosiego. Y siempre y por encima de todo hubo armonía, esa convivencia de vecindario que sólo se altera, sin grave quebranto, por los dimes y diretes interfamiliares.

Pero llegó aquello de la República y, con ésta, el cultivo de pasiones, de bajas pasiones de tipo social, sin otro propósito que erizar los ánimos en lucha de clases, incubar odios y pretender la subversión de valores, aparte de los atentados a las creencias y tradiciones de la aldea. Esto era mucho, muchísimo para una población de mil habitantes, siempre fiel a sí misma y al legado de sus gentes pasadas.

—Creía yo que aquello era el infierno en la tierra.

Habla así Eusebia García González, mujer de compleción fuerte, vital, eslabón firme de una cadena humana de Castilla.

—¿Y cómo veía los acontecimientos?

—Un desorden. Una farfamea sin pies ni cabeza... Los obreros sin trabajo, canciones que eran insultos a las familias, ataques a la Iglesia... Veneno. Desconocido estaba el pueblo.

Eusebia García, como buena castellana, se expresa clara y contundente. Es viuda. Su esposo, don Inocente Sánchez, fué asesinado junto a los pilares del puente del Alberche cuando las tropas nacionales se acercaban a marchas forzadas camino de Toledo y Madrid. Nueve hijos constituían la familia de recio y auténtico régimen cristiano. Pero esta familia quedó rota: tanto el padre como el hijo Francisco cayeron.

—El 18 de julio tenía que venir. ¿Cómo prolongar tanta angustia e inquietud? Y yo sabía que iba a venir. Mi esposo había recibido una carta de Calvo Sotelo.

—¿Sintió miedo?

—¿A qué? Aquello era no vivir. Y había que vivir, recuperar la paz, la calma, la convivencia en el trabajo y en las calles. Que el pueblo volviera a ser lo que fué.

—¿Y ya lo es?

—Han cambiado mucho las cosas, pero con orden. Como debe ser. Han cambiado para mejorar en el aspecto material.

Doña Eusebia García habla despacio, pensativa, como rememorando para comparar. Tiene presente su sacrificio de hombres y de hacienda. Ese sacrificio y ese heroísmo anónimos que tanto se prodigaron por los pueblos y aldeas, enorme aportación al decisivo esfuerzo de liberación española.

—Con los nuevos regadíos, que han transformado los campos, falta mano de obra. La gente visita como en una capital. Hay aparatos de radio casi por todas partes. Tenemos ya teléfonos. un magnífico grupo escolar...

—¿Entonces este 18 de Julio...?

—Sigo pensando en mi marido. Y él pensaba en todo esto.

UNA UNIDAD QUE SIEMPRE
SE BATIÓ A LA ESPAÑOLA



LA GLORIOSA HISTORIA DE LA DIVISION AZUL Y SU CAMPAÑA EN RUSIA

EL GENERAL ESTEBAN INFANTES HACE UN RELATO DE LOS HECHOS
SALIENTES CON ESTILO TAJANTE Y HUYENDO DE LO HIPERBOLICO

PROEMIO. A POCOS PASOS DEL CUARTEL

EL cronista, al atardecer, deja el fusil y toma la pluma. Bajo los pinos, el sol filtra y llega al suelo en forma de manchas impresionistas. Al centinela que allá lejos, en el cuartel, hace la guardia, se le divisa como un frágil soldado de plomo. Al centinela le centillea el machete. El sol de la tarde hace centellear también los cristales de las amplias ventanas cuarteleras, y el cuartel, con sus dos naves uniformes, sobre las que está izada la bandera nacional, parece un trasatlántico anclado en la arena rubia del campo de instrucción.

Carretera de asfalto. Pasan muchachos en bicicleta. La primera cuartilla está en blanco todavía. Artilleros y soldados de Aviación esperan el autobús. El cronista escribe el título de su crónica. Juanito, el tonto, el cabezota, viene por un camino, arrastrando el bastón, con la lata grande que le llenarán de rancho en el cuartel. Una moto pasa vertiginosa, como un trueno. Los artilleros se reúnen en grupos bajo los pinos con las piernas cruzadas, haciendo corro. Los artilleros cortan el tocino y el chorizo de la merienda con navajas grandes y beben de las botas. A veces, el vino les cae fuera de la boca, y entonces les arrolla en hilillos como de sangre bermeja por la nuez. El cronista ya tiene escrita media cuartilla. Allá lejos, los de todas las tardes ensayan los toques de órdenes, y el redoble acompasado del tambor: «Ta ta ta, ta-ta.» «Prorrnnn... ponn... ponn...» Los artilleros asturianos cantan, como siempre que se reúnen dos, lo de «Asturias, Patria querida.» Los leoneses no cantan nada. Ni los zamoranos. Los asturianos son los que cantan y los que parten el tocino

ENTREVISTA EN CAPITANIA

En una mañana de junio, el ar-

tillero deja el fusil y sale del cuartel hacia Capitania. Va a ser recibido por el general Esteban Infantes, que acaba de escribir un importante libro sobre la División Azul.

El artillero, alucinado, va como el creyente a La Meca. Porque al artillero, antes de ser artillero, cuando no era cronista ni nada, le gustaba leer los periódicos y había visto en ellos muchas fotografías del general, cuando el general mandaba la campaña de la División Azul en Rusia.

El artillero, que en sus tiempos posadolescentes, cuando empezó sus andanzas de entrevistador, no tembló a las puertas de los escritores oficialmente famosos, tiembla en el antedespacho del general. Porque eso de entrevistarse con un héroe no es cosa a la que el cronista esté acostumbrado.

Uno de los ayudantes del general, el teniente general López-Ballinas, le dice al artillero que va a dar cuenta de la visita al general. Al artillero le flojean un poquito las piernas. Entra en el despacho oficial, un despacho alfonsino, de regia decoración.

—Aquí no trabaja nunca el general. Este despacho lo emplea únicamente para recibir altas jerarquías y Comisiones.

Lámpara alfonsina, de metal dorado, con tulipas de cristal. Grandes retratos de Isabel II, del Rey niño, de la Reina madre. Espejos con grandes marcos dorados. Una mesa larga, lustrosa. Al fondo, bajo un retrato del Caudillo, la mesa de despacho del general Esteban Infantes.

¿Cómo será un general visto de cerca? ¿Cómo será nuestro general?...

Pero no hay tiempo de entrar en cavilaciones. La puerta del despacho se abre y aparece, en pie, sobre la alfombra, el general mismo, que le extiende cordialmente la mano al artillero.

Al poco, el artillero está sentado frente al general. No ve casi su



El general Esteban Infantes coloca sobre el pecho del mayor Reinlein, la Medalla Militar por sus servicios en el frente del Este

uniforme, ni su banda roja, ni sus condecoraciones. El general habla con una fuerza dialéctica grande. Posee precisión, agilidad. En los intervalos de la conversación se oye el acompasado tictac de un reloj de caja.

—Título mi libro «La División Azul», que aun cuando el nombre de División Azul es el genérico, el primer nombre fué exactamente División Española de Voluntarios. En Alemania se la distinguía por la División 250, siguiendo la numeración de las divisiones

que se iban organizando durante la guerra.

El general, con muy buen sentido divulgatorio, con un criterio literario, de escritor profesional, me dice que se ha propuesto escribir la historia de la División Azul en conjunto, prescindiendo de detalles técnicos y que distribuye su actuación en la campaña en cuatro fases.

—La primera fase abarca lo siguiente: Organización militar de la unidad española. Traslado al campamento alemán de Grafenwohrt. Salida de la División española para Rusia. Marchas a pie por Polonia. Despliegue inicial por el río Wolchow. Cabeza de puente y combates defensivos principales al este de dicho río. Episodio del lago Ilmen y Bolsa de Wolchow.

Este sí que es un índice sugerente. Nombres y episodios desconocidos. «Marchas a pie por Polonia!». Dostoyevski. Chejov. En el desván de la memoria, todo esto tiene enlaces y engranajes literarios.

El general fuma un pitillo negro en una larga boquilla. Tiene las manos extendidas sobre la carpeta de la mesa y la vista perdida como queriendo captar y reconstruir un episodio determinado.

Si, en verdad, el empaque del general Esteban Infantes es impresionante, más grandiosidad adquiere cuando el cronista piensa que su interlocutor ha paseado por Rusia, dirigiendo combates, despliegues, asaltos...

Segunda parte: Traslado de la División al frente de Leningrado. Preparativos para el asalto a la capital de Pedro el Grande. Combate al sur del lago Ladoga. Batalla de Krasnybor hasta octubre de 1943.

Y luego, una tercera parte, que es como un tercer acto, en que el telón de boca baja suavemente, mientras los actores van desapareciendo por los laterales: Despliegue en la bolsa de Oraniembau. Repatriación de la División. Organización del Tercio español y su intervención en la primera retirada alemana de Rusia.

La cuarta y última parte de la obra epilogo, colofón, se refiere al cautiverio y regreso a España de los prisioneros.

Tictac, tictac. El reloj de caja deja oír su pulso metálico.

—Mi general, ¿qué le ha interesado hacer constar, sobre todo, en su libro?

—He querido hacer un relato de los hechos salientes, quizá con un estilo algo tajante; pero rindiendo culto siempre a la verdad y huyendo de lo hiperbólico, a pesar de tratarse de una obra de exaltación de tipo patriótico. He puesto cuidado especial en ambientar al lector respecto a la modalidad del pueblo ruso y, a sus costumbres, sin llegar a profundizar en su alma; porque el alma oriental siempre es un misterio. He tratado de explicar sus reacciones, aunque reconozco que la convivencia con un pueblo invadido y atemorizado por la guerra es muy difícil de lograr plenamente y, por lo tanto, sus características psicológicas son casi imposibles de apreciar. Durante dos años de contacto con una

gente que vivía momentos difíciles y con la que guardábamos continua relación, nos permitió formarnos una idea de su manera de ser.

Entra el secretario del general con un paquete de pruebas de imprenta. Son las galeradas del libro. El general las coloca sobre un montón de cuartillas manuscritas.

—¿Y esas cuartillas?...

—Son notas para un libro que estoy escribiendo sobre el general Sanjurjo.

—¿Escribe siempre a mano, mi general?

—Escribo siempre a mano. Lo primero que hago es un extracto. Después escribo. Me preocupo de darle expresión y luego — sobre esto copiado a máquinas — corrijo, cuido de las oraciones, intercalo, etcétera. Yo soy un escritor de mañana. Casi nunca empleo la tarde, y muy pocas veces la noche, para escribir. En las mañanas está todo más fresco, más para que nazcan las cosas; la tarde, para que reposen, y la noche, para repensarlas y concebir otras nuevas. Sin embargo, yo — añade el general — dedico la mañana a mi trabajo, y luego, antes de acostarme, recojo las novedades de si hay que preparar algo para el día siguiente. Me dedico a escribir de cuatro y media a siete y media y, por excepción, de once a una de la noche.

En realidad, el general Esteban Infantes es como un escritor profesional. El cronista encuentra en la conversación afinidades continuas.

—¿Y sus autores preferidos, mi general?

—Mis autores preferidos son Cervantes, en primer lugar. He leído mucho a Pereda y a Valera y, sobre todo, a Alarcón. Hablo nada más que de lo español.

—¿Y en poesía?

—Gabriel y Galán es uno de mis poetas favoritos. Prefiero esto a los modernos, aun reconociéndoles muchos méritos. Tengo que decirle también que cuando estoy muy fatigado por haber trabajado mucho, me dedico, antes de entregarme al sueño, durante una hora, a leer una novela policiaca de las más truculentas, de las del F. B. I.

Eisenhower lee también novelas; pero de vaqueros. Cajal iba al café con el «T B O».

Como los médicos se dedican a la pesca, como los ingenieros pintan acuarelas o hacen «camping»...

—¿A qué dedica sus vacaciones, mi general?

—A la caza. Soy cazador de perdices y me haría pescador; pero le tengo miedo a ese deporte, porque dicen que envenena y que luego no se vive nada más que para la pesca.

—¿Qué hace falta para ser cazador?

—El cazador, para ser cazador, necesita, primero, afición — que considero muy ligada a la aptitud física —, buenas piernas, buen aparato respiratorio y buena pista. Por eso, los que vamos siendo viejos, nos desesperamos porque poco a poco nos van faltando las tres cosas. Y aun cuando, por razón de edad, nos proporcionan ciertas comodidades para andar poco y no trepar

demasiado, hay dos cosas que son definitivas: la falta de agudeza visual y la torpeza para mover tronco y brazos.

EL TERCIO ESPAÑOL.— LOS PRISIONEROS.—VI- SITA AL CEMENTERIO

Volvemos a la conversación inicial, al tema de la División Azul, que trata el general Esteban Infantes en su interesante libro.

—Diga usted que he creído algo obligado dedicar un capítulo a la actuación del Tercio Español que terminó la campaña. Ya no era la División, realmente; pero allí quedaron mil quinientos hombres que a ella pertenecieron y que, en los cuatros meses que tuvo vida propia, supo continuar la gloriosa historia de la División Azul.

—¿Y los prisioneros?

—Eso es el final. El trabajo lo cierro con el regreso de los doscientos y pico prisioneros, la mayoría de los cuales dieron ejemplo en el duro cautiverio de dignidad y presencia de ánimo que les valió a su regreso. Como dice muy bien Palacios en su libro: «Entrar en España por la puerta grande.» Estos fueron, realmente, los últimos repatriados de la División Azul.

Habla el general pausadamente, con una difícil facilidad. Habla como para un magnetofón, sin repeticiones, sin repetición de términos, con absoluta dominación dialéctica.

—¿Qué se siente, mi general, cuando se es general, en casos tan importantes como éste?

—Por mi parte, durante el tiempo que ejercí el mando, al regreso del general Muñoz Grandes, sentía justamente con el peso de la responsabilidad, una admiración profunda por mis soldados. Me sentía orgulloso de ser español. Sobre todo, he rendido y sigo rindiendo un homenaje de cariño en mi fuero interno al conjunto de capitanes que no dieron nunca síntomas de cansancio ni de depresión ante situaciones críticas muy apuradas, combates muy duros y servicios muy penosos. De este conjunto de capitanes tuve la enorme pena de perder veintidós en combate, entre ellos, dos que, por su heroico proceder, fueron recompensados luego con la Cruz Laureada de San Fernando.

Se habla de las bajas. El general hace un gesto resignado, expulsa el pitillo hacia un gran cenicero y le dice al cronista:

—Mi última visita al salir de la zona de San Petersburgo la hice al cementerio de Mestelovo para despedirme de ellos. La División pagó un tributo de sangre muy crecido. Sus bajas de guerra se aproximaban a las catorce mil, de ellas cerca de cinco mil muertos.

LOS DIVISIONARIOS

Un silencio. Otra vez el tictac del reloj. El cronista pasea la vista alrededor del despacho. Hay un mapa de la región con detalles referentes a comunicaciones y despliegues.

El general ayuda al cronista:

—En esta estantería — una estantería que tiene a la espalda — tengo datos complementarios de

las unidades que guarnecen la región y los expedientes de los asuntos más delicados. Por ser cosa que me interesa mucho, y en la que he puesto gran cariño, tengo la panorámica de un barrio que, con los medios propios de Capitanía, he edificado yo para dar vivienda a cincuenta familias de suboficiales.

Un tablero de dibujo abarrotado de libros, planos y mapas. En él es donde realmente escribe el general a las horas que le deja libre el despacho.

Una vitrina. El guión de mando. Una máquina de escribir.

Sobre nuestras cabezas hay un gran foco que permite ver las cosas que hay en la mesa con una minuciosidad grande. Las manos del general, vivas elocuentes, fieles e inteligentes servidoras de la palabra.

—Sigamos... Todos los voluntarios de la División Azul conservan un gratisimo recuerdo de la campaña de Rusia, a pesar de su rudeza, y con orgullo ostentan el distintivo que llevaron en su brazo de haber pertenecido a esta unidad que siempre se batió a la española. Ponga usted punto. Ahora, seguido: puedo asegurar que, a pesar de ser el Ejército alemán quizá el mejor del mundo, sintió admiración por la manera de combatir los españoles y nunca regatearon sus elogios a los que ellos llamaron aliados del Sur.

—¿Cuál era la conducta general de los divisionarios?

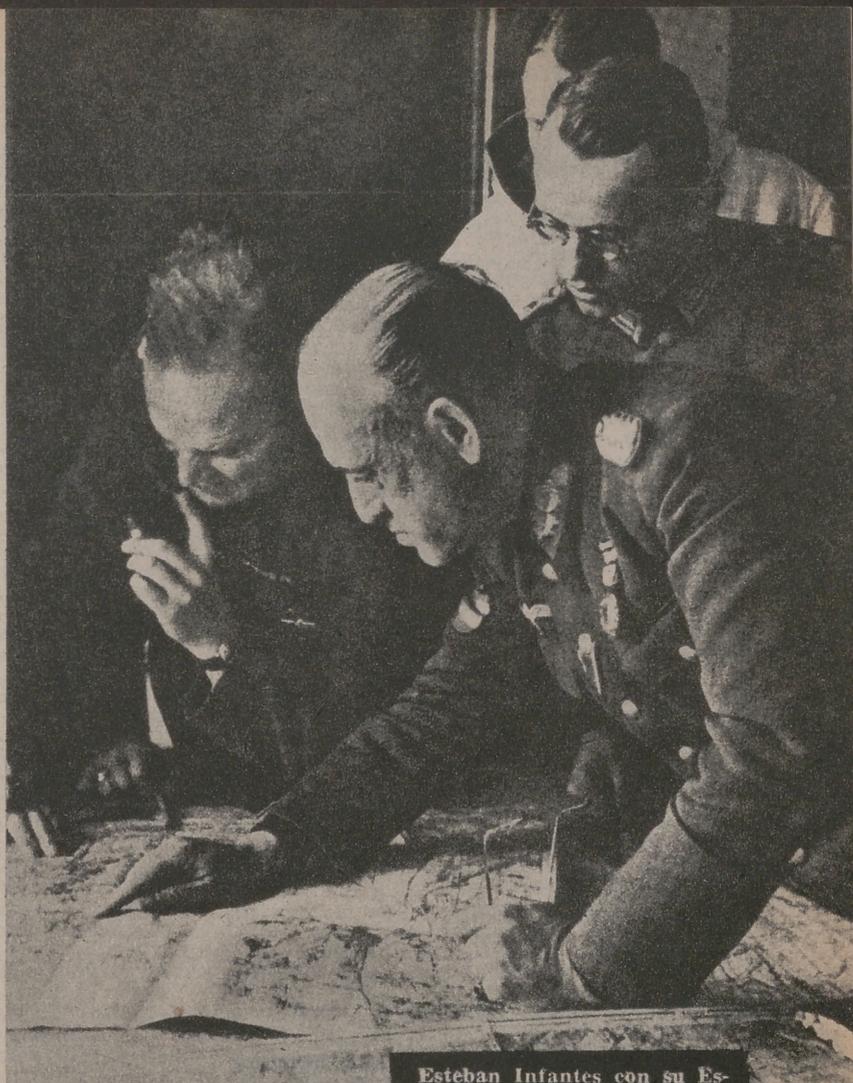
—Excelente. Atendían de una manera especial a los niños y no eran remisos en proporcionar prendas de abrigo y el consuelo de un trato afectuoso. El recuerdo que entre esta pobre gente invadida dejó nuestra División tengo la seguridad que es inmejorable. Otra particularidad digna de destacar fué el cuidado de los cementerios donde reposaban los restos de los caídos en la lucha. Había verdadera competencia en su arreglo y embellecimiento. Siempre que se cambiaba de zona eran muchos los soldaditos que antes de partir iban silenciosos a dedicar, con toda emoción, su último recuerdo junto a la tumba de sus compañeros.

El general trae a la conversación nombres de la geografía rusa, difíciles de pronunciar. Nombres de divisionarios. Fechas y horas históricas incorporadas ya a los anales de la campaña de Rusia.

—También quiero señalar el espíritu de compañerismo que existía entre todos ellos. Cuando después de una acción pasaban camilleros por las trincheras conduciendo heridos, sus camaradas vaciaban los bolsillos y arrojaban hasta el último marco de sus ahorros sobre la camilla, para que en el periodo de convalecencia pudiera el herido satisfacer algún capricho o en los lugares de residencia de hospitales pudiera pagar alguna diversión que le compensara de los malos ratos pasados.

EL ESPÍRITU RELIGIOSO DE LOS DIVISIONARIOS

El general enciende otro pitillo negro. Mira hacia el techo. Aspira hondamente el humo, con volup-



Esteban Infantes con su Estado Mayor estudia sobre el plano la marcha de las operaciones en el frente

tuosidad, y al expulsarlo se inclina hacia adelante y señala con el dedo a las cuartillas en que toma notas el cronista.

Igualmente era consolador y edificante ver cómo se desarrolló en todos ellos el espíritu religioso. En el último rincón de las trincheras, en los días de precepto, no faltaba nunca una misa, que todos oían con gran devoción. Con mucha frecuencia tenían lugar las comuniones en masa. Y no vaya a creerse que estos actos tenían lugar en un ambiente de tranquilidad y sosiego. Por lo general el acompañamiento litúrgico no era el órgano precisamente, sino el fuego de artillería y morteros que ponían en peligro la vida de los devotos. Yo he presenciado muchos momentos difíciles en estas prácticas religiosas, y nunca he visto a nadie que tratara de cobijarse o de huir del riesgo. Todos permanecían serenos en sus puestos, como si tuvieran la absoluta seguridad de que nada malo podía ocurrir.

EL GENERAL ESTEBAN INFANTES SE ENTREVISTA CON HITLER

Fecha, noviembre de 1943. Lugar, la región de los lagos Masovianos. El general Esteban Infantes acude para despedirse de Hitler.

—Hitler, destrozado físicamente, se me presentó con la vivacidad y mímica de un latino. Alabó el esfuerzo alemán, que sostenía

la guerra por los cuatro puntos cardinales, y se exaltó al hablar de Rusia, diciendo que no comprendía cómo Churchill y Roosevelt concentraban sus odios contra Alemania y no paraban el avance ruso hacia Occidente.

COLOFON

Y el reloj, como un grillo, avisa que ya son las dos de la tarde, con un canto suave y afinado. La entrevista puede darse por concluida. El general todavía podría seguir hablando más, con la misma vivacidad, con la misma frescura dialéctica; pero el cronista ya se pone en pie para despedirse, satisfecho de la entrevista, pues que no es fácil encontrar en la vida figuras tan impresionantes, tan vinculadas a la historia grande de nuestro tiempo.

Ahora, aquellos retratos del general, que el niño que aún no era cronista veiga en los periódicos por el tiempo de la campaña de Rusia, cobrall una gran viveza, un vigor extraordinario.

—¡A la orden de V. E., mi general

Escaleras alfombradas. Armaduras en las esquinas, panoplias. Guardia en la puerta de Capitanía. Log cascos de los centinelas centellean al sol. Cielo azul. Asfalto. Punto final.

Marino GOMEZ-SANTOS

RAZONES Y HECHOS

AHORA hace veinte años. Ya es plena y enteramente Historia lo que aquel 18 de Julio de 1936 fué vibración apasionante, urgente necesidad de apremio y comienzo de salvación. Veinte años tiene a su favor la Historia para juzgar aquella fecha histórica en la que, por la voluntad de Dios y la voluntad de los hombres, España se despertaba de su letargo, sacudía heroicamente el peso de su ignominia, salía a la calle y se ponía en pie de armas para sacrificarse en el único holocausto capaz de salvación y de remedio: el holocausto del sacrificio, de la abnegación y de la sangre.

El 18 de Julio de 1936 será para siempre fecha clave. El día que nos sirva para dividir justa y exactamente lo que en ese día terminaba y la España que nacía joven, con una sola meta como aspiración: el afán de regenerar, de recuperar, de dar vida y aliento a un pueblo que si vivía era sólo merced a su inagotable fuerza interior, mientras la inercia, que en política es sinónima del abandono, de la soledad, del desamparo por parte de aquellos cuya misión era exclusivamente salvar, defender, proteger y conservar, debía haberla perdido definitivamente. Para quienes sean amantes de buscar causas y razones para los hechos históricos, el 18 de Julio de 1936 puede suponer el capítulo más interesante, más copioso en la moderna filosofía de la Historia. Abandonadas todas las sanas directrices políticas de la Nación, combatida y perseguida la honda espiritualidad cristiana y católica de nuestro pueblo, agotadas todas las fuentes de una economía débil y enfermiza, convertidas todas las legítimas y justas esperanzas de nuestros trabajadores, sin cauces para sus aspiraciones, en intereses nefastos de partidos y banderías políticas, España, como sociedad y

sus posibilidades.

El 18 de Julio tuvo, por esto y en un principio, el signo de la salvación en la supervivencia. Tres años de lucha con el sacrificio cruento de los mejores y, tras ellos, diecisiete años de paz bajo el único mando de quien en la guerra, con su sabiduría y su destreza, su pericia y su técnica liberaba para siempre las tierras de España del yugo del comunismo.

En el XX aniversario de aquel 18 de Julio, cuando aparece ante nosotros este otro 18 de Julio de 1956, lleno de realidades, de progresiva recuperación política, económica y social, con instituciones permanentes que aseguran la perfecta continuidad, dentro del orden, de la paz, de la seguridad y de la superación, es conveniente y necesario volver un poco atrás los ojos para poder comprender qué significa esa fecha de arranque, estos años que de ella nos separan y este día que hoy podemos conmemorar. Porque si difícil fué vencer en la guerra, más difícil fué vencer en la paz. Cuando el 1 de abril de 1939 sonaba para España la hora de la paz y de la Victoria, Franco volvía a emprender la aun más compleja segunda etapa. Había que luchar con una herencia política de la peor especie, con las arcas vacías y la inexplicable incompreensión de las naciones que nos habían visto vencer. Esta era la segunda batalla y esta fué la segunda victoria.

«En el orden social no ha habido ninguna nación que haya tenido una inquietud más honda ni haya llevado a cabo mayores realizaciones que las que nuestro Estado ha logrado en tan corto tiempo.»

Sólo Francisco Franco podía hablar así. Y detrás de sus palabras, pronunciadas hace ahora diez años, estaban ya patentes y a la vista de quien quisiera verlas esas «mayores realizaciones» a que él aludía. A veces los años tiemen el valor de los lustros. Avances sociales desconocidos por nuestros trabajadores, planes para el aprovechamiento de nuestras tierras, para convertir en fuentes de riqueza las aguas de nuestros ríos, para repoblar nuestros montes, para hacer de España lo que nunca había sido, elevando el nivel de vida de los españoles a la altura y al grado que nos correspondía.

Ha sido en un reciente discurso cuando el Ministro de Trabajo ha ratificado con sus palabras la política social del Régimen, manteniendo una promesa: «El Gobierno sigue firme en su propósito de aumentar el nivel de la existencia del trabajador y de que su salario sea el necesario para atender a su vida y a la de los suyos con dignidad... Elevar el nivel de vida del trabajador, distribuir equitativamente la renta nacional y establecer un sistema de participación en los beneficios deben ser preocupaciones sindicales de primer orden.»

Al caciquismo social a que forzosamente era sometida la esclavitud del trabajador y del obrero se ha opuesto esta realidad de una justicia social implantada donde el trabajador, al par que la remuneración mayor posible dentro de cada momento, encuentra la participación en los beneficios de la Empresa y la consideración a que como persona humana y miembro de la sociedad merece. «Nosotros queremos la dignificación del trabajador mediante una política de salarios atrevida, audaz, resuelta y sin mojigaterías; una política de viviendas rápida y eficaz; una extensión de los Seguros Sociales a aquellas zonas del país a las que no alcanzan; un acceso a la cultura, desde la escuela primaria a la Universidad Laboral; una mejora sustancial de la vida rural y el medio agrario español.»

Nada se parece menos a lo que terminaba aquel 18 de Julio de 1936 que esta España renacida, joven, llena de ilusiones y de esperanzas. Son esos veinte años que han transcurrido los que nos llevan de la mano a seguir con nuestra fe íntegra en Francisco Franco, el hombre que un día nos dió la esperanza y otro día nos dió la realidad de nuestra salvación, de nuestra recuperación, de nuestra España de hoy, frutos del Movimiento Nacional.

EL ESPAÑOL

RECETARIO DE COCINA

ANTES DE COCINA SOPAS INFUSOS AMAROS POSTROS CARNES Y PESCADO SALSAS MARMAS POSTROS

Siga mi ejemplo, adquiera sólo productos

Pudines Royal

RIERA MARSA S.A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
INDUSTRIAS RIEMAR
MARSA, S. A.

OLEODUCTO

FONTANERIA DE LA RIQUEZA
A GRAN ESCALA

DE ROTA A
ZARAGOZA
UN RIO DE
ENERGIA DE
MIL KILOMETROS

UNA "PIPE LINE"
A LA ESPAÑOLA

AHORA se trabaja cerca de Puertollano, en un terreno difícil y montañoso. La dinamita doma la montaña y la prepara para la tubería de diez pulgadas—unos 26 centímetros—de diámetro de la arteria del petróleo y la gasolina. Desde la estación de bombas número 3, que está entre Adamuz y Villanueva de Córdoba, la tubería de la «Pipe Line», del oleoducto como decimos nosotros, tiene un diámetro menor.

El «equipo fuerte» trabaja simultáneamente en una longitud de 35 a 40 kilómetros. El hombre del «palo de idiota» tiene que esforzarse para evitar que la máquina, sujeta como anillo al dedo, a la tubería, se ladee y el hombre que barniza con alquitrán o fibra de cristal toda la longitud de la arteria, corra peligro.

El trabajo del hombre que sujeta el «idiot stick» está expuesto a las bromas de todo el equipo. No tiene otra cosa que hacer sino sujetar el largo palo que mantiene en equilibrio la máquina. Es el trabajo de menos esfuerzo y responsabilidad de todos cuantos se hacen para la construcción del oleoducto de Rota a Zaragoza.

Lentamente, según la tubería se va recubriendo de pintura previa, capas de alquitrán, fibra de cristal y papel, estos hombres del «palo de idiota» se pasearán a lo largo de los 1.000 kilómetros del oleoducto con las dos manos puestas sobre la barra larga y recta. Todos los obreros y especialistas del equipo fuerte se chancean cuando el trabajo marcha bien y hay tiempo para la broma bien intencionada.

Mientras, la tubería crece.

EMPRESAS ESPAÑOLAS
Y NORTEAMERICANAS.
CODO CON CODO

La Brow-Raymond-Walsh ha sido la Compañía que sacó a con-



El oleoducto avanza, superando las dificultades del terreno

curso las diferentes contratistas del oleoducto. Concurrieron diversas Compañías españolas y norteamericanas. En las Oficinas de la Brow-Raymond-Walsh durante los días de apertura de pliegos se mantenía una animación desusada. Las grandes Empresas que acudieron con sus proyectos y presupuestos demostraron gran interés por la adjudicación de las obras.

Por fin y definitivamente quedó encargada de la tubería la Empresa española Agromán, en colaboración con la Merrit-Chapman and Scott y B. and M. De los tanques de combustible, enor-

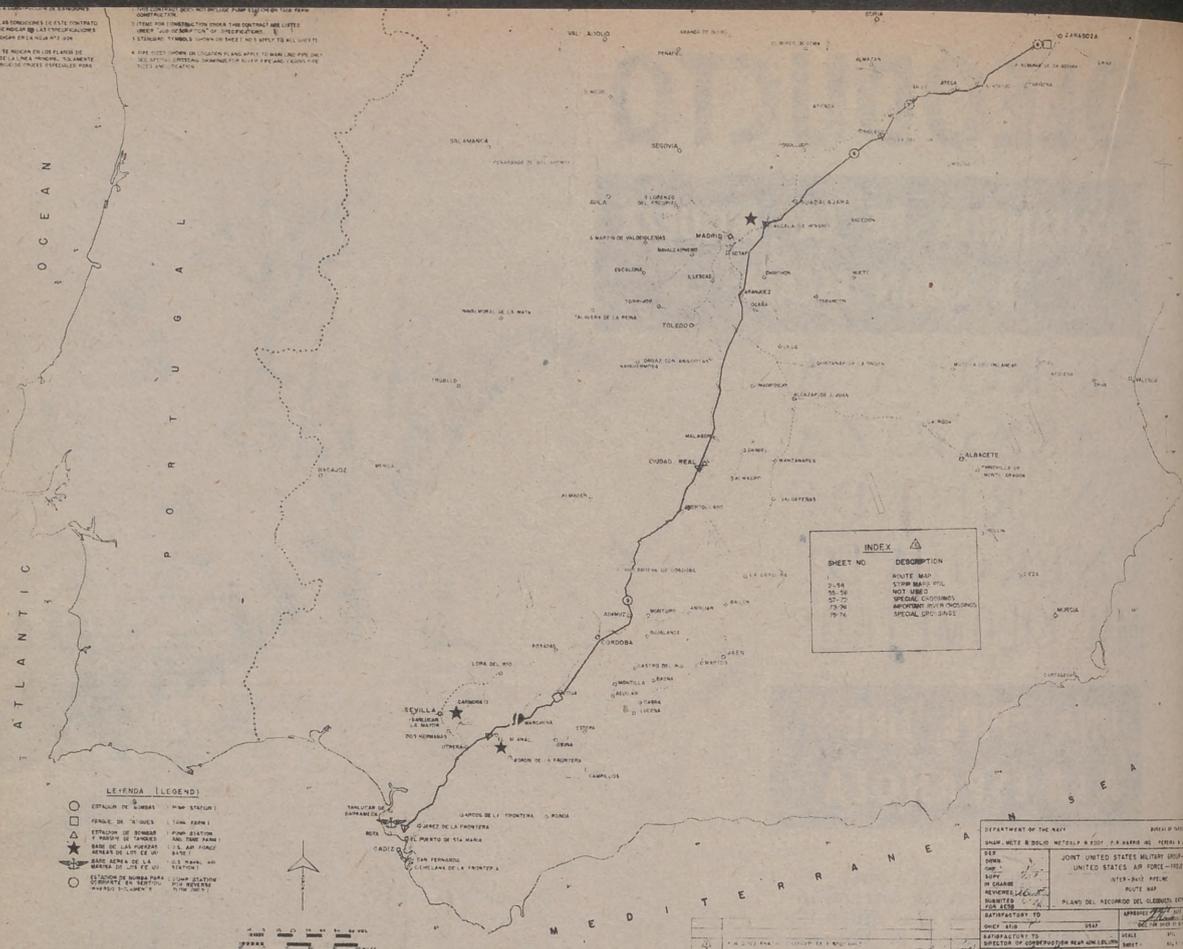
mes depósitos de petróleo diseminados a lo largo del recorrido como grandes setas que le salen al oleoducto, se encargarían Entrecanales y Tavora y la Compañía americana Pittsburg-Des Moines.

Para que el líquido superase los desniveles del terreno y el bidón mismo que se echase por uno de los lados de la larga tubería de 1.000 kilómetros llegase íntegramente al otro extremo, es necesario ir instalando a lo largo del recorrido unas estaciones de bombeo. De éstas se ocupan en la actualidad la Empresa española Cubiertas y Tejados y la Samford-Markowitz. Es seguro que la

Un gracioso contraste. El animal, junto a la tubería



1. PARA EL DISEÑO DE LOS TANQUES DE ALMACÉN DE GASOLINA...
 2. PARA EL DISEÑO DE LOS TANQUES DE ALMACÉN DE GASOLINA...
 3. PARA EL DISEÑO DE LOS TANQUES DE ALMACÉN DE GASOLINA...
 4. PARA EL DISEÑO DE LOS TANQUES DE ALMACÉN DE GASOLINA...



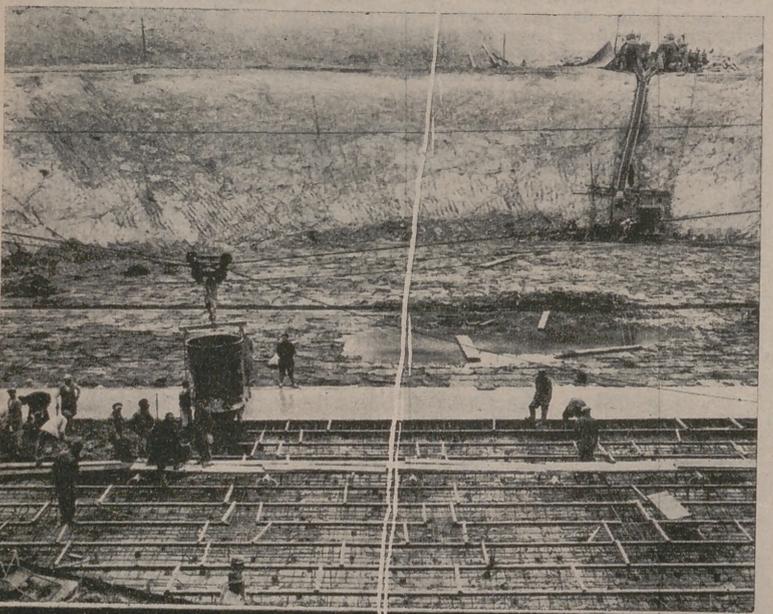
Plano del recorrido del oleoducto entre las bases de Rota y Zaragoza

gasolina viajara economicamente desde el puerto de Rota hasta las proximidades de Zaragoza. Las obras del puerto de Rota fueron adjudicadas a Construcciones civiles, y por parte norteamericana, a la Compañía Corbetta. En el oleoducto se emplearán 38.000 toneladas de hierro. Ya se han utilizado unos 25.000 dólares en cargas de dinamita y se calcula que serán necesarios otros 25.000 para que termine felizmente la obra.

UNA FABRICA AMBULANTE DE 40 KILOMETROS DE LONGITUD

El «equipo fuerte» trabaja en las diferentes fases del oleoducto, simultáneamente, en una línea continua de 35 a 40 kilómetros. Son unos 200 hombres, españoles y norteamericanos, perfectamente organizados. Desde que las orugas y los tractores limpian el terreno, hasta que nuevamente se vuelve a cubrir el lugar donde está enterrada

la tubería, a lo largo de casi 40 kilómetros, los 200 hombres del «equipo fuerte» realizan sin un solo movimiento innecesario un trabajo altamente especializado. La maquinaria de este equipo vendrá a costar alrededor del millón de dólares. Las Empresas españolas no han tenido necesidad de comprar todas estas máquinas, que no tienen otra utilidad que la concreta instalación de la tubería. Así, cuando se termine el oleoducto las máquinas volverán a su punto de origen con el consiguiente ahorro en la financiación de la obra que, como se sabe, se hace entre los dos países: España y Estados Unidos.



Detalle del trabajo para la construcción de uno de los tanques

Después que el terreno queda limpio, otras máquinas sustituyen a los tractores y abren la zanja. Son unas orugas excavadoras especiales que abren el surco a la profundidad y anchura que se requiere para depositar la tubería. Para cada trabajo se cuenta con la máquina adecuada y por eso a pesar del mal tiempo que durante el pasado invierno ha retrasado el ritmo previsto, desde el 19 de octubre, día en el que se hizo la primera soldadura entre los dos primeros tubos, hasta estos días, se ha avanzado más de 150 millas desde el puerto de Rota, en Cádiz, hacia Zaragoza. Abierta la zanja, se van colocando los tubos mientras se sueldan sin costura. Los aparatos de rayos X dirán más tarde si ha habido algún defecto. Hay máquinas potentísimas que curvan sobre la marcha la tubería para adecuarla a las ondulaciones del terreno. A la tubería del oleoducto que se va enlazando se le ponen diferentes anillos. Unos anillos que

han entrado en Rota y que saldrán en las proximidades de Zaragoza. Son máquinas que trabajan colocadas como sortijas al dedal del oleoducto. Primero limpian, luego embrean, recubren de fibra de vidrio y empapelan finalmente antes de que se entierre.

El resumen de la maquinaria que emplea el «equipo fuerte» es de unos 60 camiones de ocho tipos distintos. Sobre ruedas o cadenas, 40 ó 50 tractores con grúas, palas, explanadoras, excavadoras, etcétera, además de toda la maquinaria especial que necesita la «Pipe Line».

El «equipo fuerte» es una larga nave de montaje al aire libre. Una fábrica móvil de tubería.

FONTERIA DE LA RIQUEZA

Habrán en total cinco estaciones de bombeo. Las instalaciones próximas a Rota consisten en la estación de bombas número 1 y un parque de tanques. Entre las cinco estaciones se suman un total de 14 bombas «Diessel» de 825 HP de potencia cada una.

Después de Utrera, cerca del Arahal, estratégicamente cercana a dos aeropuertos funcionará la estación número 2 con parque de tanques para el almacenamiento de combustible. En Ecija, un nuevo parque.

Pasado Adamuz, la estación de bombas número 3 impulsará el combustible para que logre sobrepasar las elevaciones montañosas de las proximidades de Puertollano. En este terreno árido y montañoso es donde actualmente se ofrece el espectáculo, grato e interesante de ver, de la gran nave de montaje del oleoducto de 40 kilómetros continuos de trabajo.

Todo se hace con una gran rapidez y precisión. Los camiones cargados con los trozos de tubería llegan al mismo ritmo con el que finalmente se va cubriendo con tierra el tramo de oleoducto terminado. De extremo a extremo, todas las operaciones intermedias se producen con igual precisión. Pasado Puertollano y cerca de Ciudad Real se localiza una nueva estación de bombas, la número 4, también con parque de tanques. En Alcalá de Henares otras instalaciones similares con el número de orden inmediato. Allí se empalmará con el aeropuerto de Torrejón de Ardoz. Otro grupo de trabajo, el «grupo pequeño», se ocupa actualmente de enlazar el aeropuerto con la línea general del oleoducto.

El «grupo pequeño» está compuesto por unos 80 hombres y 15 máquinas. Cuando termine la instalación de la tubería de desviación, comenzará desde Alcalá de Henares descendiendo hasta encontrarse con el «grupo fuerte» que trabaja en dirección Sur-Norte. Una vez conseguido el enlace de los dos grupos se continuará desde Alcalá de Henares en dirección a Zaragoza. Según los primeros cálculos, la cañería terminará próxima a esta ciudad.

Antes de Alcolea del Pinar se instalará la estación de bombas número 6. A partir de este lugar, solamente se colocarán dos nuevas estaciones, la 7 y la 8, pero que bombearán impulsando al combustible únicamente en senti-

do inverso, es decir, de Norte a Sur.

El oleoducto enlazará—directamente o con pequeñas desviaciones—con cuatro bases militares, con lo que queda asegurada su protección. En su extremo Sur la cañería empieza en el puerto de Rota. En el puerto de Rota se están realizando importantes obras que quedarán terminadas aproximadamente en un par de años.

Si, la construcción del oleoducto es como una fontanería, a gran escala, de la riqueza.

OLEODUCTO: INDUSTRIA FACIL DE REGADIO

Por ahora, en España no se ha encontrado petróleo. Eso quiere decir que el combustible que consume y necesita nuestra industria, nuestros motores y nuestras máquinas ha de llegar de fuera.

Cuando funcione el oleoducto, el petróleo de nuestra importación entrará por Rota. A Rota llegarán los modernos buques cisternas. Los petroleros de nuestra Flota, o con banderas de otros países, enchufarán directamente en el puerto de Rota al Sur de España. Así el combustible, sea gasolina para las máquinas, sea petróleo en bruto para nuestras refinerías, viajará en poco tiempo y con un gasto mínimo para regar de riqueza nuestra industria. La vigorizará y será la nuestra una industria fácil de regadio.

Como es de suponer, a lo largo de los 1.000 kilómetros de tubería, al oleoducto se le hacen importantes sangrías. Por eso si la tubería debe tener un determinado diámetro en su comienzo, disminuye a medida que el líquido transportado se va quedando por el camino.

En su origen la tubería tendrá 12 pulgadas, 30 centímetros, de diámetro. Estas medidas se mantendrán desde Rota hasta la estación número 3. Desde aquí hasta la estación de bombas número 5, a pocos kilómetros de Madrid, el diámetro será de 26 centímetros (diez pulgadas). De Madrid a Zaragoza la cañería tendrá únicamente ocho pulgadas (casi 21 centímetros de diámetro).

La tubería no es igual en todo el recorrido. Para vadear un río se coloca cada pocos metros un grueso brazaete de cemento. Así se evita que la corriente arrastre la cañería o que flote. En otras ocasiones irá por debajo del lecho de los ríos.

Si el oleoducto ha de cruzar una carretera, se emplea una máquina especial que perfora por debajo un largo túnel por el que se enhebra la cañería. En ningún momento se interrumpe el tráfico en la ruta.

Los petroleros, esos asimétricos barcos con superestructura a popa, quedan enlazados desde los costas con la gran arteria vital para los motores de España.

SE PROYECTA PROLONGAR EL OLEODUCTO A BILBAO Y BARCELONA

Cerca de Bilbao, en un pequeño taller de Deusto, se vienen realizando importantes operaciones preparatorias de los tubos de fabricación alemana que luego se empalman en el Sur. Juntas de



El río tampoco es obstáculo

tubos, especialmente los referentes a las estaciones de bombeo y largas series de piezas para el oleoducto se preparan en este pequeño taller de obreros españoles especializados, dirigidos por algunos técnicos norteamericanos.

Es posible también, aunque en los primeros proyectos sólo se calculase una línea de cañería de Rota a Zaragoza, que desde esta última ciudad el oleoducto se ramifique a Bilbao por un lado y a Barcelona por otro. Bilbao y Barcelona, dos de nuestros más importantes puertos, serán los dos extremos superiores de esta «Y» griega gigantesca.

La piel de toro de nuestra geografía llevará una marca. Una «Y» griega, mayúscula y capitular, con la que se inicia una nueva fase industrial.

UN GRAN RIO DE ENERGIA

De momento, los 1.000 kilómetros en construcción—desde el mismo golfo de Cádiz, hasta a unos 20 kilómetros de Zaragoza—del oleoducto, son un río de energía que podrá empezar a funcionar a principios del próximo año de 1957.

Es una gran arteria para el transporte de combustibles líquidos que alimentarán los motores de nuestra industria, tractores, automóviles y aviones. Un río de energía que imprimirá un ritmo alegre y seguro a la máquina. Una larga cañería de riqueza que allí donde se instale un grifo hará florecer las elevadas y artificiales plantas de la moderna industria.

Una «Pipe Line» a la española.
Fernando M. ETCHEVERRY

¡¡APROVECHE ESTA OPORTUNIDAD PARA LEER BUENAS NOVELAS A PRECIOS INCREIBLES!!

DE NUESTROS MEJORES AUTORES NACIONALES

De los mejores autores extranjeros, cuyas obras
triunfaron y fueron llevadas a la pantalla

POR SOLO **8 pts.**
ejemplar
Número extra
10 Pts.



Utilizando las copias que periódicamente brindamos a los lectores de la COLECCION POPULAR LITERARIA, podrá usted formar bellos y prácticos tomos, orgullo de su biblioteca y ornato de su hogar.



TITULOS PUBLICADOS

- N.º De 8,00 pesetas
8. EL PASTELERO DE MADRIGAL, M. Fdez. y González.
 9. EL DERECHO DE LA SANGRE (2.ª parte del núm. 8)
 11. ZALACAIN EL AVENTURERO, Pío Baroja.
 14. MOBY DICK, Herman Melville.
 15. LA PRINCESA DE LOS URSINOS, M. Fdez. y González.
 16. ISABEL DE FARNESIO (2.ª parte del núm. 15).
 21. JUANA CALAMIDAD, Ethel Hueston.
 23. EL MOTIN DE ESQUILACHE, M. Fdez. y González.
 24. ODIO Y ORGULLO, Polan Banks.
 26. EL CABALLERO DE ERLAIZ, Pío Baroja.
 31. LAS INQUIETUDES DE SHANTI ANDIA, Pío Baroja.
 34. SERIA DE DIA, FRIVOLA DE NOCHE, D. B. Olsen.
 35. LA FERIA DE LOS DISCRETOS, Pío Baroja.
 38. RECUERDA, Ben Hecht (núm. de julio).
- De 10,00 pesetas
12. DUELO AL SOL, Niven Buchs.
 13. LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS, Anita Loos.
 18. CORAZONES DEL NORTE, Robert E. Pinkerton.
 19. PEÑAS ARRIBA, José María de Pereda.
 22. SOTILEZA, José María de Pereda.
 25. AL PRIMER VUELO, José María de Pereda.
 27. GUERRA Y PAZ, León Tolstoi.
 28. NATACHA (2.ª parte del núm. 27).
 29. CAPITAN DE CASTILLA, Samuel Shellabarger.
 30. LA DAMA DE NUEVA ESPAÑA (2.ª parte del núm. 29).
 32. SOLO EL VALIENTE, Charles M. Warren.
 33. LA PUCHERA, José María de Pereda.
 36. DECISION ANTES DEL AMANECER, George Howe.
 37. LA HERMANA SAN SULPICIO, A. Palacio Valdés.
 39. LA MONTALVEZ, José María de Pereda (núm. de agosto).

NOTA.—Los números que no figuran en esta lista están próximos a agotarse o totalmente agotados.

UNA ESPLENDIDA OCASION PARA Vd. constituye esta colección de obras extraordinarias, todas ellas "novelas que triunfaron", que en un esfuerzo editorial sin precedentes pone al alcance de todos los públicos las obras más famosas de los mejores autores nacionales y extranjeros en su texto íntegro, a un precio increíble y en ediciones esmeradas y modernas. Publicación quincenal de venta en todas las librerías, papelerías y quioscos de España, pero si no lo encuentra en su localidad, diríjase al distribuidor, "Distribuciones Deymi", Jardines, 26, Madrid, o rellene el boletín que se incluye a continuación, enviándolo a la "COLECCION POPULAR LITERARIA", Avda. José Antonio, 43, Madrid.

BOLETIN DE INFORMACION Y PEDIDO

Doni
domiciliado en, provincia
de, calle,
núm., desea recibir contra reembolso de
su importe los números de
la lista que se inserta más arriba. También solicita
condiciones de suscripción y catálogo descriptivo
de la COLECCION POPULAR LITERARIA.

Recorte o copie este boletín y remítalo a

COLECCION POPULAR LITERARIA José Antonio, 43 MADRID

La nueva Ciudad Universitaria de Santiago de Compostela.



EL PAISAJE ESPAÑOL CAMBIA



Gijón: Universidad Laboral.



Santander: Residencia «Las Llamas».

LOS TURISTAS POR CUALQUIER RUTA ENCUENTRAN JUNTO A LO TRADICIONAL LOS NUEVOS MONUMENTOS DE LOS TIEMPOS ACTUALES, SIGNO DEL PROGRESO DE ESPAÑA

POR el puente internacional de Irún pasan estos días, por término medio más de tres mil coches diarios extranjeros.

España de esta forma recibe, cada vez más, una fuerte y amplia masa turística que se desparrama por nuestras carreteras, por nuestras ciudades, por nuestros monumentos, por nuestros campos.

No hay en Europa país tan variado, tan sugestivo, tan cálido, tan lleno de leyenda de poesía, de luz de color y de fuerza como España. Cualquier ruta, cualquier camino, presenta una reliquia, un paisaje, una costumbre distinta y diferente a la de todos los países de la tierra.

Según se entra, a mano derecha, por Irún, está el norte de España. El norte de España—esa gran fauna verde y montañosa que llega de frontera a frontera—es igual al norte de hace veinticinco años. Están las mismas costumbres, las mismas montañas, las mismas joyas de la antigüedad, la misma belleza de sus mujeres. Pero jun-

to a lo tradicional, junto a lo que pervive, jalonados por los caminos, aparecen los nuevos monumentos de los tiempos actuales, obra y genio de la técnica española, fábricas, saltos de agua, catedrales al trabajo en las Universidades laborales, que para el que ya conociera la región, la presentan ahora distinta, con un aire de potencialidad y de alegría, con un aire sobre todo de porvenir que hacen que España sea el mejor, el más fraguado, fácil, agradable, variado y múltiple lugar de turismo no sólo nacional, sino internacional.

Siguiendo siempre a mano derecha, después de Irún, esa maravilla de la costa del Cantábrico que es San Sebastián.

Hace más de medio siglo, San Sebastián, como lugar de verano, era casi patrimonio exclusivo de las clases económicamente poderosas. Hoy, por suerte para ella y para todos, San Sebastián recibe en la playa de la Concha, o en la de Ondarreta, no sólo a aquella tradicional nobleza, sino a miles

y miles de españoles, que merced a su esfuerzo y su trabajo pueden disfrutar de las aguas cantábricas, del sol y de la vida.

Cierto es, y reconocido, que no hay bahía, ni circunferencia media como la que forma San Sebastián con Igeldo, Urgull y Ulla, sus montes, como vértices del mixto polígono de recta y círculo. Y en el centro de la bahía, la isla de Santa Clara. Ello, ha existido, de toda la vida. Pero la ciudad de San Sebastián, la urbe está ahora, mucho más bonita, altos edificios, nuevas calles, han doblado su valor, San Sebastián con su puente iluminado en la noche sobre la ría es la primera y más justa etapa del viajero que llega a España. Y, si encima, tiene la suerte de llegar en las cercanías de su semana grande, se encontrará con un Certamen Internacional de Cine—novedad de ahora—con siete corridas de toros seguidas y con grandes danzas—ahí el «aurreko»—con castillos de fuegos artificiales iluminando el real castillo de Santa Clara.

Guipúzcoa entera es, toda ella, un paraíso del turismo.

Salgamos de San Sebastián. Siempre a la derecha, a la mano derecha, espera Bilbao.

Lo primero que el viajero ve son los pintorescos pueblos de pescadores: Zarauz, Zumaya, Ondárroa; pueblos pescadores que, como antes Fuenterrabía, como Pasajes, son a la vez lugar de veraneo.

Ondárroa marca casi la frontera entre Vizcaya y Guipúzcoa. A medida que se va uno adentrando en las Vascongadas van surgiendo, cada vez más numerosos, los complejos industriales.

Aparece Guernica y allá arriba, a su lado, Bermeo. Pronto estaremos en Bilbao, cuna de la siderurgia española, con sus Altos Hornos al lado de la ría, tífidola de ese colorcillo rojizo del polvo del mineral.

Las montañas hacen el fondo verde del momento.

LA SIDERURGIA MAS CLÁSICA DE ESPAÑA

Si en vez de ir desde San Sebastián hasta Bilbao por la costa, el viajero, visitante o curioso, se baja por Azeitia, se detiene en Cestona para pasar unos días en su balneario famoso y sigue hacia Eibar habrá podido comprobar la abundancia, la enorme superabundancia de ciclistas—hombres, mujeres y niños—que circulan por las carreteras de la región. Eibar es el mayor centro productor de bicicletas de España. Junto a los talleres clásicos se han levantado nuevas fábricas que han doblado y cuadruplicado la producción ciclista. Las ruedas, colgadas de los techos, parecen superiores anillos en espera de esponsales de gigantes.

Y en Eibar otra industria totalmente nueva: la de máquinas de coser, una producción que exporta y abastece a todos los países de Hispanoamérica. Y allí, también, los damasquinados eibarrés, espadas, puñales, estiletes, botones, pitilleras—como muestra de la ofebrería de unas manos de artifices.

Luego, Bilbao; al lado, la ría; al lado, los Altos Hornos. De Bilbao a Las Arenas, por la orilla derecha, puede contemplarse todo el gran complejo de una industria siderúrgica de gran tradición, de

enorme fuerza; con el formidable espectáculo del puente colgado sobre la ría.

Y otra vez, en camino.

Castro Urdiales, en ruta hacia Santander, será la primera parada. Un pueblo de pescadores, con toda la rudeza y la bravura de los hombres que se juegan la vida sobre las olas del mar.

Antes de llegar a Laredo, la carretera que va por lo alto de la costa no parece reservar la maravillosa sorpresa de un pueblo extendido junto al mar, blanco en sus casas, rojo en sus tejados, con una gran playa abierta junto a las breves olas, visto desde quinientos metros de altura, que parece una construcción nacida de la mente de un genio de los cuentos de las maravillas.

Bilbao-Santander: toda la Montaña, por los campos, la nueva pureza de la ganadería la magnificencia de los cultivos, los bosques suspendidos de las laderas de los gigantes de la montaña.

A Santander en seguida, que esperan los Festivales de España.

EN LA CUNA DE LA PREHISTORIA

En esta ruta turística norteña hemos llegado a Santander. Desde la ciudad de los Altos Hornos a la ciudad del Sardinero nos hemos ido dejando, por carretera, ciento diez kilómetros atrás. El tren hace su entrada por la estación del Norte, a un paso del centro, sólo a unos metros del paseo de Pereda, de la calle de Cervantes, de la avenida central de Calvo Sotelo. Santander se reparte con San Sebastián el título de estación veraniega en esta ruta del Cantábrico.

Hace algunos años, diez, doce, por ejemplo, el turista que hacia su entrada a España por Irún no solía pasar de San Sebastián. Aquella su hotelito en las cercanías del monte Igueldo, del Ulla, de la isla de Santa Clara o del Urgull y allí tenía a un tiro de piedra las renombradas y aristocráticas playas de la Concha o de Ondarreta. Santander turísticamente apenas si era conocido. Con Santander ha venido a pasar algo así como con las playas de Torremolinos en la Costa del Sol. El turista fué descubriendo que las playas del Sardinero, o la de los Peligros o las arenas finísimas y blancas de la Magdalena eran tan incomparables como las mejores playas de España y del mundo. Algo vino a contribuir a que el

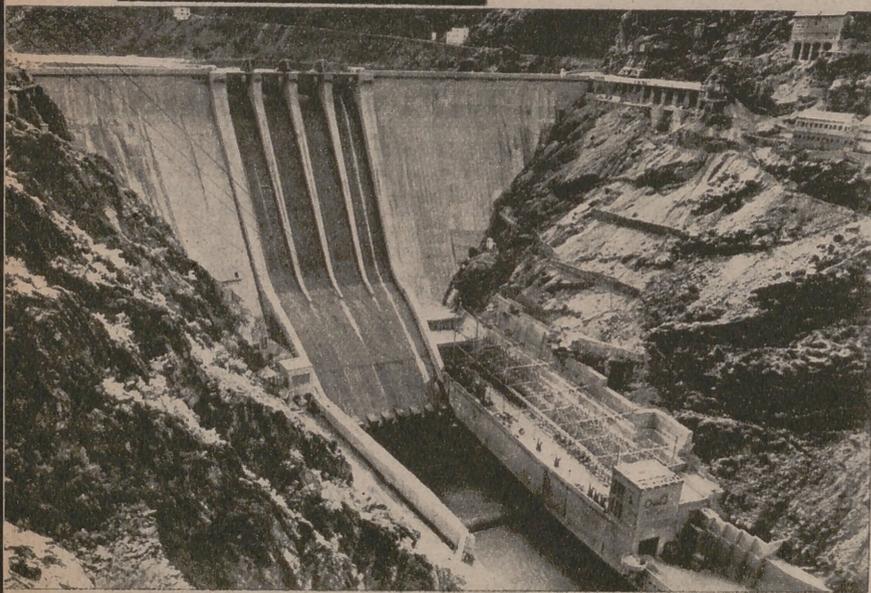
nombre de esta ciudad cántabra figurase ya para siempre y en un lugar muy destacado en todas las guías turísticas. Fueron los Festivales de España que por primera vez se levantaron, como una inmensa tienda de campaña, a lo largo y lo ancho de la plaza Porticada. Allí nacieron estos Festivales que luego recorrerían todas las capitales y muchos pueblos españoles. Por aquellos escenarios, al aire libre, siguen desfilando todos los veranos las mejores figuras de nuestro teatro, las figuras más sobresalientes del «ballet» de España y de Europa junto a orquestas nacionales y extranjeras de renombre universal. Después, los cursos celebrados en la Universidad Internacional de Menéndez y Pelayo en el palacio de la Magdalena y en su día, esa otra nueva Ciudad Universitaria que se está levantando a muy poca distancia de una de las mejores playas santanderinas, han consolidado el prestigio universal de la capital de la Montaña.

Santander camino adelante. A la derecha, el mar el agua. A la izquierda, montes bajos, alguna llanura y largas desviaciones que nos llevarían a Solares, a Ontaneda, el pueblo de las galletas; a Caldas de Besalla donde se encuentra el clásico balneario para reumáticos y el antiquísimo monasterio de los padres dominicos. A unos cuantos kilómetros, quince si acaso, el pueblo más típico de la provincia: Santillana del Mar y las cuevas de Altamira, Santillana es un pueblo muy antiguo—que hablen sus casas, sus calles y sobre todo, los mil escudos neorráldicos que se clavan en casi todos los viejos portales de sus edificios—que en un principio, allá por el siglo VI nada menos, fué sólo un monasterio. Hoy, la Colegiata y el Claustro románico siguen siendo el atractivo principal para el turista. Y, junto al monasterio, a la Colegiata y al Claustro, la Casa del Marqués, el vetusto palacio que hoy tienen alquilado unos veraneantes que en Santillana se pasan las cuatro estaciones del año. A dos kilómetros escasos de Santillana, las prehistóricas cuevas, y el parador nacional de Gil Blas, con sus recuerdos para la Literatura y para la Historia. Para el aficionado al dibujo, a la pintura y la Prehistoria y para quien no lo sea, las cuevas son de un interés especial. No habrá habido turista que al pasar por aquí no haya frenado su coche. Junto a la cueva prehistórica donde abunda, colgada del techo o sobre el suelo toda la fauna de la época glacial—bisontes, caballos salvajes y jabalíes—está la cueva de estalactitas donde el tiempo parece que se ha parado sin medida, sin prisas para dibujar el capricho de los siglos.

Un ramal de carretera y otro de ferrocarril nos llevan hasta el pueblo más rico de la comarca. Un pueblo que, en los quince últimos años ha industrializado la producción lechera de casi toda la región. Estamos en Torrelavega. De vega más fértil y más rica del Norte, que en esta quincena última de años ha triplicado su potencialización industrial y agrícola.

En un recodo de la costa, San Vicente de la Barquera. Allá por las fiestas del Carmen, el pueblo pesquero de San Vicente celebra

La presa del pantano de Salime.



su Día Mayor: de noche, el mar se enciende y una procesión de barcas a remo y a vela cruza lenta por la pequeña bahía.

Asturias ya está cerca. Asturias, una potencia nueva en el norte de España.

LA UNIVERSIDAD DEL TRABAJO

En Asturias se entra pisando tierra sagrada. A muy poca distancia del límite con Santander y antes de llegar a Arriondas, se divisan ya los altos Picos de Europa. Los Picos y el lago helado durante el mes de agosto. Cuando apenas se ha emprendido la subida, aparece la cueva de Covadonga. Monasterio y gruta, la Virgen pequeña y las aguas que se filtran por grietas que la misma Naturaleza ha querido abrir en la pared de piedra. Covadonga es uno de los parajes más bellos de Asturias aunque para el visitante extranjero Covadonga pierda todo el recuerdo y toda la nostalgia de la historia y del milagro.

De Covadonga a Arriondas para seguir río arriba y desembocar en el Cantábrico por Ribadesella. Y si el camino lo hacemos por el mes de agosto, vale la pena hacerlo al tiempo de los piragüistas. Piragüistas de más de seis naciones acuden por agosto al río Sella para la gran fiesta de las piraguas. Ni las famosas regatas de Cambridge tienen que ver con estos Campeonatos internacionales que se celebran todos los años en el río asturiano. Equipos de Cuba, de Alemania, de Francia, de Portugal, de Bélgica, de España, Zaragoza. Salamanca, Lugo, Madrid, Villaviciosa, Ribadesella, Llanes, Trubia, Gijón... todos a correr río abajo hasta el Cantábrico, ante más de cincuenta mil espectadores que gritan y saludan a su equipo favorito. Las regatas del Sella es ya un espectáculo incomparable.

Desde Ribadesella a Gijón la carretera sigue la ruta de la costa cántabra. Atrás se ha quedado Llanes y un poco a la izquierda la fabulosa reciedumbre de los Picos de Europa—con su Parador Nacional, sus osos y su caza mayor—y los salmones del Sella. Desde la carretera, antes de llegar a Gijón, en el fondo del valle se alza la gran masa monumental de la Universidad Laboral. El valle de Somió ha visto, día a día, crecer por encima de sus montes los macizos gruesos y fuertes de esta mole gigantesca de esta fortaleza construida para la cultura y al aprendizaje. En abril de 1948 comenzaron las obras. En los primeros días de octubre de 1955 la Universidad Laboral «José Antonio Giron» abrió sus puertas para los primeros alumnos que en ella iban a cursar sus estudios. Un paisaje nuevo, una perspectiva nueva para el paisaje y, sobre todo, una perspectiva nueva y novísima para la nueva historia de nuestro tiempo. El turista también se para a observar, a ver. Entra por sus puertas y se detiene a examinar una obra de arte y una obra que, en su tiempo, dará el fruto maduro, ese fruto para el que el Gobierno de Franco ha ofrecido toda su generosidad y todos sus sacrificios. La Universidad Laboral de Gijón es hoy ejemplo para todo el mundo.

La carretera lleva directamente al gran Paseo Marítimo gijonés. Cerca de tres kilómetros largos,



El parador de Valgrande, de la Dirección General de Turismo en el puerto de Pajares.

paralelos a la playa: la playa de San Lorenzo, una de las mayores de España.

A la izquierda, por la carretera nacional número 630, se va a Oviedo. Al pie del monte Naranco, la catedral de Oviedo, edificada durante los siglos XIV al XVI, es uno de los monumentos más representativos del arte gótico español. Al lado de ella la Cámara Santa, antigua capilla de la primitiva catedral del siglo XI contiene un sinnúmero de reliquias, relicarios, custodias y cofres antiguos.

En una rápida escapada puede verse la gran cuenca minera asturiana: Mieres, Sama de Langreo, Pola de Lena, y ya, caminando hacia Galicia Trubia, con su gran fábrica militar; Grado. Salas... una cuenca minera que da las dos terceras partes de la producción nacional de carbón con una productividad cada año que supera al anterior.

Pero, todavía, quedan más cosas que ver.

EN EL CAMINO DEL ACERO

Salgamos otra vez de Gijón. Por la misma costa, en coche o en tren, a 25 kilómetros se encuentra Avilés.

En Asturias existen dos obras que tienen entre sí un perfecto punto de comparación. Dos obras que han nacido en nuestra última década y que llevan incrustado, en sus cimientos, el signo de la eternidad. Son, esa Universidad Laboral de Gijón, en el valle de Somió y esta enorme y gigantesca fábrica que se llama la Empresa Nacional de Siderurgia de Avilés.

En la margen derecha de la ría de Avilés se ha emplazado la Empresa. La superficie ocupa unas 400 hectáreas, donde ya se alzan las edificaciones para la factoría siderúrgica que permitirá la producción de millón y medio de toneladas de acero al año.

Y además, doscientas mil toneladas anuales de sulfato amónico en cuanto al ramo de los abonos nitrogenados.

En cinco años Avilés sí que ha cambiado de aspecto. Lo que antes eran verdes prados, márgenes corrientes o caminos apenas diseñados son hoy nuevos e importantes centros de riqueza, de verdadera riqueza que mide en su proporción la capacidad económica de una nación: el acero. De esta forma, Avilés, por sí sola casi, va a producir, dentro de poco, el mismo acero que hoy produce España entera.

Otro monumento de la técnica, aunque menos extenso y menos aparatoso no por ello menos importante, es la fábrica de aluminio de segunda fusión, de pasta para electrocos y de sulfato de aluminio que se alza en cuarenta y seis mil metros cuadrados de terreno de la zona cuarta del Playón de Raíces del puerto de Avilés.

Aluminio y acero, en esta ruta turística norteña, son en Avilés lo primero, lo más destacado, la más monumental.

Si aquí no hay catedrales góticas, ni capillas prerrománicas hay, en cambio, esfuerzo, voluntad, trabajo y tesón de nuestros días.

LA POTENCIA ELECTRI- CA DE GALICIA

Igual da que el viajero vaya en automóvil que en tren: uno de los más agrestes de los más frondosos, de los más exuberantes y pintorescos paisajes españoles está encuadrado, aquí, precisamente, en estas cuatro regiones que son las Vascongadas, la Montaña, Asturias y Galicia.

Hemos atravesado ya el río Narcea, otro paraíso salmoneo levantado en su riqueza piscícola hace exactamente quince años, hemos dejado en la carretera costera el bello pueblo de Luarca y hemos atravesado la invisible frontera de Asturias con Galicia.

Ribadeo, acostado sobre la ría, es el primer lugar gallego. La carretera entonces se adentra en la montaña. A la izquierda, quedará la serranía de Meira y pasando por Lorenzana y Mondoñedo llegaremos a Villalba. En Villalba se pueden elegir dos rutas: Una, la directa a La Coruña; otra, la que, muriendo también al pie de la torre coruñesa de Hércules, pasa antes por El Ferrol del Caudillo.

A El Ferrol del Caudillo se llega, pasando antes por Puentes de García Rodríguez. Entre el verdinegro estampado del típico paisaje del campo gallego, Puentes de García Rodríguez alza la mole de su importantísimo grupo minero termoeléctrico y edificios destinados a la fábrica de abonos que comprende, además, uno de los primeros centros de investigación química de España.

El grupo industrial de Puentes de García Rodríguez, correspondiente a la Empresa Nacional «CAIVO SOTERO», dependiente del Instituto Nacional de Industria, ha puesto en el tranquilo y melancólico paisaje gallego el signo de la potencia industrial y en el varillaje de hierro que poco a poco se ha ido revistiendo de cemento, en los cables conductores que distribuyen la electricidad proveniente de los lignitos extraídos en las minas, puede verse el signo favorable de un capítulo que ha pesado mucho en los últimos cinco años de la vida nacional: la victoria en la lucha contra las restricciones.

Y El Ferrol del Caudillo como final de primera etapa.

Después a La Coruña, Puente-deúme y Betanzos, pueblos de por medio y La Coruña—con sus paseos de Méndez Núñez mirando al puerto, con su playa de Riazor en el mismo corazón de la ciudad, con su Torre de Hércules, de origen fenicio saludando a los barcos que vienen de América, con la playa de Santa Cristina como enorme concha de arena—párrafo final.

Después están los sesenta y cinco kilómetros a Santiago de Compostela.

Para llegar a Santiago de Compostela, desde La Coruña, si no se va en tren, lo mejor es ir por la carretera nacional número 550. Antes que la palabra turismo apareciese en los diccionarios—y antes que los diccionarios se inventasen—Santiago

de Compostela era el centro turístico más importante de la tierra. La vía Lactea o Camino de Santiago, llevaba, guiándose en las estrellas a visitar el sepulcro del Apóstol. Y allí para asombro de las generaciones se levantó la basílica catedral, con su pórtico de la Gloria, la más pura representación de la arquitectura románica en España.

Hoy, para asombro de los visitantes, la hostería recién inaugurada marca, también, la atención, la comodidad y el bienestar para el descanso del viajero.

La suavidad, la dulzura y el encanto de Galicia las lleva el turista consigo antes y después de visitar la tumba del Apóstol. Santiago de Compostela es como el arco que lanza la flecha de la visita a las rías gallegas. Villagarcía de Arosa, Cambados, Marín, Redondela y por fin, Vigo. Arte y parte, maravilla de la Naturaleza, donde no se sabe si es el mar el que entra en la tierra o la tierra la que pasea a caballo por las aguas.

Tierra adentro, el río Sil. Y sobre él, el salto de Los Peares. Un salto gigantesco, monumental, con estatuas talladas en la roca viva, muestra no sólo la potencia de una obra de ingeniería sino, lo que es más, el arte de una escultura de nuevo estilo.

Así es Galicia: junto a los siglos, el nuevo siglo; junto al tiempo, el nuevo tiempo.

De frontera a frontera España ofrece su paisaje.

Ernesto SALCEDO



En sus gafas... cristales

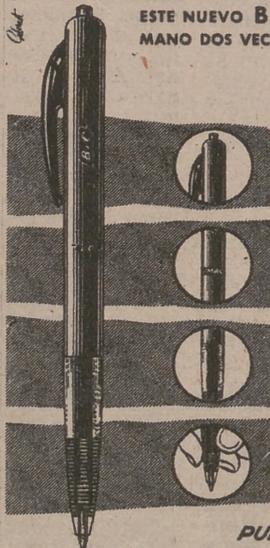
ZEISS PUNKTAL



JORDAN

"Montado sobre amortiguadores"

ESTE NUEVO BIC HACE SU
MANO DOS VECES MAS AGIL



HAGA VD. LA PRUEBA

Presione sobre la punta y notará que retrocede como el amortiguador de un automóvil.

Este ventaja permite perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

- 1.º ¡Retráctil! Un sencillo mecanismo movido por palancas hace innecesario el capuchón.
- 2.º ¡Siempre limpio! La tinta IMAC empleada en este modelo no puede derramarse ya que se coagula al aire. No mancha, se seca instantáneamente. Es indicable siendo admitida en Administraciones Públicas, Bancos y Escuelas.
- 3.º ¡De una sola pieza! Sin recambio, ¡Pare que recargarlo si por el mismo precio se puede comprar otro!
- 4.º ¡Más práctico! Nivel de tinta visible. Bien sujeto en la mano por su parte estricada.

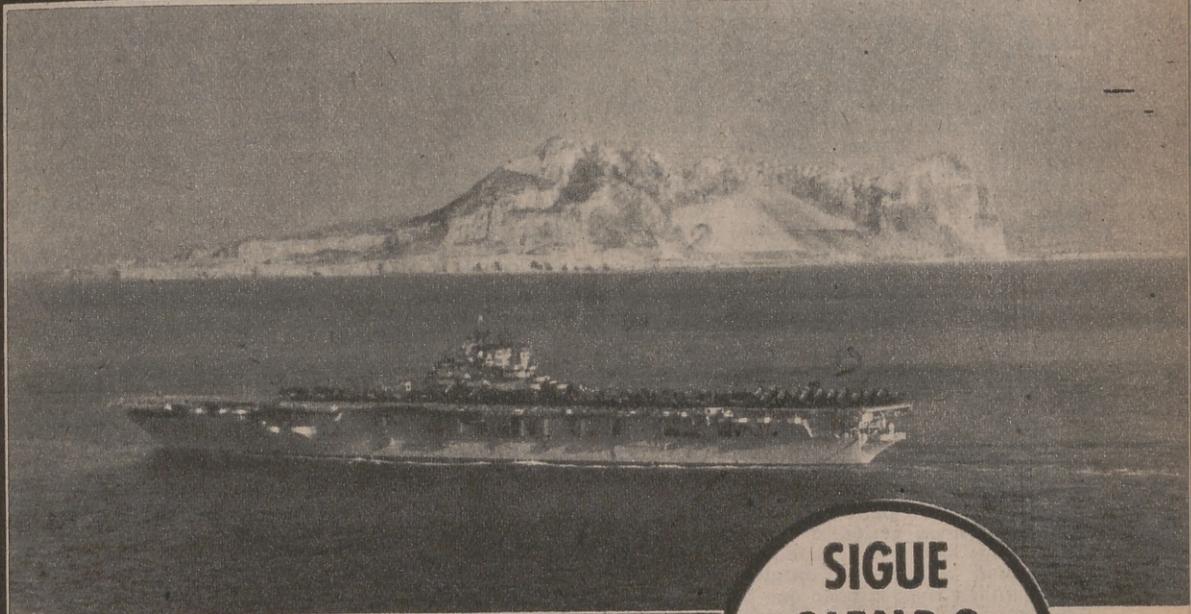
PUNTA **BIC**

solo cuesta
8 pesetas

ATENCIÓN: ¡Todo lo que corre sobre bola no es BIC! Sólo la VERDADERA Punta BIC le garantiza una fabricación de alta precisión, un control irreprochable, un funcionamiento regular. Observe bien antes de comprar si tiene la marca de garantía BIC.

FÁBRICA LAFOREST S.L. - MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 68 - BARCELONA

NUEVOS ASPECTOS DE GIBRALTAR



SE ROMPE LA CONJURA DEL SILENCIO SOBRE LA GRAVE CRISIS ECONOMICA

El hecho de que exista una Colonia en el territorio continental europeo, es una ironía sangrante al espíritu de los tiempos actuales

El semanario «Gibraltar Post» —que escatima a sus escasos lectores la galantería y flexibilidad de espíritu para con las cosas españolas— anunció recientemente, a grandes titulares, que «unas notas escritas a máquina han sido enviadas a varios miembros del Parlamento británico amenazándoles con volar la Cámara de los Comunes si no se abren negociaciones para restituir próximamente Gibraltar a España». El semanario gibraltareño añadió que «se cree que las notas proceden de españoles nacionalistas que celebran sus reuniones en Londres y sobre los que la policía está haciendo averiguaciones».

Según esto, hay conjurados que amenazan la rítmica tranquilidad del Big Ben, el armonioso carillón que, con puntualidad británica, suena las horas del meridiano de Greenwich.

Desde la célebre «conjuración de la pólvora» el Parlamento británico no se había sentido amenazado tan directamente.

Si estas reuniones secretas se confirman no sería nada extraño que pacíficas señoras londinenses diesen un rodeo por no pasar muy cerca del edificio del Parlamento al que van a amargar las vacaciones las amenazas de los diablos del sur.

A ver si las más antañonas ceremonias de la empolvada rutina que, desde la «conjuración de la pólvora», obliga al ceremonioso registro de los rincones subparlamentarios de la vieja Inglaterra

van a tener finalmente su razón actual de ser y el «noli me tangere» de la inmunidad de los diputados de una Cámara que han respetado tantos pueblos en rebelión, va a sentirse ahora en peligro, no por comandos chipriotas, ni por lustrosos negros del Mau-Mau, sino por la amenaza latina y culta del sistema métrico decimal.

«Cosas veredes, buen Cid, que harán hablar a las piedras»; a los acantilados del Peñón y a los sillares venerables del primer parlamento del mundo.

A la flema le convienen estos estímulos de vez en cuando, y al edificio de los equilibrios europeos, los espléndidos aislamientos y el sacro egoísmo, tan cargado de historia, no le perjudica la frialdad temperamental la anécdota de una amenaza susurrante.

Si un día estallase una anécdota así en uno de los más célebres subsótanos que las ratas del Támesis pueden explorar, ahora es casi seguro que los primeros sospechosos a la finísima mirada del Patio Escocés serían esos grupos «de españoles nacionalistas sobre los que la policía está haciendo averiguaciones» y habría redada en el restaurante Martínez y otros lugares donde estos embozados se reúnen, más que a comer la paella, a refugiarse del puré de gulsantes de una niebla pertinaz.

SE ROMPE LA CONJURACION DEL SILENCIO

Puestos a echar la imaginación en vuelo también podría pensarse

SIGUE SIENDO UNA NOTA NEGRA



La Oficina de Correos de Gibraltar en la calle Real. Arriba, el Peñón visto desde el Estrecho.

en que negros del Mau-Mau, lustrosos y desnudos, pudieran invadir la etiqueta de los Comunes. Pero sobre la psicología de aquellos negros entendemos menos que respecto a la de las tertulias españolas, incluso de las que pueden reunirse en Londres, de las que nos extraña estén dedicados en las calendas actuales—más propicias al temor de las grandes guerras que a la introducción de barricadas explosivas en los sub-

sótanos parlamentarios a aventuras y ratoneras de antiguo tapadillo.

El silencio que sobre el tema gibraltareño se guardaba se rompe ahora de vez en cuando, y hasta este tema, que parecía petrificado y estático a amplios sectores de la Prensa mundial, aparece, en los últimos años, con una frecuencia cada vez mayor en los periódicos.

Unas veces se relaciona a Gibraltar con la N. A. T. O. o con la O. T. A. N.; otras se sugiere que un arreglo, honroso por ambas partes, sería el de un arriendo después de que la Gran Bretaña reconociera la soberanía española sobre Gibraltar—como un día se reconoció la de Grecia sobre Chipre—, pero otros vaticanadores, con espíritu conciliador, realizan sobre tan reducido espacio una especie de juicio de Salomón: la ciudad pasaría a la soberanía española, pero la Roca, y una parte del puerto, continuaría siendo británica.

No falta comentarista que diga que el futuro de Gibraltar es el de convertirse en un monumento perdurable a la amistad y espíritu de colaboración hispanobritánica si se lograra hacer evolucionar la mentalidad histórica que ha sido creada sobre este punto.

Hace poco, un periódico americano hacía sobre el cambio de mentalidad respecto a Gibraltar el comentario más extraño que se oyó jamás sobre este tema diciendo que España debía esforzarse por mirar aquel espacio con la misma simpatía con que en Norteamérica se ven como una curiosidad histórica las reservas de indios.

LAS CIRCUNSTANCIAS. DE CARA

La actualidad de un tema tan antiguo es estimulada ahora por una serie de circunstancias recientes, como son: A) El descenso de la prosperidad del comercio gibraltareño motivada por el establecimiento de las medidas legales de frontera en aquella línea de separación. B) El cambio de escala de los trasatlánticos norteamericanos de la «American Export Line». C) La emigración gradual de un respetable contingente de gibraltareños que han salido en busca de horizontes económicos más propicios, y D) Ciertos reajustes en el sistema local de

tributación que suponen un nuevo gravamen para el comercio de Gibraltar.

Para hacer frente al estado de crisis económica se realizan trabajos preparatorios de ampliación portuaria para conseguir que aquella población tenga un mejor muelle de profundidad «al que puedan atracar los grandes barcos», así como «un muelle de aguaje y otros servicios».

Otra medida local de defensa económica es la de intensificación de la propaganda para atraer a los turistas y hacer que permanezcan en Gibraltar varios días, en vez de algunas horas, como se acostumbra en un puerto de paso.

En el pasado ejercicio económico los gastos de la Oficina de Turismo de Gibraltar han aumentado en tres mil libras esterlinas con respecto a los del año pasado. Este aumento obedece a la producción de una película documental de propaganda turística cuyo coste ha sido de mil libras esterlinas; el resto hasta tres mil libras ha sido empleado en la edición de folletos de propaganda y en reportajes y anuncios en grandes cadenas de periódicos especialmente americanos.

Como puede verse, las autoridades gibraltareñas realizan verdaderos esfuerzos para hacer frente a la crisis económica.

EMULACIÓN ENTRE DOS PUERTOS

La emulación entre el puerto de Algeciras—que va a ser ampliado con obras presupuestadas inicialmente en doscientos millones de pesetas—y el de Gibraltar está entablada en estos momentos con una intensidad que nunca se conoció en el pasado en el planteamiento portuario del Estrecho: Algeciras, Ceuta, Gibraltar, Tánger.

El interés portuario se refleja bien claramente en los presupuestos oficiales presentados al Consejo Legislativo gibraltareño, que se hacen públicos desde hace cuatro años. Cuando iba a empezar el actual ejercicio económico se dijo textualmente en aquel informe y en el capítulo dedicado al puerto que éste iba a reducir sus ingresos por lo menos en quinientas libras esterlinas a causa de la decisión de la «American Export Line» de no incluir a Gibraltar en sus escalas. Ya en el año pa-

sado—que fué calificado como «difícil para el comercio en general»—los ingresos gibraltareños por concepto de derechos portuarios sufrieron un notable descenso, que se acentúa todavía más, según los síntomas, en el año en curso.

Todos estos acontecimientos tienen la novedad de que el tema de Gibraltar se plantee desde el lado económico, lo que nunca se había hecho por parte de los tratadistas españoles, más dados a estudiar los orígenes del problema y a hablar de cuestiones históricas invocando motivos de honor y de juego limpio sobre la ilegitimidad de origen y de ejercicio que el caso tiene. Ahora, el problema se ve por el lado realista de las cifras y de las lógicas conexiones económicas que el recinto gibraltareño conserva con su «hinterland» natural.

LA INVASION DEL TRABAJO

El aspecto más interesante y noble de los problemas económicos que puedan estudiarse en esta zona es el laboral; el de la diaria emigración golondrina de los trabajadores españoles que le dan a la pequeña colonia británica su ritmo de vida activa.

En total, la población del Campo de Gibraltar que diariamente participa en las actividades laborales de aquella plaza es de doce mil trescientas cuatro personas de ambos sexos, mientras que obreros y empleados británicos y gibraltareños o «llanitos» que intervienen en el trabajo de manos en aquella población son aproximadamente unos seis mil en total.

La gran base social de la vida de Gibraltar es española para la producción, los servicios y gran parte del consumo que se hace en el comercio de aquella plaza.

En lo que pueden denominarse actividades diversas trabajan cuatro mil quinientas cuarenta y siete personas, de las que tres mil novecientas veintitrés son sirvientas; doscientas una trabajan en la elaboración de tabacos; ciento veinticuatro son electricistas; ciento veintidós hacen de sastre; sesenta y seis son peluqueros; veintisiete trabajan en labores de zapatería; veintitrés son fotógrafos; dieciséis trabajan en planchería; doce en jardinería, y hay también diez músicos, un médico, un veterinario y hasta un limpiabotas.

Del ramo de la construcción trabajan en Gibraltar cuatro mil cuatrocientos setenta y cuatro obreros españoles, de los que tres mil ciento sesenta y seis hacen de simples peones. En el comercio y oficinas hay mil doscientos cincuenta y nueve españoles, de los que trescientos cuarenta y tres son dependientes; doscientos treinta y cuatro son vendedores; ciento cincuenta y cuatro son almaceneros; ciento cuatro hacen de empleados; ciento cincuenta y ocho de repartidores; noventa y dos son panaderos; cincuenta y ocho de repartidores; noventa y dos son panaderos; cincuenta y cinco trabajan en comercios de carnicería; once son carboneros; cincuenta y dos prestan sus servicios en comercios de confitería; catorce son churreros, siete son



Una calle de Gibraltar tiene gran semejanza con cualquier otra calle de una ciudad andaluza.

pescadores y solamente hay un guador.

Que se dediquen a las empresas de transporte y comunicaciones hay ochocientos treinta y siete españoles, de los que cuatrocientos diez son conductores; doscientos setenta y cuatro, marineros; cuarenta y seis son fogoneros; veintitrés cargadores; treinta y seis carreros; once maquinistas; trece cobradores; once engranadores, ocho barqueros y un telegrafista.

Que pertenezcan a la actividad metalúrgica hay en Gibraltar seiscientos sesenta y cuatro españoles, de los que trescientos noventa y seis son mecánicos; ciento nueve son plomeros, treinta y seis herreros; dieciocho sopletistas; quince fontaneros; veintitrés caldereros; dieciocho torneros, así como hay también treinta y ocho tipógrafos que prestan sus servicios en aquella población.

En la hostelería trabajan quinientos veintitrés españoles, de los que doscientos cuarenta y cuatro son camareros y doscientos setenta y nueve trabajan en labores de cocina en restaurantes y casas particulares.

IDEA DEL «CERCO INDUSTRIAL

He aquí a un conjunto de trabajadores que, desmenuzados por profesiones, parece muy importante, pero hay que tener en cuenta que el número de doce mil trescientos obreros no es superior al que tienen muchas industrias modernas en una sola fábrica, que pase de la categoría de mediana.

De estos trabajadores, tres mil seiscientos ochenta y siete viven en La Línea de la Concepción, mil seiscientos veintiocho residen en Algeciras; ochocientos noventa y dos en San Roque y noventa y siete en Los Barrios.

Unos veintiséis trabajadores nacidos en Gibraltar trabajan en la colonia británica, pero residen en el territorio español, y en el grupo de obreros hay también tres franceses, un italiano, tres portugueses y treinta trabajadores originarios de distintos países iberoamericanos, entre los que destacan los brasileños.

Si se comparan las dos más importantes poblaciones del Campo de Gibraltar con la de aquella plaza resultan deducciones curiosas. La Línea de la Concepción tiene, de hecho, alrededor de setenta mil habitantes, y Algeciras cuenta con una población de más de sesenta mil, mientras que la población de Gibraltar no sobrepasa el número de veinticinco mil personas.

Decir que Algeciras, La Línea de la Concepción, San Roque, Los Barrios y Tarifa, o sea los cinco municipios que se reparten el Campo de Gibraltar, son poblaciones absolutamente dependientes de la colonia británica no sería nada exacto, ya que, además de la riqueza agrícola, existen grandes recursos pesqueros comerciales y hasta de transformación industrial que dan trabajo a millares de obreros de todas las profesiones, que no se cuentan en el número de los doce mil y pico que se ganan el pan diario bajo la sombra inmediata del Peñón.

Algo más de doce mil trabajadores, de ambos sexos, son una minoría bien pequeña en el número de casi doscientos mil habitantes que reúne todo el Campo de Gibraltar, con cuantiosas posibilidades económicas, cuyos recursos pueden ser valorizados con muchos más puestos de trabajo que los que ofrece actualmente el «status» gibraltareño.

La idea del «cerco industrial» no es una utopía, sino algo que está dotado por la Naturaleza de cuantiosas posibilidades y puede cumplir la doble finalidad de elevar el nivel de vida de una comarca española de gran contingente humano y, al mismo tiempo, podría servir a todavía más elevados fines de estrategia internacional.

POR FALTA DE FERIANTES

Las obras de ampliación del puerto de Algeciras, así como el montaje de instalaciones de carburantes líquidos en la Isla Verde, ofrecen ahora nuevas posibilidades de trabajo en la zona del Campo de Gibraltar.

Una noticia reciente es la de que la Comisión gibraltareña de Festejos ha decidido suspender la Feria anual que se celebraba entre los días 29 de junio y 8 de julio, en vista del reducido número de solicitudes recibidas para instalación de atracciones en aquella plaza y que solían correr a cargo de pequeñas empresas españolas.

Aunque la Feria de Gibraltar, al estilo típico andaluz, se celebraba todos los años con déficit, en éste se calculaba que iba a alcanzar una pérdida de más de dos mil libras esterlinas, lo que iba a suponer un coste excesivo para el contribuyente.

A los distintos pequeños problemas que tiene ahora el comercio gibraltareño ha venido en ayuda la ley reciente por la que se reducen las horas de apertura de las tiendas y establecimientos Esta ley, inspirada en las reclamaciones laborales de los trabajadores, no satisface mucho a los empresarios del comercio, que no pueden tener abiertos sus establecimientos más que durante ocho horas al día.

Las entidades comerciales han

elevado protestas a las autoridades de la plaza por conducto de la Cámara de Comercio, la Oficina de Colocación, etc., pidiendo que se haga un informe que recoja la opinión de todo el comercio sobre los peligros que entraña tanta «libertad» en reclamar más y más por parte de las instituciones laborales que puede terminar por hundir la vida de la Colonia, haciéndole tanto perjuicio como las medidas de restablecimiento legal implantadas por España.

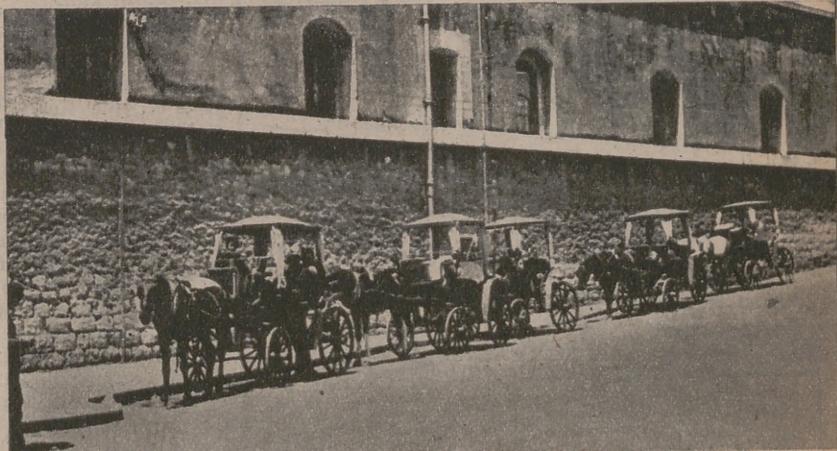
PISTAS PARA LA REACCIÓN

Referente a la decisión del Almirantazgo de reducir gastos artilleros, cuyos medios se consideran menos eficaces en la guerra moderna, hay que decir que en la primera decena del pasado mes de mayo embarcó de Gibraltar para la Gran Bretaña el destacamento de artillería de costa que prestaba servicio en la zona sur del Peñón, sin que haya sido sustituido hasta ahora por ninguna otra fuerza militar, aunque se dice que pudiera ser ocupado su puesto por un destacamento de reclutas gibraltareños, mandados por oficiales de la misma naturaleza.

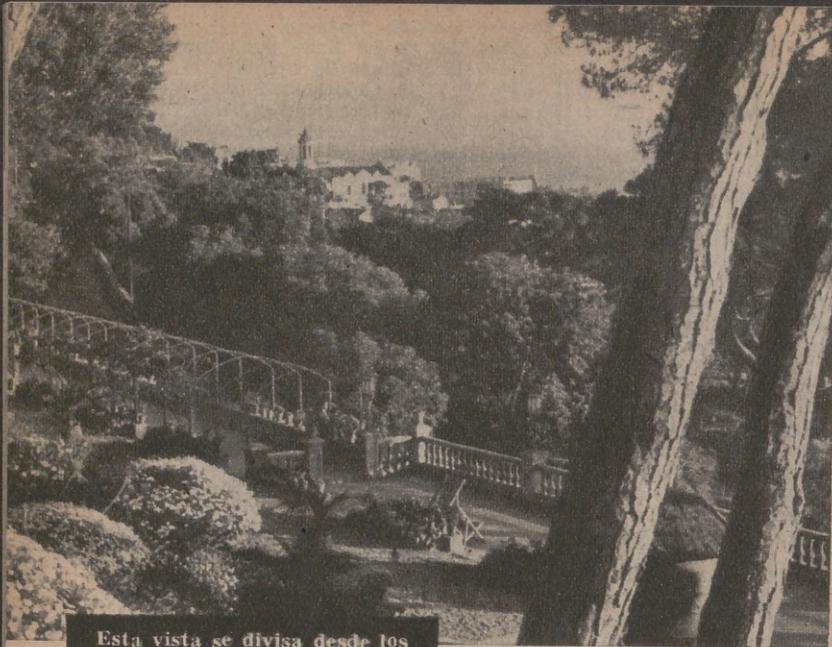
En cuanto a las obras de ampliación del campo de aviación gibraltareño se están construyendo a los lados dos pistas de rodaje para que desde las mismas puedan iniciar el vuelo los reactores que, en la pista actual, hacían grandes hendiduras en el suelo en el momento de poner en marcha los motores.

Por lo que respecta a los rumores de que va a establecerse una emisora de radio en el Peñón, hay que decir que no han sido, hasta ahora, confirmados. Tanto la Cámara de Comercio como el alcalde de la plaza irredenta, Mr. Hassan, han expuesto repetidamente los deseos de que se establezca una emisora de radio en Gibraltar.

A una pregunta de Mr. Hassan en el Consejo Legislativo contestó el Secretario Colonial, Mr. Bates, que fué propuesto este asunto de la emisora al Ministerio de las Colonias en enero de 1955 y que aquel Departamento acogió la idea con simpatía, pero la tiene aún en estudio. Añadió, sin em-



Estos típicos cochechitos gibraltareños esperan la llegada de turistas a quienes pasear por la ciudad.



Esta vista se divisa desde los jardines del Rock-Hotel; al fondo se aprecia la costa africana.

bargo, el Secretario colonial que una emisora comercial restringida es imposible que cubra gastos en Gibraltar, y que, por otra parte, la política del Gobierno de Londres se opone en principio a emisiones comerciales a través de fronteras internacionales, y también agregó que existen dificultades respecto a disposición o fijación de frecuencias.

Es deseo de la Cámara de Comercio gibraltareña el que la po-

sible emisora de radio sirva para atraer el turismo a Gibraltar, al mismo tiempo que difundir noticias por radio sobre la ciudad y hasta ser la réplica al frente radiofónico establecido al otro lado de la valla de separación.

EL MAR DE LA VI FLOTA

En cuanto a la campaña emprendida por el partido gibraltareño A. A. C. R., que representa la tendencia política extrema en aquella plaza, de que los habitantes del Peñón «se quedaran en casa», o sea, que no realizasen, visitas ni compras más allá de la valla de separación, puede decirse que ha disminuido tanto que ya no existe en Gibraltar aquel ambiente de represalia que con ocasión del restablecimiento de las medidas legales intentaron crear algunos exaltados. A la romería de «La Almoraima» han acudido este año tantos gibraltareños como lo hacían tradicionalmente en los años anteriores a 1954 en que fueron restablecidas las disposiciones legales de frontera.

Pero el ambiente de conciliación, que pretende un «reblandecimiento» por parte de los españoles, no parece tener signos ostensibles de que en el plano internacional se busque, por parte del Gobierno colonial británico la buena voluntad propuesta por España para encontrar la fórmula que, para la solución honorable del caso de Gibraltar, exige el espíritu moderno de revisión de imperialismo y antiguallas pasadas de moda.

En cuanto a la salvaguardia del Mediterráneo — por donde antes pasaba la ruta imperial británica — está ahora a cargo de un conjunto naval en el que es decisiva la presencia de la VI Flota. Este cambio de situación ha sido reforzado por el abandono militar británico de las bases del Canal de Suez, las dificultades en la isla de Chipre, así como la emancipación de extensas zonas protegidas o bien dependientes en el Norte de África, que indican que hay revisiones importantes en las orillas del mar clásico.

Dentro de la misma plaza gibraltareña son muchos los que opinan que una fórmula conciliatoria en la que se respetaran propiedades e intereses legítimos, con un arriendo a largo plazo de la base naval, lejos de perjudicar la vida económica de Gibraltar la reforzaría, ya que seguirían llegando barcos de guerra y mercantes de distintos países; habría más turismo al simplificarse las dificultades de cruce de soberanías y los residentes en el Campo podrían ir a Gibraltar sin limitación, así como los gibraltareños ir al «hinterland» natural sin pases ni restricciones, con lo que se elevaría considerablemente el nivel económico, con gran beneficio del legítimo comercio, que ve en la utilización de la fuente de riqueza que supone el turismo su esperanza más grande.

HACIA EL SISTEMA METRICO DECIMAL

Gibraltar sin universidad y sin emisora; sin propia labor cultural ni artística. Roca de Prometeo, de imperialismo en piedra careada, Reducto del contrabando.

En el plano internacional, el caso de Gibraltar sigue siendo una nota negra, absolutamente contraria al espíritu de los tiempos actuales, en los que el prejuicio histórico se sacrifica al interés general de las todavía nebulosas uniones de pueblos.

El hecho de que exista una Unión en el territorio continental europeo es una ironía sangrante para el pretendido espíritu de Estraburgo y para las teorías de un europeísmo más o menos vociferador, y hasta utópico, pero que se ha puesto de manifiesto en algunas realidades concretas de «pools», uniones económicas y aduaneras, además de ser una corriente invocación en todas las reuniones en las que, en el plano internacional, se estudian los problemas del viejo y amenazado continente.

Quando el mundo de las ideas y los hechos marcha a toda rapidez el acto de fuerza del caso de Gibraltar va irrevocablemente hacia su reparación por el mismo imperativo de las circunstancias.

Los tenderos gibraltareños, pequeños burgueses de la Roca, tienen cada día más razones para esperar que les libere, de complicados cálculos, la sencilla libertad para el sistema métrico decimal.

F. COSTA TORRO

POR QUE ESTAR GORDA?

Lise Peary te dice como perder esa grasa horrible, de una manera sana, fácil y cómoda...

! SIN MEDICAMENTOS !

! SIN REGIMEN !



RESULTADO GARANTIZADO

El exceso de peso puede perjudicar vuestra salud, así como vuestro aspecto físico. Miles de mujeres de todos los países de Europa y otros continentes, estrellas de cine, han perdido su exceso de peso con el método SVELTOR.

POR QUE NO PODEIS CONSEGUIRLO VOSOTRAS?

Con SVELTOR perderéis el exceso de grasa del modo más rápido y natural, SIN RIESGO ALGUNO PARA VUESTRA SALUD. Con el tratamiento SVELTOR os sentiréis mejor, mucho mejor, más ligeras y recuperareis aquella línea sin la cual no existe el atractivo femenino.

EXCEPCIONAL !!

No os pedimos una fe ciega. Somos nosotros que tenemos completa confianza en vuestro juicio. Enviad el vale adjunto o su copia a LABORATORIO SVELTOR - Osio, 27 - BARCELONA

VALE DE PRUEBA N° EE

NO ENVIAR DINERO adjuntad solamente sellos de correo para la respuesta.

Remítame sin compromiso alguno por mi parte, documentación completa sobre el método SVELTOR y la oferta de prueba a sus expensas.

Nombre _____ Dirección _____
Cidad _____

SVELTOR

PARIS · LOS ANGELES · BRUSELAS · MILAN
MAYENZA · VEVEY · CARACAS · LISBOA

LISE vá a una fiesta de tarde.
"SVELTOR ha hecho tanto por mí, dice - que no solo he perdido peso, sino que ahora me encuentro completamente bien" ...



LISE ha sido invitada a un paseo en barca:
"Dos meses atrás no hubiera aceptado - dice - tan desgraciada me sentía en traje de baño" ... 43

"FUENTE OVEJUNA" EN FUENTE OBEJUNA

UN PUEBLO DE CARA AL ESCENARIO NATURAL DONDE OCURRIERON LOS SUCESOS HISTORICOS

"ESTOY FELIZ DE MI VUELTA AL TEATRO", DICE AURORA BAUTISTA

POR LA RUTA DE SIERRA MORENA

CARRETERA larga, cimbreada, dormida en las duras curvas de la sierra. Aspero paisaje, cansado y dolorido por el hondo espolonazo del sol. Desde Córdoba a Fuente Ovejuna, el centenar de kilómetros significa tres horas de lento rodar por los caminos. En el paisaje se levanta, viva y poderosa frente al clima, la soberbia y testaruda cabeza de la mula, animal indomable. Algún burrillo de noble andadura, sobre todo cerca de Córdoba, carga en los desnudos lomos la estampa de alguna mujer que mira fija y calmadamente hacia adelante. La mano, en la cadera. Muchas, cubierta la cara, bajo el ancho y bello sombrero de paja, por un lienzo. Así sólo quedan vivos y despiertos los ojos. El calor, la calor, inclina el pecho en la escasa sombra de los olivos. Todavía teníamos, por entonces, bien fresca en la memoria la sombra inmensa, continua y poderosa de los olivares de Jaén. Pero todo quedó atrás. Cientos de kilómetros cruzando los trigos (Castilla), las viñas y los molinos (La Mancha) para llegar ahora a las cotas oscuras y arenosas que llevan a Fuente Ovejuna, vieja y noble villa.

Mientras tanto, mientras se llega, el chofer apunta la agreste tierra con su dedo, diciéndonos: «por aquí vivieron los bandidos generosos».

El trabuco, sin embargo, ha pasado de moda. Ni a derecha ni a izquierda, francamente, hay la menor posibilidad de verlos aparecer. Sólo los campesinos, levantando la mano en ritual saludo de adiós a los que corren, nos dejan pensativos.

UN PUEBLO ENTERO EN PIE

—Fuente Ovejuna tiene 7.500 habitantes, ¿verdad, señor Alcalde?

—Sí; pero con sus aldeas nos aproximamos a los 19.000.

Un pueblo grande, una comarca entera que guarda íntegramente el sabor y el recuerdo del pasado. La villa está en lo alto del cerro y se extiende sobre él, como dice su Alcalde, como un caracol que diera vueltas sobre sí mismo.

Se sube, amigos, por una larga y empinada calle que nos va llevando despacio, pero firmemente, a la plaza, a la historia. A izquierda y derecha, en las puertas y en las aceras, están sus habitantes, las bellas mozas.

—¡Cuidado que hay bellas!—decía Torrente Ballester, crítico teatral de «Arriba» y hombre de fino humor y mucha agua de Vichy.



La plaza de Fuente Ovejuna es el grandioso escenario para la representación de la obra de Lope de Vega.



El pueblo, ante el escenario sigue la representación de los históricos sucesos.

La verdad es que el pueblo está en fiesta. Durante días, entre ensayos, recelo y concordia final, ha terminado por convivir alegremente con los artistas de la compañía Lope de Vega. José Tamayo, en traje de campaña, entra y sale por este nuevo escenario español como si fuera amigo de cada uno de los vecinos.

Yo hablo con ellos. Bebo de su agua a la puerta de la casa y me



Terminada la representación de «Fuenteovejuna», Tamaya y sus actores agradecen los aplausos de los espectadores.

llevo conmigo a Miguel Ortiz, guía de trece años, a que me enseñe la villa. Antes gasto el buen tiempo de la amistad con sus padres.

—¿Qué les parece todo esto?

Ello, claro está, es el vivaz espectáculo del pueblo. Todo el mundo en la calle. Los guardias, bajos y anchos, seguros de controlar el barullo, dirigen la procesión de los coches que vienen de las ciudades próximas para ver representar «Fuenteovejuna» en Fuente Ovejuna, con el aire de los veteranos de la circulación.

—La verdad es—me dice la mujer—que nosotros no entendemos mucho, pero estamos muy contentos de verlo.

La dulce ingenuidad de la mujer, delgada, de negros ojos y llena de una sonrisa cortés, responde por mucha gente más que ha ido cerrándonos, en el entretanto, en el círculo de la curiosidad. Me llevo a Miguelito conmigo. La madre, bien sonriente, se despide:

—Tengo seis.

—¡Caramba!

—Y mi hermano no puede ir a la plaza—dice Miguelito—porque tiene catarro...

—¿Y tienes entrada?

Me mira como a los locos. Después, sosegadamente, me advierte:

—Me cuelo por debajo de la tribuna.

Lo malo, Miguelito, es que cuando empezó la representación vi un guardia allí. No se, al fin, cómo terminarían sus firmes propósitos.

LA PLAZA, CITA DE TEATRO Y DE HISTORIA

Hay dos mil sillas en la plaza. En el sitio dominante, los carpinteros han levantado un armazón de madera sobre el que se apoya la tribuna. Al frente, amigos, la alta iglesia. Los flancos de este ancho escenario natural lo componen las casas del pueblo. Todas blancas, enjalbegadas al uso de

La Mancha y de Andalucía. El edificio del Ayuntamiento está al frente. Emilio Burgos, el decorador, ha tenido que hacer un montaje sólido y amplio para ocultar, con nuevas «edificaciones» clásicas, las casas que desconectaban al espectador con el ambiente de la época. A la izquierda ha levantado un pequeño castillo, donde vivirá teatralmente, durante unos días, el Comendador. Desde sus almenas, un pueblo airado aporrajará su cuerpo a la calle.

Burgos es un hombre bajo, más bien bajo, como diría un sosegado definidor de estaturas, pero con una cabeza pensativa y una lengua irónica y descontentadiza con lo que hace. En Fuente Ovejuna ha andado a un ligero paso para tenerlo todo listo en el último momento. Está ahora aquí, ante nosotros, en el breve espacio que va del último toque a la primera escena.

Mira hacia el escenario y me enseña las escaleras.

—Las escaleras son «de verdad», pero hemos tenido que quitar la barandilla de hierro, porque no había forma de «acopiarla» al conjunto del siglo XV, al menos en sus detalles de conjunto.

Hay un momento de pausa mientras mira, críticamente, el conjunto:

—Hasta en la iglesia hemos tenido que hacer, ¿ves?, algunas decoraciones...

Todo es trabajo, acción. Durante días y noches—el ensayo general el día antes del estreno duraba hasta el amanecer—el escenario natural, la plaza histórica donde el pueblo de Fuente Ovejuna se rebeló contra Fernán González, ha ido mudando su cara habitual para tener ésta de hoy, fugaz y breve estampa del pasado.

EL ALCALDE DE FUENTE OBEJUNA, EL HOMBRE DE UNA BELLA EMPRESA

La tarjeta de visita del Alcalde de Fuente Ovejuna dice simplemente: «Jorge Rodríguez Pérez, abogado». Pero eso no es mucho. Rodríguez Pérez es un hombre recio y fino. Hombre rubio, pero tirando al rojo, claros ojos y unas gafas americanas. Traje marrón, bien cortado. Tampoco es mucho.

El Alcalde de Fuente Ovejuna es un hombre afable, emocionado esta noche del estreno de la obra de Lope de Vega, como si, imponiéndose esa prega, resucitara cosas muy importantes. Le rodean sus concejales, el secretario del Ayuntamiento, como si empujaran entre todos un monte.

—Piense que mi padre, siendo Alcalde de este mismo pueblo, trajo aquí a la Xirgu para que representara igualmente «Fuenteovejuna».

—¿Qué hacía usted entonces?

—Estaba en el servicio militar.

—¿Está contento hoy?

—Mucho, muchísimo; pero cuando se termine todo se me habrá quitado una losa de la cabeza.

—¿Es que existieron muchas dificultades?

—Muchas y pocas.

Toda empresa tiene problemas. El Alcalde de Fuente Ovejuna tenía que pasar por ellas para recoger el fruto de esta noche: un pueblo entero esperando, con los ojos vacíos de sueño, el momento en que se cuenta su historia. La historia de sus mayores.

—¿Cuál es el motivo que le ha guiado principalmente para llevar a cabo estos días de teatro al aire libre?

—Es muy sencillo. Por un lado el deseo de dar a conocer a mi pueblo a través de un gran director, la obra de Lope de Vega. Después hacer todo lo humanamente posible para que se supiera que existimos.

Ya no hay tiempo de hablar más. Las luces de la plaza se han apagado. Un silencio extraordinario envuelve todo. Sólo el hombre de los globos rompe la calma. Sin saber por qué, uno ha explotado. Tamayo, desde la atalaya de las luces, concentrado en sí mismo, escucha las palabras de los actores como si las silabea el centro.

Primer acto. Conversación en el entreacto.

EL DILEMA DE «FUENTE-OVEJUNA» Y FUENTE OBEJUNA

Mucha gente se pregunta por qué razón existe esa diferencia de «b» y «v» entre el nombre del pueblo y el título de la obra lopiana. La explicación es sencilla y, en cierto modo, curiosa.

La Fuente Ovejuna actual tiene una historia dilatada. En tiempos de los romanos, debido a la gran cantidad de miel que producía, se llamó Gran Melaria. Este pueblo exportador, activo, llegó a ser uno de los principales de la región andaluza, pero en el transcurso del tiempo, arrasada por los árabes, cuando fué reconstruido nuevamente, se llamó Fuente Abejuna, sustituyendo el antiguo de Melaria, pero conservándose en el escudo su abeja simbólica de la riqueza de sus colmenas.

Lope de Vega, al hacer historia dramática de los sucesos históricos de la noche del 23 de abril de 1476, cuando los Alcaldes y vecinos se disponen a dar muerte al Comendador de la Orden de Calatrava y acuerdan después que ninguna fuerza podrá hacerles decir que el responsable de su muerte era otro que Fuente Ovejuna, esto es, la villa entera, dió principio al dilema etimológico creyendo que el origen del nombre radicaba en las «ovejas» y no, como ya sabemos, en el de las «abejas».

La fuerza imperativa del «Fuenteovejuna» lopiano influyó, posiblemente, en la actual denominación de la villa como Fuente Ovejuna, pero ésta se reservó el derecho de mantener la «b» en recuerdo del íntimo carácter histórico de su nombre de pueblo, de grandes colmenas.

Fin del entreacto

AURORA BAUTISTA: EL IMPETU Y LA GRACIA

Fuente Ovejuna ha visto, entre otras cosas, el retorno de Aurora Bautista al teatro. Este es un acontecimiento artístico desligado de las demás cosas. Había expectación popular por verla y existía también un curioso orgullo. Ha vivido en el pueblo y ha ganado a las gentes con su elemental sencillez. Ella estaba feliz del papel: «Laurencia, decía, es un símbolo de la mujer española».

Pero esto es la parte exterior. Nicolás González Ruiz, adaptador de la obra, añadía: «Es una actriz inesperada. De repente aparece en toda su potencia y paraliza».

Algo así pasó. Un largo estrechamiento corrió por el gentío cuando comenzó la arenga, en el momento aquel de las duras palabras a los hombres:

Liebres cobardes nacistets;
Barbaros sois, no españoles...

Acabado todo, encendidas las luces, iniciándose el largo desfile

de los vecinos a sus casas y de los extraños a la fuente metafórica de la cerveza, que la noche era cálida, de dulce y epretado verano, el Casino de Puente Ovejuna estaba en su pleno. En la cocina se acababa todo. El cocinero miraba sus chuletas asombrado de que se esfumaran tan pronto. En el mostrador no había hielo. Por la larga cuesta de Lope de Vega venía Aurora Bautista con un vestido rojo y la cara aún maquillada. Los ojos verdes, alegres de la jornada, venturosos.

—¿Contenta?
—Estoy feliz haciendo teatro. Me siento regocijada totalmente.
—¿Y qué significa para el futuro?

—Pues significa, sencillamente, que volveré este invierno al teatro.

Ahora vienen las felicitaciones, mientras en las mesas se siembran las primeras tortillas de la noche.

En la zona de los periodistas madrileños, Nicolás González Ruiz, en nombre de todos, abraza a la actriz.

A lo largo de las mesas hay quien pregunta:

—¿Y los demás?
Nada.

JOSE TAMAYO EN LA JORNADA CUMPLIDA

Tamayo entra, a su vez, con Andrés Mejuto—intérprete del Comendador—y Roberto Carpio. A pesar de las tortillas suena un espontáneo aplauso, mientras el cocinero, con su gorro blanco, asoma su estampa acalorada a la puerta.

Roberto Carpio, que durante la representación había estado sentado entre el público y corría de un lado para otro cada vez que se apagaban las luces, se sienta ahora a mi lado. Según él, no tiene apetito, lo que no es obstáculo para que se coma la tortilla del fotógrafo Gyenes... que sólo piensa en quitarse la chaqueta sin causar enojo a la etiqueta.

En el mismo rincón, Osuna y su esposa, Osuna, ayudante de dirección, bien bronceado por el teatro al aire libre de Mérida y Fuente Ovejuna. Pero los felices se conforman alegremente. Por eso me dice:

—Estamos empezando.
Roberto Carpio cuenta minuciosamente unas gotas que debe tomar, según él, para la tensión.

—¿Qué días!—dice.
—Cuéntame algo.

—¡Imagínate! Han actuado unos doscientos comparsas. Todos gentes del pueblo mismo. Han hecho, ciertamente, un esfuerzo enorme; pero el trabajo de ensayo ha sido difícil.

—¿Se marchó alguien?
—Hubo uno que me dijo: «Me voy», y se marchaba tranquilamente, con ropa y todo.

Carpio termina de contar sus gotas, mientras Tamayo (que se marcha dentro de unos días a Argentina, contratado para dirigir «Diálogos de Carmelitas» en Buenos Aires) va de mesa en mesa saludando a los amigos, que han venido desde 500 kilómetros para la cita de teatro: ese mundo de cosas aparentemente fáciles, pero de íntimo y duro destino.

—¿Contento?

—Del esfuerzo, sí.
—¿De la representación?
—Siempre busca uno más en todo. Aurora ha estado muy bien, como una revelación...

Repentinamente se acuerda que no ha cenado. Toma una cerveza y la deja en la mesa para ir a saludar, con los brazos abiertos, a Alfredo Marquerie.

Mientras tanto, una joven señora se acerca a Aurora Bautista:

—¿De dónde saca ese ímpetu?
La actriz se ríe:
—Yo no sé.

Cuando llegamos a Córdoba, la luz del día recortaba plenamente las almenas del Alcázar. Lorenzo, nuestro jefe de expedición, Lorenzo el bueno, festejaba el día diciendo: «Tendremos que salir a la tarde para Madrid».

—¡Claro! ¡Claro!
Pero, mientras tanto, conversaba yo con Nicolás González Ruiz.

—¿Cuáles han sido las dificultades mayores con que ha tropezado durante la adaptación?

—No he hecho otra cosa, como ocurre en estos casos, que aligerar el texto y modernizar algunas expresiones del verso.

—El escenario natural ha incluido en sus trabajos?

—Enormemente. Hasta el último minuto, durante los ensayos, he tenido que estar pendiente de ese problema. El escenario imponía su realidad. Por eso tuve que hacer decir a los personajes algunos versos—no me arrepiento de ello—que no están en la obra.

—¿Ha hecho algún cambio fundamental?

—No fundamental; pero, por ejemplo, hago ir a los Reyes Católicos a Fuente Ovejuna, mientras que en la obra de Lope son los vecinos quienes van a su presencia, pero lejos del pueblo.

Nicolás González Ruiz no quiere hablar de sí mismo. A pausado paso se reúne con su esposa mientras mira bondadosamente el largo camino del sueño.

Enrique GARCIA RUIZ

(Enviado especial.)

(Fotografía de Gyenes.)



Aurora Bautista, inolvidable Laurencia de «Fuenteovejuna».



MANOLO VAZQUEZ CUARTO TORERO DE UNA FAMILIA

**La alegría y el garbo de
un lidiador sevillano**

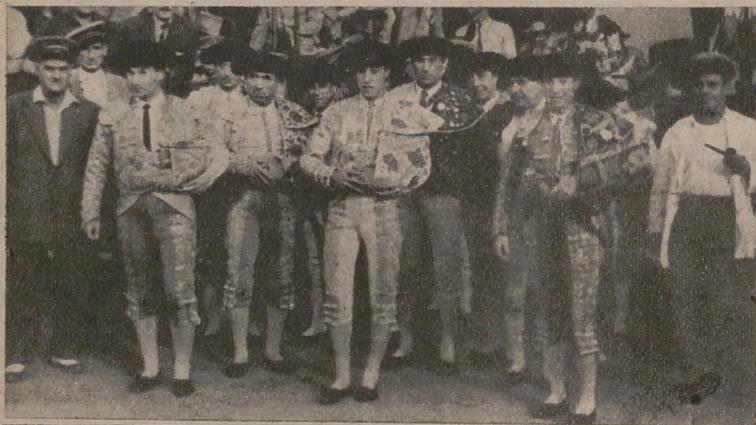


Quando se presentó en Méjico Manolo Vázquez obtuvo muy señalado triunfo con la enorme plaza Monumental, que se llenó hasta el tejado.



Tres toreros de Sevilla. Tres figuras. En el centro, Juan Belmonte; a los lados, los hermanos Pepe Luis y Manolo Vázquez, puntales de una estética taurina.

CAMPANAS AL VUELO EN EL BARRIO DE SAN BERNARDO



Tarde de la alternativa en Sevilla. Con Pepe Luis y Manolo Vázquez, Antonio Bienvenida.

HAY familias en las que la afición a los toros está tan inmersa en su sangre que si métodos hubieran en los análisis de las microbiologías saldrían positivas más de una y de siete cruces en los formularios. Los libros que se escribiesen así de las historias tendrían que dedicar un capítulo amplísimo, extenso y documentado, a la familia Vázquez, de Sevilla, más concretamente del barrio florido y repajolero de San Bernardo.

Ya en «el Cossio», ese gran

monumento de la teoría taurómaca, aparece escrito que José Vázquez Roldán, capataz que fue del matadero de Sevilla sirvió en su juventud en el noble e ilusionado ejército de la torería; pero lo que «el Cossio» no podía decir es que su progenie—la parte de varón de la progenie se entiende—José Luis, Rafael, Manuel, Antonio y Juan, vestirían, uno a uno, los trajes dorados que en las tardes quiebran la luz fortísima del único rey sideral, astro solar de los espacios.

Agosto es un mes que, en Sevilla, achicharra. El día 21 de aquel mes de 1929, la casa de José Vázquez, capataz del Municipal Matadero, está de fiesta. De esa fiesta tan llena de ternura, de emoción íntima y de inaprehensible intranquilidad ligada que supone el recibir, en la misma familia de uno, a otro miembro más, entraña y carne de la propia carne y de la propia entraña.

José Vázquez Roldán, cuando ha visto a su nuevo hijo, le ha tomado en sus brazos; está, de bueno, dormido; es rubito y apenas llora.

—Otro pequeño. Conchita; tú hubieras querido una niña...

—No importa, José, lo esencial es que estemos todos buenos y que el niño crezca con salud y con suerte.

En la pila de la parroquia de San Bernardo, en la misma pila que fueran bautizados Curro Cuchares, el Tato y toda la torería del sevillano barrio, el señor cura párroco le ha puesto por nombre Manuel; testigo fue su padrino, Manolo Yus, que pagó el convite.

Sus dos hermanos, Pepe Luis y Rafael, sí que se acuerdan. Hubo, con aquel calor, fresca limonada y pastelillos, y bocadillos de jamón, de queso y de chorizo. Los dos hermanos, Pepe Luis y Rafael, deseando estaban que,

de pronto, aumentase otra vez la familia.

CON SIETE AÑOS DE EDAD, A HOMBROS POR LAS CALLES DE SEVILLA

Don Carlos Alonso Chaparro —hoy más de cincuenta años de maestro, domador y guiador de las voluntades y de las inteligencias de los hombres que apenas cuentan los siete años de edad— era y es, es y era, toda una institución docente en la comarca que cuenta sus fronteras por la Puerta de la Carne, por el barrio de Santa Cruz de la ciudad andaluza del Guadalquivir.

—Don Carlos, desde mañana traeré a mi Manolillo para que le dé usted clase. Es muy bueno, ya lo verá usted, no se parece a sus hermanos que son de la piel del diablo, pero ya tiene seis añitos y hora es de que vaya al colegio.

Manolo Vázquez ha ido, muy formal, muy sercicito, al colegio de don Carlos Alonso Chaparro. Ha ido a aprender, y, testigo también en este caso está el profesorado, aprendió con galanura, con despeje y aprovechamiento, que dirían los canonistas.

Manolo Vázquez, al principio, no sabe ni que exista una fiesta nacional que se llama fiesta brava. Para él, sólo son bravos aquellas vacas, aquellos novillos, aquellos terneros que su padre matara por las mañanas en cumplimiento de su empleo.

Pero, por la casa ha vuelto, otra vez, a correr el aire perfumado de una afición que va creciendo, haciéndose grande, tomando cuerpo, siendo realidad. Pepe Luis Vázquez, el hermano mayor, torea una nocturna una noche del verano de 1937. Pepe Luis Vázquez, el hermano mayor, ha dicho que no a todo menos a una cosa: los toros. Por la casa, hace tiempo que ya había muletas escondidas, capotes ocultos en lo alto de los armarios, riñas sordas de la madre que, rato a rato, va descubriendo los signos seguros de los fastos—para ella de los infastos—de la historia futura.

Manolo Vázquez, entonces, ya sabe lo que es una becerra y los años que tiene un toro de los que salen en las plazas, y de las varas, incluso, que hay que darle a un novillo para que llegue suave a la muleta. Manolo Vázquez, con siete años apenas cumplidos—un año de ir a la escuela—, lo mismo sabe, igual de memoria, los números más difíciles de la tabla de multiplicar que cuáles son los terrenos más fáciles de la plaza para torear a un toro.

Su hermano Pepe Luis tiene quince años; él, exactamente, la mitad. Y contempla, primero con curiosidad, luego con conocimiento, después —cuando ya pase el tiempo, un poco más— con ilusión, los grandes hilos de oro de las rosas bordadas de los vestidos de luces.

La madre ha tenido que decir, en más de una ocasión, al maestro:

—Don Carlos, ordene usted a mi Manolo que se vaya derecho a casa, que luego se va para el Matadero y se lo encuentra siempre su abuelo Rafael metido por los corrales.

Su Manolo, a lo primero hacía caso exacto de las advertencias recomendadas. Pero, poco a po-



La primera actuación pública de Manolo Vázquez fue triunfal. Ocurrió en Chinchón.



Manolo con su primer apoderado, Marcial Lalanda, y el banderillero Anselmo Biosca.



Casi un niño, en la Maestranza de Sevilla, le cortó las dos orejas a un pablorroero.

co, su abuelo Rafael, que estaba de portero en el Matadero, tenía, cada vez más, que ir encontrando a su nieto metido en algún burladero, o jugando—con Manuel Rodríguez «Tito de San Bernardo», otro niño de la misma edad—a cortar orejas a invisibles toros de ganaderías famosas.

Pepe Luis Vázquez anda metido de lleno en aquello del aprendizaje de la novillería. Un día, allá por 1938, Juan Belmonte—el que un día fuera coloso del toreo—ha llevado al Matadero un ganado de media casta para ser sacrificado. Por allí está Pepe Luis Vázquez y está su padre y también su abuelo Rafael. Y por allí observa, como elemento de menor importancia, Manolo, el hermanillo tercero, que —de tan bueno que es— hará —eso sí— lo que le manden.

—Don Juan, ¿por qué no le echa usted una becerrilla a mi hermano Manolo? Verá usted lo bien que la torea.

Pepe Luis ha hecho la oferta con la secreta esperanza de que aquello se caliente y pueda él, luego, torear una de aquellas vacas que si no se van a ir a su paraiso sin un mal capotazo como epítafio torero de su sacrificio.

Manolo ha mirado inocentemente, pero se ha puesto contento. Va él a torear, igual que su hermano, lo mismo que en otros tiempos hiciera—porque él lo ha oído contar—su padre que allí está presente.

Juan Belmonte ha soltado una ternerrilla negra, menuda y cebada, que parece un oscuro copo de algodón.

—Anda, Manolo, toma la muleta, demuestra que tú también sabes torearle— le ha dicho, en el burladero, su hermano Pepe Luis.

Manolo, con la muleta que casi abulta más que él, se ha ido derecho, sin asombro, ante la becerra. Y le ha citado con su mínima voz, y le ha esperado sin moverse y hasta la ha dado tres redondos como si ya estuviera enterado de todos los secretos del toreo.

—¡Viva mi hermano! ¡Qué grande y qué bueno que es!

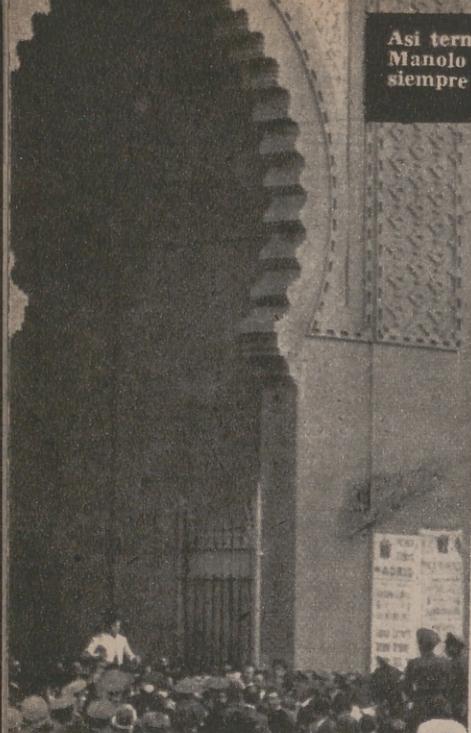
Para Manolo Vázquez en aquella su privada presentación, hubo orejas y rabo; orejas y rabo que después—después que Pepe Luis toreó todas las vacas y todas las becerras que componían la partida—fueron llevados en hombros de los asistentes, junto con el nuevo torero, hasta la casa.

La madre, cuando los vio entrar, pudo imaginarse el porvenir.

CAMPEON DE FUTBOL EN LOS PRIMEROS AÑOS DE BACHILLERATO

Ha terminado la guerra. Pepe Luis Vázquez es matador de toros. La familia Vázquez de la calle Campamento, número 21 se ha trasladado a vivir a la calle Miguel de Cervantes. En la calle de Jesús del Gran Poder está el Colegio de San Fernando, de los Hermanos Maristas. En sus aulas se sienta, como alumno, el tercero de los Vázquez García. Un alumno tan bueno que figurará, más de una vez, en los cuadros de honor; un alumno tan aplicado que el hermano Emilio, que explicaba Matemáticas, no tuvo necesidad de examinarle al finalizar el cuarto curso, porque Manuel

Así terminó la presentación novilleril de Manolo Vázquez en Madrid. Su debut será siempre recordado por los aficionados madrileños.



Vázquez había obtenido sobresaliente de nota media a lo largo de los ocho meses de clase.

Su hermano Rafael—el ejemplo de Pepe Luis va a pesar en toda la dinastía—ya está metido a novillero. Manolo, si no lo está todavía, porque es demasiado pequeño ya tiene también el pensamiento vestido de luces.

Pero antes hay tiempo de ser campeón de fútbol en segundo, tercero y cuarto curso de Bachillerato.

—¿Que bien juega de interior Manolo Vázquez—dirían sus compañeros.

Aquellos compañeros entre los que estaban Rafael Alonso y Juan Gayán, y Joaquín Herrera, que era sobrino de Herrerita, pero ninguno ganaba en clase balompédica a Manolo, tercero de los Vázquez García.

Manolo ya ha cumplida casi los quince años.

Un día le dice a su hermano Pepe Luis:

—Pepe Luis, ¿por qué no me llevas contigo a un tentadero?

Al lado de Dos Hermanas, cerca de Sevilla, está «La Corchuela», la finca de don Luis Ramos Paúl, ganadero.

Ha habido saludos, abrazos y felicitaciones para Pepe Luis Vázquez, matador de toros de troño.

—¿Quiénes son éstos?

Pepe Luis, después, ha hecho las presentaciones:

—Mis hermanos.

Pepe Luis ha escogido una vaca gorda y lustrosa. Y ha dicho al dueño de la casa:

—La van a torear estos dos.

Luego se ha dirigido a Manolo:

—Tú, ahí te quiero ver yo a ti; a ver qué pasa de todo eso que dices que sabes y que eres; anda, valiente.

Pepe Luis, de verdad, lo que desea es que su hermano esté bien y que todos le aplaudan y que haya felicitaciones para la familia entera.

Manolo Vázquez aquel día hizo posible el deseo.

—Mejor que su hermano.

A Pepe Luis, de verdad también, nunca le habían dado mayor alegría.

EN LA PRIMERA CORRIDA. VUELTA DE CAMPANA

Manolo Vázquez ya está decidido: torero. Ha dejado de ser alumno de los Hermanos Maristas para dedicarse, por todo, a cultivar ese germen desconocido que aun no descubrieron los sabios que investigan por los microscopios.

El 11 de septiembre de 1945, el sevillano pueblo de Carmona celebra su fiesta de Nuestra Señora de la Gracia. Miguel Gómez, Joaquín Fernández, Manolo Gavira y Julio Rodríguez son cuerpo y alma de la organización de un festival que torearán los dos hermanos Vázquez: Rafael y Manolo.

Manuel Fernández Rosas es un viejo amigo de la casa y un hombre que antes fué mozo de espadas de Antonio Cañero, el rejoneador.

Le ha hablado el padre de Manolo:

—Oye, Rosas, mi chico Manolo está decidido a ser torero como su hermano Pepe Luis. Yo quiero que tú vayas con él como de mozo de espadas y que me lo vigiles y me lo tengas cuidado.

—Descuida, José, lo que tú quieras.

Manuel Fernández Rosas será ya, de por siempre, el mozo de espadas de Manolo Vázquez. Y con él va al festival de Carmona—orejas y rabo—y al festival de Chinchón—octubre de 1946. Pepe Luis, Luis Miguel, Pepe Dominiguín, Pablito Lalanda—y a la primera vez que se viste de luces, allá en Cabeza de Vaca, en la Extremadura.

Marcial Lalanda, apoderado de su hermano, durante el invierno que iba del 46 al 47, le ha buscado festivales, le ha recomendado a sus amistades ganaderas y le ha llenado a torear, junto con su hermano mayor, a los tentaderos del invierno.

Manolo Vázquez, cada vez más, ha ido aprendiendo.

El 13 de junio de 1947, fiesta de San Antonio, Manolo Vázquez se va a vestir por primera vez de luces. Pepe Luis le ha regalado un vestido azul y oro:

—A ver si te da suerte, Manolo, como a mí me la dió.

El vestido fué arreglado.

Marroco el que fuera mozo de espadas de Gitanillo de Triana, el mayor, es el empresario de Cabeza de Vaca. Manolo Vázquez y Joaquín Delgado son los espadas.

Cuando Pepe Luis supo la fecha segura, le dió sus consejos.

—Anda, Manolo, tú fijate sobre todo en la salida del novillo y deja primero que le metan el capote los peones. Juega bien los brazos y vete por derecho tras la espada, cruzando más la muleta.

Ha hecho Manolo el paseillo, con aquel vestido de su hermano que, para él, le parece lo más nuevo y renuevo de la tierra. Ha dado unos lances apretados y lentos y ha llegado la hora del brindis. En una barrera está don Angel Esteban, un ganadero de Sevilla. A sus manos ha ido la montera del novillero que empuja.

Manolo Vázquez le ha cortado las orejas a su toro.

Manolo Vázquez después de saludar al presidente, ha vuelto por la montera. Dentro hay un billete de cien pesetas. Es el primer dinero ganado con los toros.

A la noche, de vuelta para casa. El coche es de don Emilio Fernández, apoderado de toreros, que tiene un negocio de alquiler en la capital andaluza. Al dar una revuelta, al conductor se le ha ido la medida y el coche, saciándose de la cuneta, ha volcado.

—¿Os ha pasado algo? ¿Qué tal estáis?

—Yo, bien. ¿Y vosotros?

—Bien.

—Bien.

Aquella noche no pasó por la carretera ni un solo coche. Sentados en la cuneta hubo que esperar la amanecida.

Manolo Vázquez, en su primera corrida, no tuvo suerte, no con la capa, ni con la muleta, ni con la espada: no tuvo suerte con la carretera.

EL MANO A MANO CON «LITRI» EN BARCELONA

Sigue la vida

Ha llegado la hora de ser matador de novillos con picadores. Marcial Lalanda, que también lleva a Manolo, ha gestionado lugar y fecha: ciudad Real, 11 de julio de 1948: novillos de Centurión; compañeros, Frascuito y Pablito Lalanda. Un novillo de Manolo se fué sin las orejas al desolladero.

Para Manolo, más pequeño, más menudo que Pepe Luis, los vestidos de torear de su hermano, arreglados, le vienen bien. Y Pepe Luis se los deja. En la fusión parece que la sabiduría del primogénito se funde con la gracia y el sabor del tercero de la familia. Hay torero.

Manolo Vázquez va por sus pasos contados, seguro, cubriendo el duro camino de la profesión. Ocho novilladas es, además de los tentaderos, el resumen de su primera temporada.

Al año siguiente. Barcelona. Primavera. La Ciudad Condal—fabril, seria y trabajadora—ha levantado y ha hundido también muchos toreros y muchas esperanzas de la novillería. La corrida es de Graciliano Pérez Taberner. Su segundo, un toro muy gordo, el más gordo de la novillada, casi oculta detrás de su negrura al joven y recortado torero sevillano. Pero el corazón y la voluntad son grandes: hay dos orejas para Manolo, y como rúbrica, el delirio de la multitud.

Es aquella la temporada famosa de Litri y Aparicio. Manolo Vázquez, solo, se ha ido labrando un cartel tan seguro y tan bueno que a finales del año, ya en septiembre, don Pedro Balaña anuncia cartel. Miguel Báez («Litri») Manuel Vázquez, mano a mano. Frente a la trágica manera del uno brilló la inspiración, la elegancia y la alegría del otro: Manolo Vázquez, de resultas, toreó en Barcelona aquel mismo año siete novilladas seguidas.

POR LA CALLE DE ALCALÁ. MIENTRAS REDOBLAN LAS CAMPANAS DE SAN BERNARDO

Manolo Vázquez va a cumplir veintiún años. Ha llegado la fecha de ser militar. El regimien-

to de Infantería de Soria número 9, en Sevilla, al mando del coronel Díaz Vinarejos, ve llegar un nuevo voluntario. En la compañía del capitán José Pérez Jiménez, Manolo Vázquez aprende la instrucción.

El día 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada, es también el día de la Patrona. Carlos Núñez, el hijo del ganadero, compañero en el regimiento, ha regalado un novillo. Manolo Vázquez será el espada. Por el ruedo improvisado, los soldados que quieren dar unos capotazos formarán la numerosa y alegre cuadrilla.

Así fué.

El coronel, los comandantes, los capitanes, la soldadería entera aplaudieron al torero. Y lo pasaron a hombros por las calles del cuartel.

Pepe Luis Vázquez un día le dijo a su hermano.

—Manolo, tú ya estás arriba. Ahora, Madrid. Aquí sí que hay que apretarse los machos.

El 4 de junio de 1950 hay novillada de lujo en la madrileña plaza de las Ventas. Toros de Gracliano—otra vez—con Juan de la Palma, Antonio Ordóñez y Manuel Vázquez, de Sevilla, nuevo en esta plaza.

Manolo Vázquez, después del capote, después de las banderillas, se ha ido de frente hacia el toro con la muleta en la izquierda. Allí está Manuel Vázquez, estático, solemne, inventando el toro.

Manolo Vázquez—dos vueltas al ruedo en uno, dos orejas en otro—se ha ido, y no por su pie precisamente, calle Alcalá arriba, como van los triunfadores.

Quando en Sevilla leyeron la crónica estupenda de José María del Rey, entonces, como su título indicaba, repicaron doble y redoblaron triple todas las campanas de San Bernardo.

Siete días después Manuel Vázquez repite el nombre. Con él, Antonio Ordóñez y Ramón Cervera

Manuel Vázquez va a torear de muleta al sexto de la corrida. Ya en el novillo de la mitad dos orejas dieron en sus manos la vuelta al ruedo. Antes de comenzar la faena, un sombrero ha salido de la fila 9 del tendido del tres, y, dando dos vueltas a la arena, ha quedado allí como homenaje patente de una fe y una esperanza en la calidad del espada. Su dueño, Plácido Sequeiro, que no conocía por entonces al torero, sera a desde aquella tarde misma el «delegado del vazquismo» en la capital de España. Una amistad que con el correr del tiempo se haría entrañable y duradera.

Manuel Vázquez está de superior, que los críticos taurinos de los periódicos madrileños no apuntan nada en sus libretas; solo miran que no quieren perderse la faena; el público, por los tendidos, ni siquiera mira, sino que sueña; su hermano Pepe Luis, en un burladero, sabe que aquel nudo invisible que le atenaza la garganta es presagio y signo seguro de que su familia ha encontrado un torero de fila primera. Manolo Vázquez ha vuelto a cortar las dos orejas. La plaza de Madrid se ha estremecido en los

diámetros de sus círculos concéntricos.

Al domingo siguiente, a Sevilla.

Sevilla, la Maestranza, los amigos, la presencia y el recuerdo de Pepe Luis.

Manolo se viste en el hotel Colón, como los grandes. Allí, en la habitación, Gabriel Gallardo, José Rueda (que más tarde iba a ser su apoderado), su padre, su hermano.

Manolo Vázquez ya está en el ruedo; ya ha hecho el paseillo, ya ha toreado de capa limpiamente, con fuerza; ya tiene la muleta en la izquierda, ya avanza de frente, citando al natural. Manolo Vázquez no ha podido terminar el pase porque el toro le ha volteado, y al caer Manolo Vázquez se ha roto los huesos del pie. Sería la primera lastimadura que le hizo la profesión.

A la vera de la Giralda, a la vera del río, los sevillanos se quedaron sin poder catar la respuesta de sus deseos.

ALTERNATIVA Y CONFIRMACION EN VEINTICUATRO HORAS

Ha pasado un año: 1952.

Manolo Vázquez, según opinión de todos, ya está en condiciones de tomar la alternativa.

—La alternativa me la dará Pepe Luis—había dicho de siempre el muchacho.

Y la alternativa se la dió y se la confirmó Pepe Luis, inaugurando una serie familiar, porque más tarde, pasando los años, sería Manolo el padrino cerimonioso de su hermano Antonio, hoy también matador de toros con el sello propio de la casa.

El 6 de octubre de 1951, en la plaza de la Maestranza, un toro de Domingo Ortega en el albero. Pepe Luis Vázquez ha tomado muleta y espada y se ha acercado a su hermano Manuel.

—Que tengas mucha suerte, que seas una gran figura del toro.

Un abrazo ha sellado mejor que las palabras el sentimiento.

Antes de que Manuel fuera a pedir permiso a la presidencia, la sangre familiar ha hecho su aparición.

—Ten cuidado, Manolo, que el toro es muy difícil.

Antonio Bienvenida fué testigo.

Al día siguiente, a Madrid, a confirmar la alternativa; era la corrida homenaje al Presidente Quirino, de Filipinas, cuando éste hizo su visita a España.

El mismo cartel.

Manuel Vázquez—oreja en su primero—se ha ido a la enfermería con una cornada al pasar de muleta a su segundo.

Opera el doctor Jiménez Guinea. El raquis no ha hecho efecto al torero.

—¿Qué te pasa, Manolo, ¿Te duele mucho?

—Siento todo, doctor, como si no tuviese anestesia.

Hubo necesidad de aplicarle la mascarilla.

Por aquello no hubo más corridas en la temporada.

EL TROFEO «MANOLETE», EN LA FERIA DE SAN ISIDRO

Pepe Luis Vázquez se ha reti-

rado de los toros. Ahora no sólo por mayoría de edad, sino por categoría, Manolo Vázquez es la cabeza torera de la familia; su hermano Rafael, que muchas veces va en su cuadrilla, dejó también la profesión; su hermano Antonio—hoy matador de toros—por 1952 empezaba de novillero; su hermano Juan—que ahora está de novillero—era por entonces demasiado pequeño para ponerse al frente de una cuadrilla.

Su amigo José Rueda, amigo de siempre, de toda la vida, se ha hecho cargo del apoderamiento y representación del torero. Será desde ahora una entente unida, sin una duda, sin un encuentro.

El invierno de 1953-1954, después de la temporada en España, a América. Es la primera vez que se cruza el océano. Allí, en la plaza del Toreo, en cinco corridas, Manolo Vázquez dejó constancia y sabor de la calidad de su escuela.

América para Manolo Vázquez sería buena tierra. Dos temporadas más tarde, en Maracay, por ejemplo, al terminar la lidia del quinto toro y segundo suyo los espectadores se arrojaron al ruedo y lo pasaron en hombros antes de que finalizara la corrida.

Estamos ahora en la feria, de San Isidro de 1956. Antes hubo dos temporadas un poco más flojas, sin que hubiera motivo; por esas complejas circunstancias que se dan en la vida de los hombres.

Segunda corrida de San Isidro en Madrid. Ha vuelto a surgir Manolo Vázquez. Otra vez las campanas de San Bernardo pueden ser echadas a vuelo. Ha caído el toro de una estocada. El alguacillillo le ha llevado la oreja bien ganada. Manolo Vázquez se ha retirado hacia la barrera y la ha besado. El ruedo, en círculo, con ella en triunfo.

Manolo Vázquez ha vuelto a encontrar su temporada. Manolo Vázquez ha vuelto a saber abrir el tarro de los estilos, el alambique de las esencias, el cofre de los valores.

El trofeo «Manolete» a la mejor faena de la feria madrileña tiene un dueño: Manolo Vázquez, torero de Sevilla, torero de San Fernando, cabeza de dinastía.

Después la corrida de Beneficencia, la de la Prensa, los sanfermines en Pamplona, las ferias del Norte.

Así ha llegado Manolo Vázquez a matador de toros, a figura del toro, como le deseara su hermano el día de la alternativa.

Sevilla torera tiene hoy en Manolo Vázquez otro justo motivo para ahuecarse legítimamente de orgullo.

José MARIA DELEYTO



Triunfador indiscutible de la pasada Feria de San Isidro, Manolo Vázquez recibe el I Trofeo «Manolete», que le entregan el marqués de la Valdevia y el conde de Colombi.

LA OBRA ADMIRABLE REALIZADA POR EL EJERCITO ESPAÑOL EN EL CURSO DEL SIGLO EN MARRUECOS SE INICIA EN AGOSTO DE 1908 CON LOS SUCESOS DE CASABLANCA



Izquierda: Cantera de las obras del puerto de Casablanca, donde se iniciaron los sucesos de 1908. Derecha: La locomotora que fué destruida por las turbas.

Desde su origen mismo se marcaron tendencias diferentes y a veces opuestas entre las ideas de Francia y España respecto a la acción marroquí

EL problema marroquí, en la culminación feliz del Protectorado de España, tiene, lógicamente, dos vertientes: la que mira a Marruecos y la que mira a España. La actualidad coloca cada día en primer plano la primera, y en ella vemos clara y netamente cómo comparte España la justa alegría de Marruecos y cómo ha sido de noble y generosa su acción protectora al servicio de altos y nobles ideales, sin que ello fuera empañado lo más mínimo por ningún deseo que no fuera el de la evolución marroquí para que alcanzase el pueblo hermano la cima de su prosperidad y de su grandeza.

Pero el Protectorado marroquí tiene, desde el ángulo netamente español, muchísimas facetas que deben ser conocidas de los españoles porque a través de ellas se aprende a conocer también la grandeza de las instituciones nacionales y se siente, por el camino de ese conocimiento, el orgullo de ser español. Desde esa vertiente nuestra hay una realidad precisa que no debemos olvidar nunca: la pacificación marroquí, que culminó en Bab-Taza el 10 de julio de 1927. Sin ella no hubiera sido posible lograr que la autoridad del Sultán se ejerciera eficazmente sobre la totalidad de su Imperio; sin ella la evolución marroquí, desarrollada y cons-

tantemente estimulada en el cuadro de la paz, no hubiera sido posible.

España se siente orgullosa de las directrices de aquella acción indispensable. España no estuvo nunca en guerra con Marruecos; la pacificación era la ayuda militar al Sultán y a las autoridades legítimas para lograr la sumisión de los rebeldes a esa autoridad. La acción militar al servicio de las autoridades estuvo siempre reducida al mínimo y luego de haber agotado todos los resortes pacíficos, y se ejerció de tal modo, que cuando en Bab-Taza el parte del general Sanjurjo proclamaba que la guerra de Marruecos había terminado, marroquíes y españoles se unieron fraternalmente en la obra civil porque entre ellos no había abierto la rebeldía abismo alguno. Y todo esto no es una teoría ocasional que se monta ahora al servicio de un momento de la Historia; ahí han quedado las directrices del general Jordana, las de Berenguer, etc., definiendo de manera precisa una doctrina que, por otra parte, ha dejado en la obra tan honda huella de su realismo y de su sinceridad.

Si además se recuerda que en 1898 el Ejército español que había combatido en Cuba y Filipinas volvía al solar patrio con la

honda amargura de haber sido vencido por nuestros propios errores y por nuestra falta de visión política; si se piensa en que ya Inglaterra hablaba de los pueblos decadentes y que poco menos que se pensaba en el epitafio que había que poner sobre la tumba de España. Y si se establece el paralelo con el prestigio mundial alcanzado por nuestro Ejército en las últimas etapas de la pacificación marroquí, cuando aún estaban tan próximas las enseñanzas de la primera guerra europea se aprecia perfectamente que la pacificación marroquí, fundamental para Marruecos, fue la obra del Ejército español, que supo, a través de ella y sin perder el sentido claro de su significado, ayudar a las autoridades legítimas de Marruecos, lograr la recuperación de su prestigio y mostrarse, con el general Primo de Rivera como símbolo digno de la grandeza de España y de sus mejores tradiciones.

Y esto sólo en el orden militar, que si nos refiriéramos a la acción civil, y algún día habremos de referirnos, veríamos también proyectarse beneficiosamente su obra sobre la evolución marroquí para orgullo de España y legítima satisfacción de Marruecos. Por eso hemos de pensar en que España no ha rendido a su Ejército el homenaje que se me-

rece por la acción marroquí, y que es éste, en que se liquidó brillantemente una misión específica felizmente coronada por el momento de ir conociendo esas facetas, tanto para hacer Historia de España como para que los españoles se sintieran, a tan justo título, orgullosos de un Ejército que, al decir sus laureles en nuestra gloriosa Cruzada de Liberación ya simbolizado por nuestro Caudillo Franco.

Querríamos empezar estas estampas con la acción del Ejército español en la pacificación marroquí por haber sido hecho no demasiado conocido su génesis y desarrollo. Sin embargo, fecundo en enseñanzas: nos referimos a los sucesos de Casablanca de 1907. Las mismas fotografías que se acordaron y que fueron hechas por el inquieto periodista que fue Guillermo Rittvagen, tienen ya una patina amarillenta del tiempo, pero quisiera conservar la emoción del recuerdo de aquellos primeros contactos con Marruecos en este siglo.

CASABLANCA (1907). REALIDAD Y PRE-TEXTO

Hay una verdad absoluta que sirve de base a estos sucesos, y es que el fin del siglo XIX y principio del XX las apetencias de Francia respecto a Marruecos eran incontenibles; este sentimiento e inaplazable redondeaba el Imperio colonial norteafricano (ya tenía Argel y Túnez), cuando inmediatamente Inglaterra e Italia chalaran con Francia en torcedores, y cada una sacó su parte, que fueron, respectivamente Egipto y Tripolitania. España, la única nación que correspondía verdaderamente a la tarea noble de ayudar a Marruecos, se mostraba reacia a participar en aquella feria de especulaciones. Pero el Imperio francoclingés de 1904 no tenía opción: o intervenía o era sustituida por Francia.

En la Conferencia de Algeciras (1906) España había acordado que Francia y España prestasen ayuda a Marruecos para las reformas que necesitaba su evolución y para garantizar el orden en los puertos principales se había creado (capítulo del Acta general) la Policía Internacional compuesta de tabores marroquíes, con mando español de Tetuán y Larache;

francés los de Rabat, Safi, Mazagán y Mogador, y mixtos los de Tánger y Casablanca. En Tánger, los españoles tenían a su cargo la zona urbana y los franceses el extrarradio. Contrariamente, en Casablanca la zona urbana correspondía a los mandos franceses y el extrarradio a los españoles.

En fin de 1906 se había formado una Escuadra francoespañola con el fin de vigilar la costa marroquí evitando el contrabando y permitiendo acudir a cualquier punto en el que hubiera necesidad de restablecer el orden perturbado. La Escuadra la mandaba el almirante francés Touchard y los barcos españoles que de ella formaban parte el contraalmirante Matta. Entre ellos figuraron el «Pelayo», «Carlos V», «Princesa de Asturias», «Extremadura», «Río de la Plata», «Infanta Isabel», «Doña María de Molina», aparte los cazatorpedos, nombres todos ellos tan ligados no sólo a este periodo marroquí, sino a la acción pacificadora durante algunos años después. Estos buques llevaban a bordo fuerzas de desembarco que al principio fueron de la guarnición del Arsenal de La Carraca, sustituidas después por Infantería de Marina. Al mismo tiempo y como medida de precaución estaba preparado en Algeciras el batallón de Cazadores de Talavera que mandaba el en aquella fecha teniente coronel don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

Tendrá en su día un indudable interés histórico el estudiar las diferencias de opinión entre el mando naval francés y el español. Aquél anhelaba que surgiera en cualquier forma un pretexto para intervenir; el contraalmirante Matta no sentía, por el contrario, ningún deseo de hacerlo y procuraba retrasar esa intervención cuanto podía. Uno de los temas de discrepancia fué, justamente, Tánger, donde los abusos de su gobernador, Muley Ahmed el Raisuni, eran para el almirante Touchard motivo justificado de desembarco; Matta no lo estimaba así y lo consideraba como accidentes normales del estado de descomposición del Imperio.

Cuando los sucesos de Casablanca se produjeron, la presencia en aquellas aguas de las fuerzas navales francoespañolas era obligada y prudente. Los hechos se habían originado como consecuencia de los trabajos del



Efectos de un bombardeo.



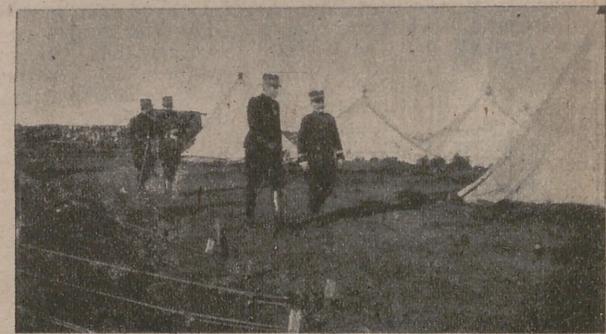
Una patrulla española.



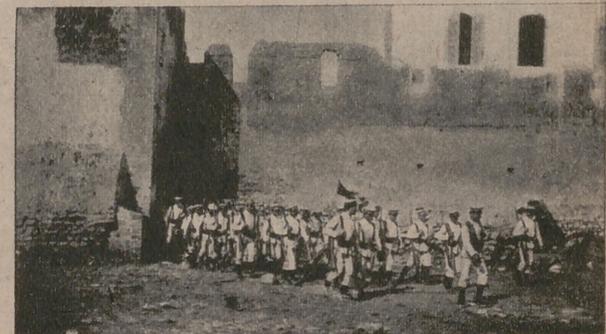
El comandante Santa Otalla.



Jefes y oficiales españoles.



El general D'Amade visita a los españoles.



Tropas españolas en Casablanca.

puerto que tenía a su cargo una Compañía francesa, y a la que una parte de la opinión atribuye haberlos provocado con consecuencia de su menosprecio hacia los sentimientos más legítimos de los marroquíes. Lo que era positivamente cierto era que en Marruecos se había despertado un vivo sentimiento xenóforo de hostilidad ante las apetencias europeas, que se manifestaban de modo patente con las Misiones extranjeras enviadas cerca del Sultán Muley-Abd-el-Aziz y que cristalizaba especialmente el escocés Mac-Lean, que había saltado de suboficial en Gibraltar a coronel en Fez, no sin provocar una corriente de repulsa y de hostilidad hacia él y a los que trabajaban a su lado: los «Ulal el Coronel».

Este malestar contra el cristiano, esa reacción contra cualquier atentado a la soberanía marroquí y esa falta de tacto de la Compañía constructora francesa, amén las querellas internas en torno a los mandos marroquíes, determinaron los sucesos de Casablanca, que se produjeron el 30 de julio de 1907, dando lugar a la muerte de obreros europeos, a destrozarse la máquina del tren de vía estrecha que transportaba las piedras de las canteras y a atacar a los europeos que, en pequeño número, residían en Casablanca, y hubieron de refugiarse en los Consulados.

Un barco mercante alemán llevó a Tánger la noticia de lo que sucedía en Casablanca, y el 1.º de agosto llegó el crucero francés «Galilé».

En días sucesivos llegaron el «Du Chayle» y el «Forbiu», ambos franceses, y el 5 el «Alvaro de Bazán» (español), que era mandado por el capitán de fragata Navarro Cañizares. A ellos se unió el buque almirante francés «Gloire» y el general Drude con una columna de desembarco de 2.500 hombres franceses.

Después de los sucesos del 30 la situación había mejorado, aunque los elementos levantiscos continuaban expectantes; la Historia dirá también algún día si el desembarco, que determinó una lucha sangrienta por la reacción de los marroquíes, era indispensable o pudo haberse evitado por la continuación de una gestión política ya iniciada por las autoridades marroquíes para restablecer la situación. Puede anticiparse que se-

rá difícilísimo el probar que no había impaciencia por parte de Francia para aprovechar aquella situación que tanto favorecía el poder «mordiendo el queso», como el asesinato del doctor Mauchamps en Marrakech se la había dado también para que el general Lyautey ocupara Uxda desde la frontera argelina, en mayo de ese mismo año 1907, completando el plan de la dominación de Marruecos.

El desembarco se ejecutó el día 7 de agosto, y con la fuerza francesa desembarcó el cónsul de España don Camilo Bergueta, que iba a tomar posesión de su cargo, y 20 marinos del «Alvaro de Bazán».

LAS TROPAS ESPAÑOLAS, EN CASABLANCA

En cuanto va dicho puede apreciarse cómo desde el primer momento se deformó totalmente la visión del problema marroquí, deformación que había de conducir al acto de fuerza de agosto de 1907. Que Marruecos necesitaba en principio del siglo una ayuda noble y desinteresada para culminar las reformas que le eran absolutamente necesarias, era indudable; pero ante ese imperativo la reacción era distinta, pues en tanto Francia veía en ello la oportunidad deseada con tanta vehemencia, España no sentía ninguna apetencia, ni el menor entusiasmo por una empresa enmascarada de conquista tan lejos de su auténtico africanismo.

El día 16 de agosto llegó a la rada de Casablanca el trasatlántico «Ciudad de Cádiz» llevando a bordo un escuadrón de Caballería del regimiento de Alfonso XII, al mando del capitán don Luis Velasco, y compuesto por cinco tenientes, un profesor de Veterinaria, cinco sargentos, 23 cabos, cinco trompetas, tres herradores y 70 soldados, y 300 soldados de Infantería del regimiento de Ceuta al mando de los capitanes don Enrique Gutiérrez Valcárcel, de la primera compañía, y don Enrique Ovilo, destinado a la Policía de Casablanca, y el teniente don Enrique Villegas, jefe de la Sección de Ametralladoras, cuya fuerza se desembarcó en botes del «Río de la Plata» y del «Alvaro de Bazán», remolcados por los de vapor del primero de los citados buques, como asimismo los víveres, municiones y otro material de gue-

rra, en grandes barcazas remolcadas por dichos botes. La Infantería desembarcó la noche del mismo día con auxilio de los reflectores de nuestros buques. Había además marinería e Infantería de Marina.

El mando de las tropas expedicionarias lo asumió el comandante don Fausto Santa Olalla, jefe del tabor cherifiano; el campamento español convenientemente fortificado se estableció a dos kilómetros y en el extremo derecho de la plaza; en las diarías descubiertas y en los constantes reconocimientos sostuvieron nuestras tropas ligeras tiroteos con los marroquíes. El comandante Santa Olalla había llegado el 9 a bordo del «Río de la Plata».

El 8 de noviembre del mismo año embarcó en Ceuta el teniente coronel señor Fernández Bernal con dos compañías y sección de ametralladoras del regimiento del Serrallo para sustituir a todas las fuerzas españolas existentes en Casablanca; el escuadrón de Caballería regresó a Jerez de la Frontera, donde estaba su regimiento. Posteriormente fué relevado este destacamento por 80 hombres del regimiento de Ceuta, y en mayo de 1909 se redujo todavía más su efectivo: a un oficial, un médico y 25 hombres (un sargento, tres cabos, un corneta y 21 soldados). Los baracones que dejaron nuestras tropas fueron destinados a alojamiento de las fuerzas de la Policía Cherifiana extraurbana, de Casablanca. Esta reducción se hizo por haberla pedido el Ministro de Estado.

El personal militar español nombrado para el tabor de Casablanca era el siguiente:

Comandante de Infantería don Fausto Santa Olalla Guillot; capitán de idem don Enrique Ovilo Catelo, y sargentos de idem Emilio Esteban Villoria, Manuel Librado Echevarría, Abelardo Gutiérrez Rivas y Antonio Domínguez Salguero.

El teniente coronel Fernández Bernal—jefe no solamente de las fuerzas españolas, sino de las pertenecientes a la Policía—ejerció su escabroso cometido con especial tacto; por un lado, el carácter pasivo de nuestra mi-



Ametralladoras del ejército español en 1908.

sión, que nos abstenia de combatir a no ser atacados directamente, y por otro, la presencia ante los franceses de un inteligente testigo de vista, era terreno más que abonado para producir constantes incidentes y quizá graves conflictos; pero la habilidad del teniente coronel Fernández Bernal supo prevenir consecuencias funestas, dejando a su sucesor el teniente coronel de Caballería don Manuel Fernández Silvestre, que tomó el mando el 5 de septiembre de 1908, una íntima cordialidad de relaciones entre franceses y españoles. El Gobierno francés recompensó al teniente coronel señor Fernández Bernal con la Legión de Honor. Para los primeros trabajos de la organización del tabor vino de Ceuta una sección de Tiradores del Rif.

LA CLARA POSTURA DE ESPAÑA

El 4 de junio de 1908, y ante el estado anárquico de Marruecos, el Gobierno español había dado las consiguientes instrucciones que reflejan perfectamente el espíritu que debía presidir la actuación de estos tabores.

«La Policía marroquí fué instituida con la exclusiva misión de cuidar del mantenimiento del orden dentro de las ciudades y en sus afueras.

El Gobierno de Su Majestad estima que no debe ordenarse a los oficiales españoles que desempeñen el cargo de instructores que se conviertan en jefes de soldados marroquíes en luchas en favor de un bando ni de otro de los que disputan el Trono a nombre de Abd-el-Aziz o de Muley Hafid, debiendo limitarse a procurar que los respectivos tabores cuiden del orden en los puertos y hagan respetar la autoridad que de hecho exista en cada uno de ellos.

Tanto el Gobierno español como el francés recibieron el mandato de las demás potencias signatarias del Acta de Algeciras para velar por la seguridad de los extranjeros, pero no para mezclarse en la política interior del Imperio.

Los cónsules de las naciones, así como los oficiales instructores españoles deben tener muy presente el criterio del Gobierno de Su Majestad en esta materia para ajustar a él su conducta.»

Ya con anterioridad al 8 de agosto de 1907 el Ministro de Estado había hecho llegar, por conducto de los representantes diplomáticos de España en Berlín, Bruselas, La Haya, Lisboa, Londres, Roma, San Petersburgo, Estocolmo, Viena y Washington a los ministros de negocios Extranjeros de los distintos países la nota siguiente:

«Los recientes atentados cometidos en Casablanca, al poner de manifiesto la impotencia del Gobierno marroquí para hacerse obedecer de sus súbditos y proteger a los extranjeros, revisten de mayor urgencia aun que hasta aquí la necesidad de organizar la Policía de los puertos del Imperio. El mantenimiento y el res-



El Escuadrón Alfonso XII tuvo destacada actuación.



Tiradores del Rif al servicio de España.

peto de la alta autoridad de Su Majestad Cherifiana están en ello interesados en primer término. En tal sentido el Gobierno de Su Majestad Católica se ha concertado con el de la República francesa respecto a la organización

inmediata de una Policía de la ciudad y en las afueras de Casablanca, y espera que merced a ello y a las medidas a que habrá que recurrirse dentro del escrupuloso respeto a la integridad de Marruecos y a la soberanía del



Escenas en el campamento español.

Sultán el orden, la seguridad y la libertad de las transacciones mercantiles de dicha población quedarán garantizadas y se obtendrá que los responsables de los sangrientos sucesos a que an-

tes se alude no queden impunes. Conforme a lo que desde un principio fué su propósito, el Gobierno de Su Majestad Católica desea que las potencias signatarias del Acta general de la Con-

ferencia de Algeciras tengan conocimiento de cuanto precede. Firmado, Allendesalazar.»

En el mismo espíritu de respeto a los acuerdos internacionales están inspiradas las instrucciones que se dieron en la misma fecha al comandante Santa Olalla:

«Ministro Guerra va transmitir comandante Santa Olalla siguientes instrucciones: Objeto fuerzas que se enviarán, consistentes 300 hombres Infantería y un escuadrón Caballería, es organizar interinamente de acuerdo con Francia, mientras no se logre que Sultán lo haga definitiva y normalmente con elementos marroquíes, Policía conforme Acta Algeciras sin que haya en ello propósito sustituir nuestra autoridad a la del Majzén, ni mucho menos ejercer ocupación militar. Si circunstancias lo requiriesen, fuerzas se emplearán también naturalmente protección defensa intereses súbditos extranjeros, como se ha empleado y se emplearán las de buques de guerra allí presentes. Autoridad independiente comandante Santa Olalla se ejercerá procurando marchar la mejor armonía con la francesa. En cuanto a otros actos contra las cábilas que no puedan considerarse dentro del concepto general de protección a los intereses europeos, se abstendrá mientras no reciba nuevas instrucciones del Gobierno.»

No faltó algún sector desorientado de la opinión española que pidiera una intervención más activa de nuestras tropas españolas y que hasta se sintiera agraviado por su pasividad, con lo que parecía dejar las manos libres a Francia. España se limitaba a cumplir lealmente su deber respecto a Marruecos sin que hubiera en ella ninguna reserva mental; bien comprendía que Francia quería conquistar Marruecos, pero ella no sentía ninguna apetencia por hacerlo. Y esto no sería para Casablanca un caso aislado. En el Kert había de suceder lo mismo; un rebelde poderoso, el Roghi Buhamara, se había alzado contra el Sultán y había constituido una base sólida desde la que podía intentar el dominio de una parte importante del Imperio. España no le apoyó.

A esta conducta de España se la ha tachado injustamente de quiotismo cuando no de falta de visión colonizadora. Lisa y llanamente se llamaba lealtad para Marruecos; el fruto de aquella siembra de lealtad y de constancia de una directriz bien trazada, cuidada después en el correr de los años con tantas muestras de generosidad y de comprensión, es justamente el que recoge hoy España en estos días felices en los que ha culminado una nueva y alta empresa: dar a Marruecos su libertad y su independencia. Y en esa siembra nuestro glorioso Ejército tiene la mejor parte.

Tomás GARCIA FIGUERAS



¿Es añejo? si señor
y por ser GONZALEZ BYASS
es algo más todavía
¿algo más?
!!! Que es el mejor !!!
Solero

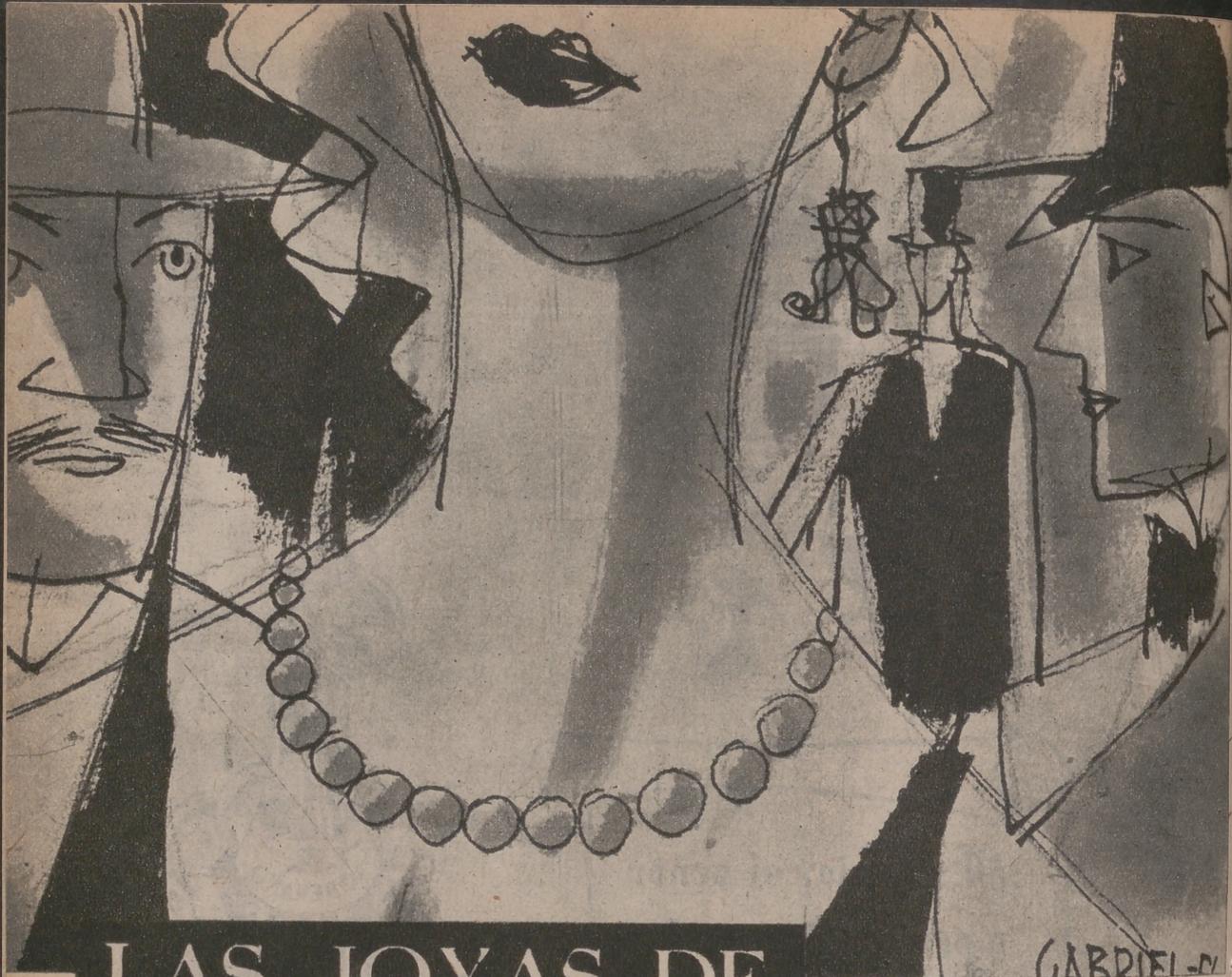


BRANDY
SOBERANO

GONZALEZ

BYASS

"BASCO" PUBLICIDAD - FRANCISCO ROJAS, S. - MADRID



LAS JOYAS DE LA DIFUNTA

NOVELA, por Gabriel GREINER

pasado o acongojado, como temeroso de dar una impresión de prisa y despego, como deseoso de prolongar el contacto con el que iba en la caja...

Hoy... ¡Ah! Hoy a los muertos los llevan más de prisa al cementerio. La muerte se ha motorizado. No quiere perder tiempo. Quizá también es que tiene más trabajo. Pero el hecho es que ha modernizado su atuendo. Ha apagado sus colores, ha

ESTO que hoy voy a contaros sucedió hace ya algún tiempo. ¿Cuánto? No lo sé, no lo calculo... El tiempo pasa, pasa, y un buen día nos damos cuenta de que ha pasado. Eso es todo. Ha pasado sobre nosotros, sobre las cosas, sobre los ambientes; y cosas lejanas nos parecen de ayer. Y cosas de ayer nos parecen lejanas. Pero esto que os digo puedo, sin embargo, y a pesar de todo, situarlo bastante aproximadamente entre los días. Ocurrió en los últimos tiempos de los entierros con caballos, cocheros y acompañamiento a pie.

¿Recordáis aquellos entierros negros, aquellas carrozas de seis caballos con sus plumeros y gualdrapas, con un postillón diminuto de peluca blanca y gorra de terciopelo en el primer caballo, con los palafreneros a los lados...? ¡Ah! Eran los tiempos de la pompa y de la fiesta de la muerte en el día señalado. Los cocheros con tricorno solían tener un rostro volteriano y cínico que era, más que un tópico, algo como su enfermedad profesional. Los acompañamientos eran nutridos; caballeros con chisteras de alta copa con reflejos, generales de gala con el pecho lleno de cruces y bandas y medallas... Flores, sacerdotes, responsos. Y aquellos oros, y aquellos amarillos y aquellos morados, y aquellos negros tan negros... Colores de la muerte luciendo al sol o refrescándose bajo la lluvia, o la nieve. Y los cirios encendidos en la calle y el olor a nardo muerto... Todo solemne, despacio, majestuoso. Todo a pie y en respeto a la muerte y en respeto al muerto...

Claro que no todos los entierros eran iguales. Los había más suntuosos, más lujosos, más espectaculares unos que otros. Pero, aun en el más humilde, el paso de la Muerte por la ciudad era lento, acom-

desvanecido sus perfumes calientes. El cochero ha sido jubilado, y los palafranos y los postillones... Los caballos, vendidos con sus plumeros, sus gualdrapas... La muerte ha comprado gasolina y tiene buenos automóviles, automóviles de banquero, relucientes, charolados... La muerte ya sabe que los minutos son dinero. Y aplica el aforismo inglés a su comercio... Todo lo hace muy de prisa, muy rápidamente, muy organizadamente. Ha suprimido solemnidades, espectacularidad, hace que todos la sigamos corriendo, apresurados... No nos espera, como antes, en todas las esquinas... Y en esos sus coches de banquero se lleva a los muertos tan de prisa, tan de prisa, que casi nos da la sensación de que son turistas que quieren ver algo nuevo...

Bien; pues en aquellos tiempos, tan cercanos aún y tan fabulosamente lejos ya; en aquellos tiempos en que los muertos iban despacio al cementerio, acompañados, arropados, rodeados por los que les amaron o los conocieron en sus días de vida; en aquellos tiempos, sucedió esto que hoy voy a contaros.

Era un atardecer clásico de un día de invierno. Frio, seco y cortante, que se siente en el rostro con la aguda agresividad de sus pinchazos. Las cuatro y media, las cinco y ya casi en las sombras. El cielo, en el horizonte urbano, rojo, con largas estrías de miel dorada. Perspectivas desoladas, frías, oscuras, de una tristeza agobiadora y acongojante y definitiva. Hay siempre en el ambiente de esos momentos presagios tristes, augurios fúnebres y una opresión que se siente en el pecho físicamente.

El entierro cruzaba su silueta negra por la gran

plaza, desierta y helada a aquella hora de aquel día. Desde unos jardinillos abandonados y yertos, que aún conservaban entre sus musgos y hierbas la fría dureza de una escarcha mañanera no vencida por el sol, tan débil, lo vi pasar, y me interesé extraordinariamente, más que por el entierro en sí, ¡bah, uno de tantos!, por su acompañamiento sorprendente y curioso. Era una carroza modesta, pero no pobre: cuatro caballos negros con sus penachos enhiestos, preparados como para una fiesta de circo pobre: el cochero, con tricornio; laca, robusta, no muy larga, negra y con salpicaduras, aquí y allá, de una plata muy blanca. Y detrás, inmediatamente detrás, casi con la cabeza dando en la caja, un hombre solitario, único, desamparado, naufragado... Todo de negro, con el cuello del gabán subido, con un gran hongo antiguo sobre su cabeza, aquel hombre, pequeño, lívido, derrumbado, lamentable, tan solo, ¡me dió una lástima...!, ¡me hizo un daño...!, ¡me causó un dolor...!

Yo no tenía nada que hacer aquella tarde. Además, la muerte, lo fúnebre, lo macabro, ha tenido siempre para mí una profunda sugestión. Sentí un deseo punzante, irresistible, de acompañar a aquel hombre detrás del cadáver, de prestarle, en nombre de todos, el calor de mi presencia. Fué una idea extraña que no me detuve a pesar en la balanza vulgar de las impresiones corrientes. Además, fué una idea de esas que sabemos hemos de realizar, pase lo que pase, ocurra lo que ocurra... ¿Y para qué luchar...? Dí dos zancadas amplias y me coloqué junto al hombrecito y marché a su lado como un acompañante más.

El hombre giró la cabeza y me miró. No dijo nada. Probablemente, aquella primera vez no me vió, o me vió entre nubes, o creyó en una alucinación. Pero cinco o seis pasos más allá volvió a mirarme, sin asombro, sin admiración, sin extrañeza. Vi claramente que sus ojos humildes, mansos, buenos como los de un perro, no expresaban nada. El dolor había lijado todas sus sensaciones y anulado su sensibilidad para todo lo que no fuera el dolor.

Resistiendo mal el viento frío y seco que nos martirizaba el rostro y buscaba como un asesino nuestro pecho, para apuñalarlo, caminamos largo rato detrás del coche, que seguramente sería el último en subir, aquel día, la calle, en busca de la tranquilidad cierta y absoluta.

Al llegar a los descampados suburbanos, desde los que ya aparecía próximo el cementerio, unos hombres vestidos de pana verdosa nos ofrecieron un carricoche para seguir hasta el camposanto. Pero el hombrecito no hizo caso y siguió a pie su marcha tras el carro fúnebre que, sin duda porque las sombras se hacían cada vez más densas, no se había detenido, como solían hacer en aquel sitio, para dar lugar a las despedidas. Yo no vacilé tampoco; seguí al lado de mi nuevo amigo, detrás del cadáver aquel, cuyo rostro, en vida, nunca había visto.

Pasamos ante un merendero elegante, en cuya fachada lucían ya, en el crepúsculo, todo rojos, los anuncios luminosos: *Dancing, souper, tea, jazz, grill-room*, y del que salían, como un desafío chulo a su cosmopolitismo barato, las notas gangosas de un manubrio clásico. El hombre, al pasar, miró los anuncios y, sin duda, oyó la música. Seguramente no fué él, sino únicamente un movimiento de rebeldía, puramente físico, de sus ojos y de sus oídos, atraídos por la luz y el ruido.

Luego me miró a mí, que, silencioso, marchaba junto a él, sin haberle dicho una sola palabra. Y,

bruscamente, con una voz hueca y falsa, exclamó: —¡Gracias...!

Yo incliné la cabeza y seguimos la marcha.

En el cementerio ya era casi de noche. Todo el mundo se dió prisa para terminar pronto con aquel último envío del mundo a la muerte. Y, cuando delante del nicho, que abría su boca negra como un horno helado y nostálgico de un fuego que nunca tendría en sus entrañas, le preguntaron al hombre si quería que abrieran la caja, él me cogió del brazo y contestó que sí.

La abrieron. Yo sentí la mano del hombrecito engarfiada a mi brazo como una tenaza; no lloró, no dió gritos ni se inclinó para besar el cadáver. No hizo más que mirar, mirar... y tambalearse sobre mí, que le sostuve.

Yo también miré el cadáver ansiosamente, apasionadamente, con una curiosidad casi morbosa. Era una mujer muerta.

* * *

Media hora más tarde, en un café cualquiera, el hombre tragaba su última lágrima ante una copa de coñac que, después del café casi hirviendo, tomamos el uno frente al otro para reanimarnos. No existían aún, claro es, las cafeterías con sus luces espectrales de paisaje lunar, sus zumos, sus batidos y sus señoritas con atuendos de victorales o de enfermeras de clínica elegante. Era el café clásico, con sus divanes de «peluche» rojo, sus camareros cansinos, su gato, su «café con media» y sus nervios en las mesas de los rincones. Las luces de los globos blancos se reflejaban fría y borrosamente en los altos espejos empañados y un pianista ciego tocaba un vals vienés en un piano muy viejo.

Le había yo llevado allí, sin que él opusiera la menor resistencia, como un niño indefenso. Tampoco por el camino, en el taxi antiguo, trepidante y saltador, me dijo nada.

Después del coñac, y ahuyentado el frío del cuerpo—el del alma ¿cuánto duraría?—me dijo:

—Gracias otra vez.

Un momento después, agregó con la voz rota:

—Hemos enterrado a mi mujer.

Luego se buscó en los bolsillos, extrajo una cartera, separó una cartulina grande y me la dió. Creí, en un principio, que sería su tarjeta de visita. Era un retrato. Confuso, borroso... Un busto de mujer... Nada.

—Ella. Claro que aquí no la distinguirá usted bien... Yo quisiera enseñarle a usted un retrato de ella... Yo quisiera—su voz temblaba y parecía pedir perdón por aquel deseo y por aquella petición—, yo quisiera... hablar de ella... hablar mucho de ella... con alguien... con usted mejor que con nadie. Usted ha sido bueno, usted es comprensivo... Perdóneme, pero comprendame y acceda. ¿Quiere usted venir a mi casa, a «nuestra» casa? Figúrese como estará aquello... la soledad... tan frío... tan oscuro... ¡Oh, no! ¡Solo no iré nunca! ¡Venga, amigo, acompañeme!

Juntaba las manos en ademán de súplica.

—Allí hablaremos de ella... Quizá su espíritu está aun allí... Hablaremos de ella, le contaré cosas de ella, le enseñaré cosas de ella...

¿Cómo negarme? ¿Qué queréis? ¡Me pareció tan lógico, tan natural aquello...! Fuí. Fuimos. El volvió a ponerse su hongo antiguo y una bufanda negra, una de esas bufandas negras que a mí me dan tanto miedo. Otro taxi, movimiento, rostros, calles, anchas e iluminadas y llenas de gentes, unas, es-

trechas, mal empedradas, malolientes, otras... Calles que el taxi tragaba. Desfile de faroles curiosos que metían su luz en el interior del taxi para desaparecer en seguida... Al fin, una parada definitiva. Una casa cualquiera en una calle cualquiera. El portal semicerrado.

* * *

En el despachito modesto, pequeño, estrecho, el gran cuadro, en óvalo, con su ancho y tallado marco dorado, ocupaba casi toda la pared: un retrato, desde luego, bien pintado, de colorido claro, luminoso y juvenil. Se presentaba que el pintor había gozado, había soñado y quizá había sufrido pintándolo.

Era una mujer. Chiquita, delgada, rubia, fina, frágil. ¡Oh! ¡Sobre todo aquella sensación de fragilidad, de porcelana cara o de cosa de lujo, o de alta copa de cristal...! Algo huesuda—pómulos levemente marcados—, ojos inmensos, claramente verdes. Boca grande, cruelmente sensual que contrastaba enormemente con el resto del rostro, ingenio y purísimo. Frente amplia, blanca, manos alargadas, cuidadas. Una piel fina, suave, de seda o flor, y una fantasmagoría de oros en su cabeza. Desde luego una adorable mujer-niña.

Un tesoro, que acabábamos de depositar, ya roto, en un nicho.

El hombre me señaló el retrato en silencio. Yo, en silencio, lo contemplé largamente. Y me pareció un tesoro demasiado fabuloso para el hombrecito...

Mujer de leyenda, de misterio, de ensueño, parecía irreal junto al hombrecito vulgar, humilde y, sin duda, bueno. Y yo, como siempre, empecé a divagar...

¿Dónde, cuándo y cómo podían haberse cruzado, mirado, encontrado, aquellos dos seres tan distintos, tan distantes? ¿Cómo pudieron sus vidas mezclarse, entrelazarse hasta lo íntimo? ¿Qué serie de circunstancias, qué cúmulo de circunstancias, pudieron hacer compatibles aquellas psicologías que se adivinaban tan dispares, aquellos caracteres tan alejados, aquellas ambiciones y sueños tan desemejantes?

Muchas veces en la vida nos es dado contemplar cosas así y admirarnos ingenua o maliciosamente. Criaturas nacidas para caminar en sentidos opuestos se encuentran absurdamente cuando ni la topografía del terreno ni la de las almas lo podían hacer esperar. Y, sin embargo, siempre hay una causa...

Pero él no me dejó parar en mis pensamientos. Me llevó al comedor. Pieza también modesta. Fría. Más coñac que él mismo buscó en un pequeño aparador.

Y luego, uno frente a otro, hablar, hablar él de su muerte. Yo fumaba, en silencio. Me contó su vida, la de ella, su amor: la conoció en uno de esos inmensos almacenes o bazares en donde ella, con aire ausente y lejano, como si su alma no estuviera en lo que su cuerpo hacía, atendía una sección en la parte destinada a ropas y cosas infantiles. Aquello, naturalmente, había de hacerla aún más entrañable para aquel hombre, humilde, bueno, sentimental. Desde que la conoció fué todas las tardes, al anochecer, media hora antes del cierre, a dar vueltas por aquella desmesurada nave, empujado, arrastrado, traído y llevado por la multitud que pasaba y desfilaba ante las distintas secciones, mientras unos altavoces lanzaban músicas de radio. Él pasaba ante ella, la miraba oculto entre las gentes, sin insistir mucho... Y seguía la corriente humana... y volvía a pasar... y así muchas veces. Le parecía algo inasequible, algo inalcanzable, entre la música, las luces, allí muchas veces inmóvil, absorta.

¡Qué temores, qué congojas—y qué ilusiones desmesuradas y ambiciosas—hasta llegar una noche a esperarla, otra noche a seguirla, otra, en fin, a hablarla balbuciente y trémulo...

Me contó su matrimonio, dándome mil detalles inocentes e ingenuos. En toda su relación se veía claramente que él, modesto empleado público sin porvenir, había sido un esclavo de aquella mujer y que todas sus potencias, todas sus posibilidades, habían tendido a satisfacer, en una escala modestísima, los deseos y caprichos de ella. Según él, ella reunía las más bellas cualidades morales, junto a las más acabadas perfecciones físicas. Era una gran mujer de su casa, de su casa humilde, ella que podía haber sido una reina.

—No tenía—me dijo—más que una pequeña extravagancia en una mujer de su clase. ¡Su amor a las alhajas! ¡Oh, ante las joyerías brillantes, de escaparates suntuosos, llenos de luz y de reflejos

de piedras preciosas, esos escaparates que intimidan a los pobres, a los mal vestidos, que nunca se detienen ante ellos, me obligaba a estacionarme largos ratos en nuestras escasas salidas juntos! Yo sufría, señor, yo sufría... Yo sufría viendo alterarse su rostro ante las joyas y viendo encenderse en sus ojos la extraña llama de una pasión casi morbosa. En aquellos momentos yo la sentía como se alejaba de mí y se iba, en espíritu, a unas regiones maravillosas, en las que yo, ¡pobre de mí!, no podía entrar. Yo no tengo fantasía, señor... Pero luego, ella, como vuelta bruscamente en sí, me decía:

—Vamos, soy una tonta. No me hagas caso. ¿Qué me importan a mí las joyas? ¡No son para mí!

Y yo sufría, señor, yo sufría. Porque adivinaba en ella una lucha monstruosa e incansante, cuyo final nadie, ni ella misma, podía prever. Y porque la sabía, al menos en aquellos momentos, desgraciada, irritada contra su suerte. No la importaban los vestidos de ricas telas, los automóviles caros y relucientes como «boudoirs» de mujer; las habitaciones suntuosas, las comidas refinadas; hubiera sido feliz con un mantón, una buhardilla y una perla de verdad... Creo que en Medicina estos apasionados de las joyas tienen un nombre y una casilla entre las deformaciones mentales.

Hubo una pausa.

Coñac, humo, silencio interrumpido a trechos por esos fríos ruidos inexplicables que hay en las casas en que la muerte está o acaba de estar. Pasos misteriosos e irreales en los corredores vacíos, crucidos en los armarios, chirriar de una puerta que se cierra sola, lenta, lentamente; suspiros en las habitaciones donde no hay nadie...

—La pobre santa—siguió el hombrecito—había logrado, Dios sabe a costa de qué prodigios de economía en nuestros humildes gastos, de qué regateos femeninos en las menores compras, de qué privaciones en otros órdenes, dé qué derroche de inteligencia y sagacidad de mujer, reunir una pequeña colección de joyas. ¡Oh, todas falsas, claro es!

No es necesario decirlo, ¿verdad? Ella misma se las compraba en joyerías de portal y aun en tenderetes callejeros, cuando salía sola, que era casi siempre. Yo, además del Ministerio por la mañana, tenía un empleo por la tarde, de cinco a nueve. Con los dos sueldos, vivíamos estrictamente, sin hambre y sin grandes privaciones, pero también sin superfluos: la casa, vestir decentemente, comer..., un par de veces al mes al cine o al teatro... y nada más.

Todas las tardes, de cinco a nueve, mi pobre santa había de quedarse sola en casa; era para enfermarse de aburrimiento. Yo mismo fuí el que la animó a salir de vez en cuando y pasar esas horas con alguna de sus amigas de colegio, con sus parientes lejanos... Debía salir, entrar, animarse, ver gentes y cosas. No todo habían de ser las cuatro paredes de la casa y la composición del «menú» casero. Cuando la decía todo aquello, ella reía, y me miraba de un modo extraño, singular. Sin duda la costaba trabajo decidirse. Era tan buena, tan sencilla, tan pura... Al fin siguió mis consejos y desde hace unos tres años—hace un mes hizo cuatro de nuestra boda—salía todas o casi todas las tardes.

Muchas veces, al volver yo a esta casa, a las nueve y cuarto, nueve y media de prisa con el cuello del gabán subido y el periódico de la noche en el bolsillo, huyendo de las calles céntricas, ruidosas, espectaculares, hechas para los triunfadores, y pensando en mi mujer, en mi hogar, en mi comedor tibio con su gran lámpara, a cuya luz iba yo a leer, mientras ella preparaba la cena, muchas veces, le digo, ella no había vuelto aun. Entonces los primeros momentos eran de intensa amargura, de miedo infantil: esperaba ansioso, anhelante, su vuelta, con un absurdo temor de que no volviera... Iba y venía por el pasillo, entraba en el despacho y miraba su retrato. Me colocaba detrás de la puerta de entrada para oír los ruidos de la escalera y ver si entre ellos adivinaba los pasos de ella que subía... Padecía enormemente... pero ella llegaba poco después, como trayéndome la vida toda, la vida entera, me besaba, me mimaba, se disculpaba vagamente y acababa enseñándome su última adquisición.

—Hoy he hecho locuras. ¡Me vas a regañar!—decía—. Mira, mira...

Y eran, unas veces, unos pendientes, otras un collar, otras una pulsera.

—¡Qué bonito—exclama yo, sin fuerzas para combatir su extraña manía—. ¡Qué bonito! ¡Pero si parecen buenos!

—Sí, ¿eh? Pues me ha costado veinticinco pesetas. ¡Una fortuna!

Y reía de mi ignorancia en la materia. Efectivamente, yo nunca he sabido distinguir, ni remotamente, lo bueno de lo mediano o de lo absolutamente falso en joyería, ni nunca me preocupó. Creo que no sabría distinguir un brillante de un diamante. ¡Oh, qué momentos aquellos más felices, amigo mío!

Detuvo bruscamente aquel torrente de palabras, aquella locuacidad nerviosa en la que, sin duda, había una fiebre alta. Sus ojos me miraron de repente como si no me hubieran visto en todo aquel tiempo, con una mirada nueva y viva. Y en ellos brilló algo como una idea afortunada, como un hallazgo mental.

—Pero escuche una cosa... ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?... Venga usted, venga y podrá ver su famosa colección de joyas y cachivaches de joyería humilde. Todavía están todos entre las ropas de la cama deshecha en que ella murió.

Recuerdo que, cuando yo era pequeño y estaba enfermo, en las largas convalecencias, pedía a mi madre que me trajera al lecho libros de estampas. Y pasaba las largas tardes de quietud y de somnolencia, tardes anémicas y enfermas, mirando estampas maravillosas y antiguas.

Pues bien; ella, mi santa, me pedía todas las tardes sus joyas, sus pobres joyas falsas de modistilla o de doncella elegante e, incorporada en el lecho, sobre varios almohadones que la sostenían, pasaba las horas tocándolas, limpiándolas, poniéndoselas, ideando mil combinaciones, haciendo brillar los fuegos de la pedrería a las luces eléctricas encendidas adrede...; pero venga, venga usted, verá su famosa colección.

Le seguí.

Una alcoba. La cama, efectivamente, sin arreglar; varios altos almohadones; la huella de un cuerpo, huella ya helada y triste, y, entre las sábanas, entre las mantas, entre los embozos, collares, pulseras, pendientes, broches, sortijas, alfileres, cajitas, bomboneras... Todo revuelto, mezclado abandonado, perdido...

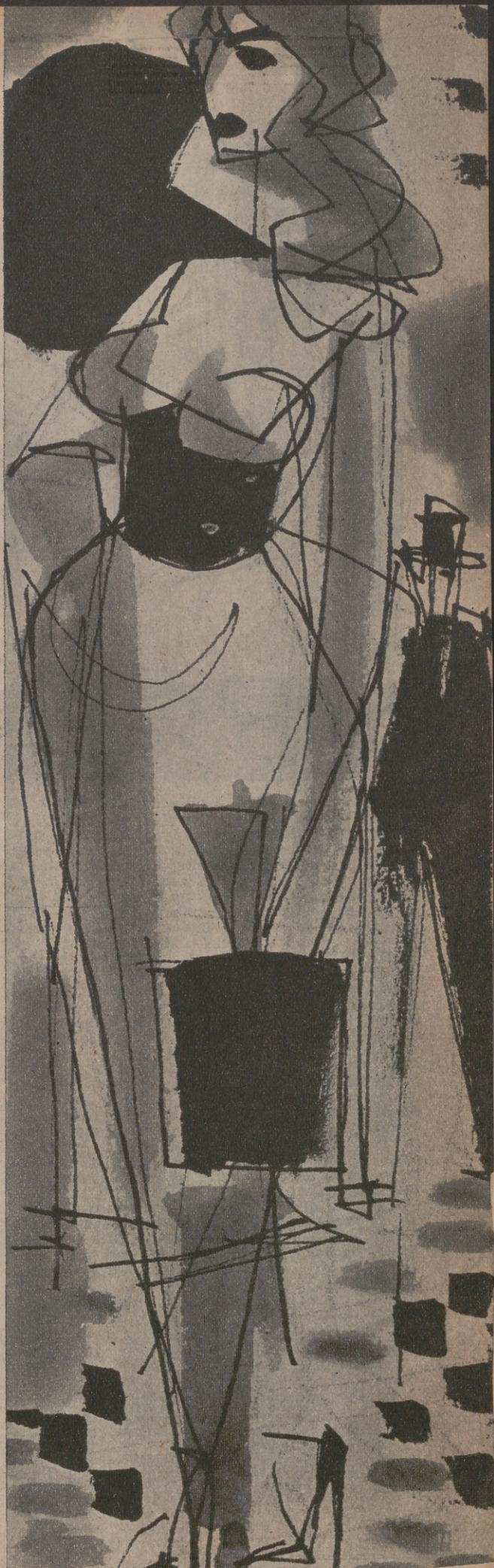
Pero cuando el hombre, para que yo lo viera bien, encendió más luces, ¡oh, todo aquello, todo aquello empezó a brillar, a despedir destellos, iriscaciones, fulgores, reflejos, fuegos, luces...! Todo aquello pareció animarse, resurgir, vivir...

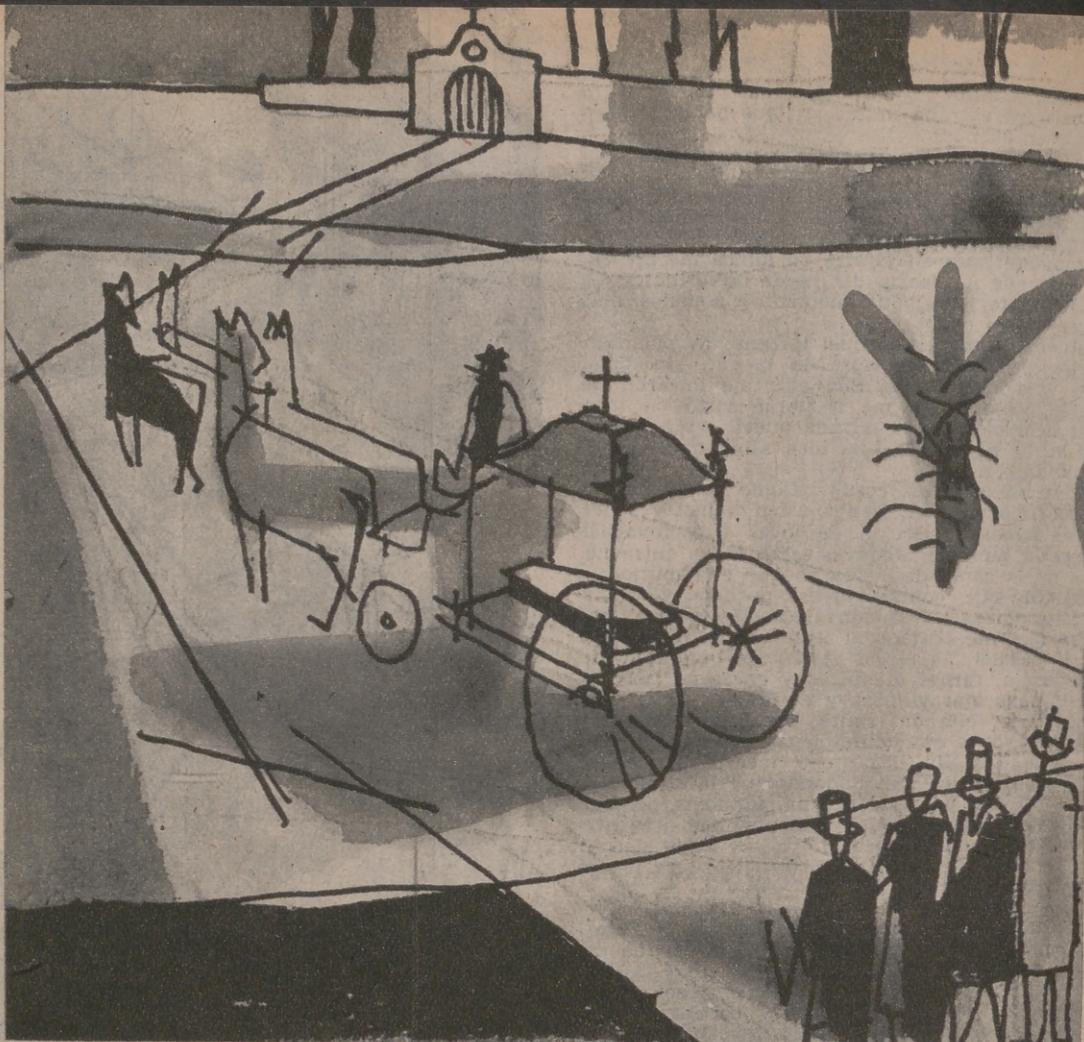
Había pálidas perlas, verdosas, sonrosadas, nacaradas, en collares; rubies de un rojo vivo y fuerte como puntas de fuego; esmeraldas verdes, como anchas gotas, cuajadas de ajeno; ónices negros, como bellos adornos funerarios, turquesas, topacios, amatistas; pero, sobre todo, perlas, diamantes, brillantes, que brillaban, brillaban, hasta cegar... Y el oro de las monturas, de los broches, de los remates de los collares, de las pulseras, de los pendientes, brillaba como ellos, en un tono más suave, más apagado, más señorial...

Y era un derroche de colores, de luces, de iriscaciones, de arco iris, de fondo de caleidoscopio de maravilla, de fantasmagoría de fuegos artificiales al borde de un estanque lunado...

¡Oh, juro que hubiera dado cualquier cosa por haber asistido al espectáculo de la frágil mujer rubia hundida en sus almohadones, agonizando entre sus joyas como una perla más, muy fina, muy enferma, muy enferma... El oro de su pelo brillaría como el oro de las joyas, y sus ojos verdes, enigmáticos, lejanos, inmensos, agrandados maravillosamente en el hondo misterio de su fiebre y de su pasión, serían como otras fabulosas joyas humanas; sus manos alargadas, cuidadas, serían como dos flores blancas florecidas entre las piedras preciosas...

Yo siempre he tenido también una afición desmedida a las joyas, sin llegar a la obsesión. Mi afición me ha llevado a conocer exactamente, sin el menor temor a una equivocación, a un error, el precio, la calidad de cualquier joya, de cualquier perla... Yo he visto, en Borneo, el diamante del Raja, el de la forma de huevo, el mayor de los conocidos y he tenido ante los ojos, hace muchos años, el del Emperador de Rusia, formidable diamante sin tallar, y el amarillento del Emperador de Austria y el «Regente» de la Corona francesa, y el llamado «Montaña de luz» de la Familia Real inglesa. Yo conozco todos los procesos y procedi-





mientos de extracción y tallado del diamante en los reinos orientales de Golconda y Visapur e Isla de Borneo... Y los diamantes brasileños y los sud-africanos... Yo conozco los diamantes claros y los rosados, los verdes, los azules, los amarillentos y los negros casi opacos... Yo sé distinguir en seguida, casi a simple vista, las aguas de una perla, su peso, su blancura esplendorosa que brilla a la luz... Yo sé cómo se buscan las bellas perlas en el golfo Pérsico, en el Estrecho de Manaar, en Ceylán. Y he visto las perlas mejicanas, californianas, panameñas...

Así, pues, fué distraídamente, sin interés ninguno y casi por fórmula de cortesía, por lo que me acerqué al lecho, y, a la casualidad, tomé en mis manos una de aquellas falsas y modestas joyas.

Un collar de perlas. Pequeño.

Y, bruscamente, ante la forma esférica perfecta de las perlas, al ver la que formaba el final, la que caería sobre el pecho, más grande que las otras, y de pura y regular forma de pera, quedé absorto, sorprendido, admirado; luego, rápidamente, tiré sobre la cama el collar y fui cogiendo, como alucinado, maravillado, enloquecido, todos los collares, todas las pulseras, los pendientes, los broches, las sortijas...

Mis ojos, dilatados por la misma emoción que no me dejaba respirar y que hacía temblar mis manos, examinaron ávidamente los diamantes, los brillantes, los zafiros, las esmeraldas, los rubíes, los ónicos las amatistas, los topacios, las perlas...

El hombrecito me miraba y sonreía.

—¿Pero cómo, amigo mío—me dijo—, puede a usted interesarle toda es pobre chatarrería? Porque le veo muy interesado... Es usted demasiado bueno y amable...

Pero yo no le contesté.

Me volví a él, le miré angustiado. Le abracé.

Y luego, muy de prisa muy de prisa para no hablar, para que mi emoción no me traicionara, salté al corredor, busqué la puerta, me fui.

¡Huí!

Porque todo aquello era bueno, legítimo, autén-

tico. Todas las piedras preciosas, todas las perlas, todo el oro...

Había allí una pequeña fortuna...

* * *

No sé qué habrá pensado el hombrecito. Allá le dejé con sus lágrimas, sus suspiros y sus soledades. con aquellas joyas cuyos destellos, resplandores e irisaciones, llenaban toda la casa y se metían en todas partes, y, por los ojos, en el alma. Aquellas joyas que quizá añoraban ya a la muerta tanto como el hombre triste.

Muchas veces me ocurre, cuando en los anocheceres salgo para dar un paseo, que mis pasos, inconscientemente, o quién sabe si queriéndome engañar, me conducen por caminos contrarios y absurdos a las cercanías de aquella casa. A veces he llegado a entrar en la calle y únicamente al ver el portal casi inmediato, he tenido voluntad para marcharme de allí, asustado ya de mi imprudencia o como un malhechor sorprendido.

¿Qué fuerza oculta me impulsa a ello? A menudo me analizo y examino mi alma y no llego a conseguir ver con claridad en el enigmático y embarrullado fondo de mí mismo.

¿Qué pretendo? ¿Quizá advertir a mi amigo de aquella tarde sobre el valor verdadero de las joyas? No; nunca haría eso. Le daría con ello una fortuna, pero le quitaría con ello un tesoro infinitamente más grande y entrañable.

Entonces, ¿qué? Acaso ver las joyas, contemplarlas de nuevo entre mis manos, escudriñarlas en mi emoción de conocedor y de experto? No lo creo tampoco.

No; lo que yo quisiera es entrar en la casa, subir aquella escalera humilde, penetrar en aquel piso y correr al despacho y mirar, mirar, mirar aquel retrato de aquella mujer rubia, transparente, de piel de nácar y ojos de mar y pobre alma fascinada a la que vi primero en su caja de muerta, después en aquel gran óvalo dorado y más tarde, reflejada entre sus joyas como un fabuloso y tremendo folletín...

**CARMEN MARTIN ESCALERA
EXPLICA SU ULTIMO LIBRO**

ARGELIA Y SU DESTINO

**EN LA BASE DEL PROBLEMA:
LA INJUSTICIA SOCIAL**

GLORIA Y AVENTURA DE UNA VOCACION AFRICANISTA

NO vayan ustedes a creer que basta con una experiencia libresca o turística para enamorarse de un tema y descortezarlo hasta dejarlo en su cogollo. La vocación africanista de Carmen Martín de la Escalera, que acaba de brindarnos el jugosísimo volumen titulado «Argelia y su destino», editado por el Instituto de Estudios Políticos, es un ejemplo.

Carmen vivía en Marruecos—su padre era militar—. «Primero—me confiesa—habitaba allí como el pájaro en el aire o el pez en el agua. Todo me parecía normal y no se me había ocurrido pensar que el Magreb constituyera problema...».

Al terminar la guerra de Liberación, Carmen entró en la Delegación de Asuntos Indígenas, trabajando en el Servicio de Información en traducciones de Prensa. Entonces empieza a enfocar las cosas y a contemplarlas desde un punto de vista más científico.

Poco después escribe un libro, titulado «Fatma» (Cuento de mujeres marroquíes), al que su prologuista Tomás García Figueras considera como un documento importantísimo para el conocimiento de la vida de la mujer en Marruecos.

EN EL SILENCIO DE LOS BARRIOS MORUNOS

Reza la dedicatoria de «Fatma»: «En recuerdo de las horas felices vividas en el silencio de los barrios morunos, dedico este libro, que es suyo y mío a la vez, a Jadduya, Jaduch, Erquia y todas mis amigas marroquíes».

Bien conoce Carmen Martín de la Escalera la poesía, los misterios de esos barrios blancos, silenciosos e inmóviles. «Fatma» es el primer libro en castellano que enfoca el tema de la mujer marroquí y decimos el primero, sin temor a cometer un error histórico o una injusticia, porque aquel libro que en 1886 publicó el doctor don Felipe Ovilo, médico español que ejercía sus funciones en el Consulado de Tánger, y que se titula «La mujer marroquí», no pasa de ser una visión superficial, muy desde fuera y escrita como quien dice de referencias.

«Fatma», no, «Fatma» es el fru-



Carmen Martín de la Escalera acaba de publicar el libro «Argelia y su destino».

to de una apasionante experiencia personal.

Hay algo de inefablemente poético, de sensacional, de aventuroso en eso que nos cuenta la autora de los cuentos, «Vivía con ellas, viví mucho tiempo en casas morunas. Mi familia se trasladó a Melilla. Pero yo prefería Tetuán. Y viví con una familia mora».

Carmen, que llegó a convertirse casi en una mora, aprendió a saborear la más refinada cocina marroquí. «Comíamos a todo pasto pollos, aderezados de las formas más fantásticas, más exuberantes. Con ciruelas, con pasas, con almendras...».

Y a continuación ensarta como una cadena de tentaciones los



Carmen Martín de la Escalera, que ha vivido mucho tiempo en Marruecos, aparece aquí en la cábila de Beni Sidel, y en el Zoco de Ketama.



Foto durante una excursión a la cábila de Bari Sebda, en agosto de 1954.



Otro grupo en el que figura Carmen Martín de la Escalera en Ketama.

platos del menú codiciable... Primer plato, bistela, una especie de hojaldre relleno. Segundo plato, pollo con manzanas; tercer plato, pollo con almendras; cuarto plato, cordero asado; quinto plato, cordero en salsa; sexto plato, pescado; séptimo plato, guisantes (hay que comerlos con los dedos). Los postres consisten en fruta, dulces y té.

Esa abundancia de pollos, cordero, almendras, ciruelas, hojaldres, puede hacernos pensar que nos hallamos en el paraíso de los goces sensibles. «Los días del Ramadán, eran terribles—dice—. Lo cumplen con un rigor implacable. Es un ayuno durísimo».

Durante aquellas jornadas, en que sus amigos no probaban bocado de sol a sol, Carmen iba a comer a casa de unos amigos españoles. Hubiera sido una crueldad hacerlo ante los marriquíes, sometidos a la más implacable penitencia.

«El marido se levantaba un poco más tarde, e iba a la tienda». Durante todo el día se preparaba la comida para la noche. La vida moruna es caprichosa y profunda. No basta con lo exterior, con los accidentes. Hay que penetrar en el meollo. «No creo—me dice—que su enorme, su edificante resignación, sea fatalis-

mo. Es profunda y emocionante religiosidad».

Carmen ha visto a sus amigos moros orar, ayunar, perdonarse las injurias en la Pascua de Aid es Seguer, y, sobre todo vivir, vivir en un ritmo lento y sosegado, en que lo que menos cuenta es el tiempo.

El mundo marroquí es un mundo sin despertadores. El marido se levantaba a la hora que le parecía, y cuando le parecía salía a abrir la tienda, y la tenía abierta sólo el tiempo que se le antojaba. «Nosotras también nos levantábamos al capricho, nos lavoteábamos entonces...».

No cuenta en este mundo de los barrios morunos ni la economía ni la prisa... Sin embargo, hay un peligro que puede empañar a este mundo de idílica tranquilidad.

UNA CRISIS DE LA CONCIENCIA MUSULMANA

En los países de evolución más lenta se produce el mismo fenómeno que se ha producido en Europa. Así como se ha hablado de una crisis de la conciencia europea, puede hablarse de una crisis de la conciencia musulmana, y así como aquella se inició por las clases elevadas y cultas, que empezaron a tam-

balear en los fundamentos de la creencia, la última ha empezado a insinuarse en las aristocracias del Islam.

«En el Islam—observa—no está definido el concepto de herejía, sencillamente porque no existe clero ni Iglesia y en materia de interpretación impera un poco el libre examen, aunque con cierta sujeción a la tradición». Esta crisis arranca de Europa no sólo como un eco de fenómenos históricos y humanos producidos en la antigua cristiandad, sino como una influencia directa y actual sobre los hombres.

«Es el caso—observa—de 100 musulmanes que cursan estudios de tipo materialista, por ejemplo, en Francia». Y cita el ejemplo de Taha Hussein, influido en su obra por el pensamiento francés que, desde el prisma de las enseñanzas coránicas, resulta sospechoso y muy poco ortodoxo.

DE MARRUECOS A ARGELIA

Es asombroso el dominio que tiene esta escritora de los problemas, de los secretos y misterios del mundo y del alma islámica. Uno tiene la sensación al conversar con ella que se desenvuelve y despliega ante sus ojos absortos un mundo de magia y de fascinación.

—¿Cómo se les despertó la atención por el problema argelino?—no pude menos de preguntarle pensando en ese volumen tan formidable, tan enjundioso que he saboreado con extraña y fuerte fruición.

—No he viajado por Argelia—se apresura a observar—. Sin embargo, en Marruecos conocí a muchos argelinos. Y luego añade: «El argelino es más proletario. El marroquí tiene más señorío».

Carmen analiza magistralmente con su palabra las reivindicaciones argelinas. «Aquí en el Instituto, empecé a recoger material sobre Argelia. El tema me apasionaba. Argelia—comenta—es el Magreb central, y está ligada con los demás pueblos árabes».

Lo que ocurre en Argelia no deja de producir su impacto en los países ligados a ella. Así, en manifestaciones de Marruecos, han aparecido banderas argelinas.

Carmen Martín de la Escalera analiza las analogías entre Argelia y Marruecos, de la misma manera que ha analizado las que existen entre Marruecos y España. «No creo—me ha confesado—que exista tanta diferencia entre los dos países». Y señala una serie de características que cree comunes a marroquíes y españoles. La inestabilidad psicológica—que no tiene nada que ver con la seguridad romanohelénica del europeo—un fondo de intraversión, que existe incluso, detrás de la jarana y las formas exteriores y explosivas de los españoles, la desconfianza...

ARGELIA, DRAMA FRANCES

Decir que Argelia es un drama francés, no supone aceptar el simplismo—opuesto a la realidad más patente—de que Argelia es tierra francesa.

Argelia no es ni ha sido nun-

ca tierra francesa. Y Francia, patria de lógica, de clarividencia, ha tenido que someter su pensamiento a una verdadera tortura mental, para afirmar lo que sabía imposible. Este es el drama argelino-francés, el drama del pensamiento y de la conciencia francesa.

—Si no fuera así, si Francia creyera en el tópico de que Argelia es parte integrante de Francia, no se hubiera levantado contra la tesis del doctor Benyelún cuando propuso al Parlamento francés un programa asimilacionista.

El doctor Benyelún—un evolucionado, cuya aspiración era hacer de todos los argelinos ciudadanos franceses con integridad de derechos, pero que hubo de desengañarse de sus esperanzas—abogaba a favor de una organización unitaria con idénticas administraciones departamentales y municipales y los mismos cuadros administrativos de la metrópoli.

La masa de diputado se alarmó ante la posibilidad de una «colonización» de su país. Si irrumpía en Francia un número de diputados argelinos proporcional al número de habitantes de Argelia—o sea, unos 95 diputados—Francia corría el peligro de ser colonizada por su colonia.

Frente al drama psicológico de Francia, se alza otro drama: más doloroso, más tremendo; el del pueblo argelino. «Los indígenas de Argelia, por vuestra culpa, aún no tienen patria—había advertido el general Viollette—. Buscan una. Os piden la patria francesa. Dádsela pronto, porque si no se la crearán».

Durante muchos años, los argelinos evolucionados hubieran acogido con gusto la ciudadanía francesa. Pero, entre tanto, había de formarse el sentimiento de nacionalidad. «La obra máxima que Francia ha realizado en Argelia—leemos en «Argelia y su destino»—, allí donde ha estampado la huella de lo mejor de sí misma, es ordenando un caos de tribus hasta darles un sentido de unidad y hacerles tomar conciencia de su existir en cuanto pueblos con afán de mañana, con ansia de porvenir independiente».

Francia tiene la grandeza de entregar con sus principios a la clave de su debilidad.

En Argelia se ha entablado una lucha contra Francia, con armas francesas, y los argelinos han adoptado, con su postura bélica, aquel lema francés: «La libertad o la muerte».

NACIONALISMO Y PROBLEMA SOCIAL

«En el fondo—me confiesa Carmen Martín de la Escalera—la raíz del movimiento nacionalista argelino, y la de ciertos movimientos revolucionarios en Europa, viene a ser la misma. Hay una base—amplísima—, y es la injusticia, el problema social».

Nada más clarividente que las páginas que dedica la escritora a pintar la desdichada situación humana y social de los argelinos. La reacción impaciente del

Bey que golpeó con un cazamoscas al cónsul de Francia, provocando la guerra y la conquista, no sólo había de hacer perder a Argelia su independencia; había de sumir a los argelinos en la pobreza, en la proletarización, en la indigencia.

«Tiene su explicación—observa—porque en realidad el colonialismo deriva del capitalismo liberal, y su desmoronamiento está ligado a la crisis de este último en la metrópoli».

Y a partir de esto, podemos contemplar en la moderna historia argelina, las que yo llamaría «etapas de la iniquidad». La colonización no tiene misericordia, ni entrañas. Uno de sus teorizadores—profesor de La Sorbona—observaba la necesidad de que las tierras de los argelinos fueran entregadas a los colonos franceses, porque sólo disponiendo de la propiedad de la tierra podría Francia cumplir su misión.

Una misión ciertamente triste, si su fundamento era una expoliación brutal e injusta. El «arreté» de 1844 dispuso la confiscación de los bienes rústicos y urbanos de los árabes que hubieran tomado sus armas contra Francia. De acuerdo con las Ordenanzas de 1.º de octubre de 1844 y de 31 de julio de 1846 fueron distribuidas, gratuitamente a precios irrisorios, a los colonos las llanuras de Orán y Bona, porque en ellas no había edificaciones y sus dueños no podían presentar un título de propiedad anterior a 1830. Hay que observar que el Registro de la propiedad había omitido inscribir las propiedades tradicionales de las tribus.

Pero, si en la iniquidad hay grados el más alto lo ocupa la operación «acantonamiento». La operación «acantonamiento» trocó expeditamente a toda una tribu: los Uled Kuseir, de propietarios en braceros; de terratenientes en proletarios, que servían como braceros a los nuevos colonos.

Y es que la cultura y la penetración francesa—así como su instinto jurídico—no es grano de anís, ni ha de desconocerse o despreñarse. Y los franceses que se internaban por tierras del constantinesado se percataron pronto de que las tierras

«arch» tributan el impuesto del «hockor»; no el del «achur», de prescripción coránica.

¿Por qué razones? Pronto se descubren. El «hockor» es la supervivencia, en lengua bereber, del tributo del «jarayy», que los vencidos pagaban a los conquistadores musulmanes de los siglos VII y VIII para conservar el usufructo de sus tierras. Partiendo de este postulado, resulta todo sobradamente fácil. Francia asume el legado de sus predecesores. Ahora ocupa el lugar de su predecesor musulmán. Francia es, por tanto, la propietaria de aquellas tierras, que los indígenas le entregan, a cambio de un reducido lote que les concede en plena propiedad.

Sin embargo, estos lotes son tan ínfimos, que los bereberes no pueden continuar dedicándose al pastoreo por falta de pastizales. Privados de su medio de vida caen en la más absoluta proletarización.

UNA DUALIDAD: QUIJOTE-SANCHO.

Con esto no tenemos todos los aspectos del problema.

Sin embargo, podemos ya contemplar dos de los pilares sobre los que trepa el nacionalismo argelino: Francia lo prepara, con su labor de unificación de las tribus, con su influencia ideológica; pero no menos eficazmente con su dureza colonizadora, su explicación y su injusticia radical.

«No podemos caer en extremos—asevera Carmen Martín de la Escalera—, lo he dicho en mi libro. Así como hay un francés, Sancho Panza, y la sombra de Tartarín de Tarascón se proyecta sobre las tierras de Argelia, también hay un francés Quijote».

En la misma metrópoli han encontrado los argelinos—sometidos a la expoliación, a la distribución de sus tierras, obligados a emigrar a territorio francés para vivir una existencia dura y miserable—sus mejores defensores. Como Albin Rozet presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores; Abel Ferry; Doizy, Leygues, que protestaron contra los abusos cometidos; Paul Bourde, que inició una campaña de Prensa en «Le Temps»...

También han salido en defensa de los argelinos, ante la implacable represión francesa, destacadas figuras de la Iglesia de Francia. Mgr. Chapoullie, obispo de Angers, al clausurarse en 6 de diciembre de 1954 el Año Mariano, condenó las «palabras de represión, de rastrillaje, de ejecución que dañan los cidos de un cristiano. Y poco después el arzobispo de Argel, Mgr. Duval, dispuso que se leyera en todas las parroquias una carta pastoral en que hacía hincapié en las enseñanzas papales en lo que respecta al deber que tiene los Poderes públicos de proteger a los ciudadanos, debiendo, sin embargo, observar estrictamente las normas jurídicas relativas a la detención y el interrogatorio.

Me parece significativo que Mgr. Duval insistiera señaladamente en la prohibición absoluta de la tortura física, psíquica y otros métodos modernos de inhumana presión sobre el acusado.

Francisco SALVA MIQUEL



En la medina de Tetuán. Desde Marruecos, Carmen Martín de la Escalera se trasladó a Argelia.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA LARGA MARCHA

Por Slavomir RAWICZ



THE long walk es un elocuente testimonio del trágico destino de muchos de nuestros contemporáneos, y del que nos ha tocado vivir una época en que la literatura no necesita recurrir a la ficción para buscar temas insólitos y extraordinarios. La tragedia del teniente polaco Slavomir Rawicz y su épica marcha de más de cuatro mil millas a pie es algo que se lee con un apasionamiento mayor que la más fantástica de las novelas. Pese a los muchos relatos existentes hoy de este estilo, «The long walk» atrae desde los primeros momentos, si bien es cierto que en este hecho influye no poco la personalidad del autor, hombre dotado de una humildad y sencillez verdaderamente admirables, hasta el punto de que describe sus proezas que un crítico inglés ha calificado de homéricas, como si se trataran de las cosas más corrientes. Su libro, premiado por los libreros ingleses, merece servir de modelo en su género, en el cual, como es de todos sabido, se han publicado no pocas obras destinadas fundamentalmente a ensalzar egótricamente la persona de sus autores.

RAWICZ (Slavomir). — «The long walk»
Constable, Londres, 1956.

ERAN las nueve de la mañana de un sombrío día de noviembre cuando sentí introducir la llave en la pesada cerradura de mi celda de la prisión Lubianka y vi entrar decididamente a dos fornidos guardianes. Me encontraba paseando de un extremo a otro de la habitación, en la característica actitud de un prisionero de los comunistas, es decir, aguantándome el borde de mis calzones, ya que la ingenuidad rusa despoja a todos sus detenidos de correas y tirantes, estimando que un hombre preocupado en evitar que se le caigan los pantalones no tiene tiempo para pensar en escaparse.

EL ÚLTIMO DE LOS INTERROGATORIOS

Aquel día, doce meses después de mi detención en Pinsk, el 19 de noviembre de 1939, sería importante para mí. Iba a comparecer ante el Tribunal Supremo soviético. Mientras malamente marchaba por los ruidosos corredores de la Lubianka, entre mis dos guardianes, era un hombre casi privado de identidad, mal alimentado, profundamente solitario y que trataba de mantener viva alguna chispa de resistencia en la húmeda atmósfera carcelaria, donde todo era recelo y sospecha contra mí.

Hacia entonces justamente un año cuando una patrulla de seguridad rusa interrumpió la velada familiar que había organizado mi madre para celebrar mi regreso a la casa solariega de Pinsk. Entonces yo era el teniente de la Caballería polaca Slavomir Rawicz, tenía veinticuatro años y vestía el limpio y elegante uniforme del arma a que pertenecía. Mi condición actual constituía todo un

tributo a las inefables brutalidades de los interrogadores del Servicio Secreto soviético de Minsk y Jarcov. Ningún prisionero que haya pasado por este último lugar podrá olvidarlo. Allí, sumiendo al hombre en la miseria y en la degradación, se le trata de convertir en una bestia aullante.

Después de atravesar varios patios y corredores se me introdujo en una sala amplia y que disfrutaba de una agradable temperatura. La mitad de esta habitación se encontraba completamente desprovista de muebles y en el extremo opuesto a la puerta había una larga mesa, alrededor de la cual se sentaban unas quince personas; la mayoría de ellas, portadoras del uniforme azul de la N. K. V. D. Todos ellos hablaban y reían con gran descuido, y ninguno de ellos me tributó la más mínima atención.

Permanecí largo rato frente a aquellos hombres que parecían ni haberse dado cuenta de mi entrada. Luego creí descubrir que empezaba a ser objeto de su conversación. Era la primera vez que me enfrentaba con rusos bien trajeados, pero mi orgullo de oficial de Caballería no se sentía humillado por estar entre ellos con mis andrajos presidarios. Mi dignidad se había acorchado desde aquel día en que los rusos me obligaron a despojarme de mi uniforme y de toda mi ropa interior y me sometieron a la vergüenza de comparecer ante ellos de este modo, como si así me quisieran anunciar de una manera gráfica toda la serie de tragedias que me iban a suceder a partir de aquel momento.

Sosteniendo como podía mis odiosos pantalones, observaba atentamente a mis verdugos, esperando su invariable e idéntico interrogatorio. Sus preguntas eran siempre las mismas. Primero las que podían parecer inocuas y luego las que llamaríamos peligrosas. Erán éstas las que hacían deducir del hecho de que viviese cerca de la frontera, de que fuese un hombre de la clase acomodada y de que hablase ruso corrientemente; algo que para los agentes de la N. K. V. D. no ofrecía duda alguna; es decir, que no podía ser otra cosa que un espía.

En mis anteriores interrogatorios ya había conocido las delicadezas soviéticas. En Jarcov descubrí las habilidades del genio de los verdugos de la prisión de aquella ciudad y fui sometido a las más diversas y horribles torturas. Este hombre, llamado por todos «El Toro», me hizo pasar por la «kishá»—largo interrogatorio en una estrecha celda donde hay que permanecer de pie—, y en uno de sus arranques violentos me dejó sin dos dientes. Luego, ya en la Lubianka, soportaría la operación mesa y sentiría caer sobre mi espalda desnuda gotas de alquitrán hirviendo.

UNA BODA QUE TERMINA EN SIBERIA

Mi proceso fué largo y ofreció las características de todos los interrogatorios. Primeramente se me trató con suavidad y hasta yo diría con amabilidad, para pasar luego a la violencia. El presidente del Tribunal era un hombre elegantemente vestido de paisano, que inicialmente hasta me sonrió algunas veces. Cada dos horas los guardianes que estaban

a mi lado se turnaban y éste era el único indicio que me servía para medir el tiempo.

Me pareció casi descubrir una nota de simpatía cuando se me interrogó sobre mi mujer. En realidad, todo aquello correspondía a una brevísima historia y, por cierto, bastante triste. Me casé con Vera en Pinsk el 5 de julio de 1939, durante un permiso de cuarenta y ocho horas que me dieron en el Ejército. Cuando estábamos celebrando la fiesta nupcial, mi madre me hizo una señal indicándome que me llamaban por teléfono. Abandoné la mesa, y entonces, antes de que cogiese el aparato, me entregó un telegrama, donde se me ordenaba la inmediata incorporación a mi unidad. Arreglé mi equipaje velozmente, y sin que se enterasen mis propios invitados me marché con toda rapidez, dejando, como es natural, completamente desconsolada a mi recién esposa. Quince días después conseguí que se la permitiera residir en Ozharov y de este modo durante cinco días pude pasar de tres a cuatro horas con ella. Fueron aquellos unos momentos deliciosos, en los que lograba hacer desaparecer las negras perspectivas que tan fatalmente se cernían sobre Polonia. Esta fue toda la vida matrimonial que yo hice con Vera. Posteriormente, cuando regresé a Pinsk, después de la derrota polaca, apenas si tuve tiempo de saludarla y contestar a sus primeras y ansiosas preguntas, pues en seguida aparecerían los hombres de la N. K. V. D. y me llevarían. Aquella sería nuestra última entrevista y ya no la volvería a ver más.

Al mediodía, cuando ya llevaba cuatro horas ante el Tribunal, el presidente me preguntó si deseaba una taza de café. Asentí, naturalmente, y entonces se me dio, además de un segundo cigarrillo, un café excelente, caliente y reconfortante. Cuando hube bebido comenzó mi supuesta defensa por un hombre que no parecía muy complacido por tener este menester y que mostraba un gran desprecio por mí. Finalmente, a las cuatro de la tarde terminó inesperadamente la primera sesión. Al día siguiente las cosas cambiaron radicalmente, y de la amabilidad se pasó al extremo opuesto.

Se me agotó a preguntas y se me suprimió el alimento. Luego se me presentó un documento supuestamente firmado por mí, en el que me declaraba culpable de enorme número de cosas, no valiendo para nada mis protestas sobre el hecho, de que aquella firma, aunque semejante a la mía, no había sido hecha por mí. Hubo cuchicheos entre los miembros del Tribunal, y finalmente el presidente se puso en pie, siguiéndole en esta actitud todos los demás. Entonces leyó todas las acusaciones que contra mí se hacían y anunció que se me declaraba reo de espionaje y enemigo del pueblo soviético, contra cuyo bienestar había conspirado. Finalmente, se me sentenciaba a veinticinco años de trabajos forzados, «de este modo—dijo el presidente aludiendo a mi supuesta firma—tendrá usted tiempo para recobrar su memoria». Pocos días después comenzarían los preparativos para mi partida. Un largo viaje me esperaba. La primera parte de mi marcha, tres mil kilómetros en un vagón de ganado, constituirían la etapa que me tocaba cubrir antes de alcanzar el campo 303 de Siberia.

EL CAMPO 303

Hubo tiempo de pensar en mi largo viaje de tres semanas. Amontonados ingentemente apenas si podíamos movernos. El comienzo de nuestra marcha constituyó una auténtica pesadilla. El olor dentro del vagón era insoportable. El plan general consistía en viajar de noche y parar durante el día en algún paraje deshabitado. Poco a poco perdimos el interés por el nombre de las estaciones, en las cuales aparecía uniformemente en todas ellas el encalado busto de Stalin.

En la miseria e incomodidad del cerrado vagón pensaba en mi vida pasada. Después de la catástrofe polaca decidí regresar a Pinsk, a pesar de que esto me ponía en manos de los rusos. ¿Por qué prefería ser prisionero de los rusos a serlo de los alemanes? Es algo a lo que no sabría responder claramente. Y quizá se debiese a mi resentimiento por la dura lucha que la caballería polaca había tenido que mantener frente a la aplastante superioridad de las armas blindadas germanas.

En 1937, cuando estudiaba arquitectura en la Escuela Técnica de Varsovia, fui llamado a filas y realicé un curso de doce meses en la Escuela de Infantería de Brest-Litovsky. Posteriormente se so-

licitaron voluntarios entre estos cursillistas para el Arma de Caballería. Probé suerte y salí oficial. Tras de participar en unas maniobras militares en la frontera rusa, volví a mi casa para ayudar a mi madre en la administración de nuestra propiedad. Algunos meses más tarde, el 1 de marzo de 1939, recibí la orden de incorporarme nuevamente. Justamente seis meses después, el 31 de agosto, en la víspera de mi XXIV aniversario, cuando estaba leyendo una carta de mi madre y mi mujer y me disponía a abrir unos paquetes que me habían enviado, un mensajero nos anunció que Alemania había movlizado. Era la guerra.

El viaje se hacía interminable. Los hombres rían y sus nombres se botaban; pero la larga y serpenteante caravana de setenta vagones de ganado continuaba imperturbable su marcha, dispuesta a rematar su itinerario completo. La desolación de Rusia es angustiosa. Alcanzamos el importante centro siberiano de Novosibirsk, a 1.800 millas de nuestro punto de partida, pero la marcha continuó. Luego pasamos por Krasnoyarsk y fué finalmente en Irkutsk, junto el lago Baikal, donde se puso término a nuestro viaje de tres mil kilómetros.

Desde este último punto comenzó nuestra marcha a pie hasta el lugar donde cumpliríamos la condena. Hacía un frío intensísimo y se nos obligaba ir a campo y travesía, lejos de ciudades y del más mínimo vestigio de civilización. Se nos dieron nuevos vestidos, aunque seguimos manteniendo toda la miseria que nos acompañaba desde las prisiones de Rusia occidental.

Fué en febrero de 1941, después de largas marchas y recorridos en camiones, cuando llegamos al campo 303, nuestro lugar de destino, situado al norte del río Lena y a unas 300 millas de la capital de la Siberia septentrional, Yakutsk. Después de interminables kilómetros de caminar, me sentía maravillosamente, a pesar de mi miseria física. La pesadilla de dos meses de carretera había pasado. Nada de lo que viniese ahora podía ser peor.

El campo 303 era un recinto de unas 400 yardas, rodeado por una empalizada y dominado por to-

MAS DE 50.000 ESPAÑOLES

han estudiado nuestros cursos

DELINEANTE MECANICO, EN CONSTRUCCION Y GENERAL

GRATIS recibirá equipo completo de dibujo compuesto de 17 piezas, entre ellas compás, tiralíneas y bigotera. Además de láminas, planos y 135 lecciones.



CURSOS POR CORRESPONDENCIA

ROTULACION

GRATIS recibirá 200 LAMINAS con modelos de letras, orlas, adornos y anagramas. Aprenderá todas las técnicas: al pluma, a la pluma, al aerógrafo, al grabado, delineada y dibujada, realizadas sobre madera, papel, cartón, cristal, telas y lonas.



OTROS CURSOS: DIBUJO ARTISTICO Y COMERCIAL • TOPOGRAFO • DECORACION • PINTOR DECORADOR • APAREJADOR • TECNICO DE LA CONSTRUCCION • HORMIGON ARMADO • MAESTRO ALBAÑIL • TECNICO MECANICO MOTORES • MECANICO DE COCHES • CARPINTERIA Y EBANISTERIA

Pida folletos GRATIS y sin compromiso a

CEAC-FONTANELLA, 15-DEPTO. 66 BARCELONA
CENTRO AUTORIZADO POR EL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL N.º 54

CEAC

retas provistas de ametralladoras. Dentro del mismo había toda una serie de barracones, cuya capacidad resultaba a ojos vista insuficiente para albergar a todo el nuevo grupo recién llegado. Cuando estábamos precisamente pensando en esto se nos hizo formar y dos coroneles rusos nos pasaron revista. Desde mi puesto los observé detenidamente. Uno de ellos era alto, elegante y de aspecto distinguido. Tenía un aire de desenvoltura y descuido y no parecía afectado lo más mínimo por la presencia de las hostiles masas ante las que se enfrentaba.

Se nos presentó con breves palabras como el coronel Ushakov, nos pidió disciplina y nos comunicó que nuestra primera tarea sería la de construirnos refugio. Luego habló el otro coronel, que era en todo el reverso de su compañero. En primer lugar era mucho más joven, podría ser su hijo. Le faltaba la soltura y elegancia de Ushakov y tenía todas las apariencias de un comisario político o politruck. Hablaba de manera insultante y nos ofrecía la posibilidad de rehabilitarnos asistiendo a las clases de formación política.

LA MUJER DEL CORONEL

Primero nos tocó construir nuestros barracones, y esto me sirvió para ejercitar mis antiguas aficiones de cortador de leña. Pasábamos largas horas en nuestras chozas y algunos días por curiosidad fui a la biblioteca, donde no había más que obras comunistas y de propaganda. Otro día asistimos a la clase del comisario, lo que luego nos sirvió de motivo de diversión, ya que un compañero checo se pasaba largas horas imitando al profesor con una habilidad humorística verdaderamente extraordinaria. La idea de escaparme no me abandonaba jamás y ya la había expresado a otros detenidos. Me presenté como voluntario a trabajar en los talleres de fabricación de esquís, ya que esto me daba derecho a una ración extraordinaria, suplemento que iba acumulando como reserva, por si lograba realizar mis planes.

Un día el coronel Ushakov nos anunció que deseaba saber si alguien de nosotros entendía de aparatos de radio y más concretamente de la marca Telefunken, ya que su receptor se había estropeado y no lograba arreglarlo. Como precisamente el aparato de mi casa era Telefunken, opté por probar suerte, tras un momento de vacilación ofrecí mis servicios. Pocas horas después se me venía a buscar y se me llevaba a la casa del coronel. La vivienda era diferente del resto de las barracas de los prisioneros, y cuando me encontré ante el jefe del campo le traté de «Gospodin Polkovnik», utilizando así el estilo respetuoso de la vieja Rusia para tratar a un coronel. Me introdujo hasta una habitación donde había una estufa y se encontraba la primera mujer que veía desde que salí de Pinsk. El coronel hizo una convencional presentación a su esposa y ésta respondió a mi inclinación con una amable sonrisa. La contemplé y me sentí avergonzado con mis ropas, mi barba y mis cabellos largos y descuidados. No podía apartar mi vista de ella, y cuando se levantó pude apreciar que era alta. Llevaba blusa de algodón y una pesada falda. Su cabello era castaño y su piel muy blanca. No se podía decir que fuera guapa, pero parecía una mujer muy agradable y además me miraba con simpatía y compasión. Tendría unos cuarenta años.

Ushakov me llevó a un cuarto que era al mismo tiempo su dormitorio y su despacho y puso en mis manos el aparato para que comenzase mi trabajo. Luego se fué junto a la estufa y se sentó al lado de su mujer. Me puse a mi faena sin preocuparme lo más mínimo de lo que hablaba, cuando vi que me invitaban a que tomase una taza de té, endulzado con sacarina. Tras de aceptar esta invitación volví de nuevo al aparato.

Volví al día siguiente, y durante aquella jornada, la mujer del coronel se interesó por mi familia, impresionada por la facilidad de mi ruso. Le expliqué que mi madre era rusa.

—¿Por qué le han enviado a usted aquí?— me preguntó esta vez el coronel.

—Por nada—le dije.

—¿Tiene usted veinticinco años de condena?

—Sí.

Hubo una pausa y luego ella habló:

—Veinticinco años es mucho tiempo. ¿Qué edad

tiene usted? Le expliqué que tenía también veinticinco años.

Decidió hacerme té y me pidió que encontrase alguna estación con buena música. Me declaró que le gustaba mucha la música, elogiándome a Chopin, pero afirmando que su compositor favorito era Tschaikevsky. Me dijo igualmente que tocaba el piano, y que el no haberse podido traer el suyo a Siberia era una de las cosas que más duro se le había hecho. Miré a sus manos y vi que sus dedos eran blancos, alargados y hábiles.

—Tiene usted manos de artista—me atreví a decirle.

Al fin encontré el género de música que deseaba y nos enfrascamos en una conversación, teniendo como fondo una orquesta sinfónica. De sus palabras deduje que en realidad, a pesar del destacado puesto de su marido, eran casi tan prisioneros como nosotros. En pocas palabras me contó su vida. Su familia estaba llena de militares desde mucho antes de la Revolución. Su padre había sido coronel de la Guardia personal del Zar y había sido fusilado por los bolcheviques. Un hermano suyo, cadete, murió como consecuencia de las heridas que recibió defendiendo el Instituto «Emolny». Su madre huyó de San Petersburgo, y cuando más tarde falleció, ella decidió adaptarse al nuevo orden de vida y se buscó un trabajo. En unas vacaciones en Yalta se encontró con Ushakov, con el que se unió, siendo éste el único hombre de toda su vida.

Era muy leal al coronel y no me explicó nunca por qué lo habían trasladado repentinamente de Polonia a Siberia. Primeramente fué a Vladivostok y ella estuvo sin verlo ni saber una palabra de él durante seis meses. Haciendo uso de sus influencias en el partido consiguió que le permitieran acompañarle.

De pronto, sus ojos azul claro se quedaron fijos en los míos y me preguntó a bocajarro:

—¿No ha pensado nunca usted en escaparse?

La pregunta me llenó de pánico. Todo aquello era muy peligroso. Abrí mi boca y no pude hablar. Vacilante me bebí la taza de un sorbo. Sus ojos, muy abiertos, azules y candidos, continuaban fijos en mí y observaban mi temor.

Volvió a hablar tranquilamente:

—No me responda. Rawicz, usted no confía en mí. Pero quiero que sepa que no corre ningún peligro porque me hable de esto.

¡Escapar! parecía como si ella hubiese penetrado en mi mente y hubiese descubierto mi más oculto y constante pensamiento. Deseé decirle todos mis peligrosos sueños, pero me faltaron palabras.

LA HUIDA

Algunos días después el propio coronel me volvió a llamar. Había que arreglar nuevamente el aparato. Entonces le hablé a ella de una manera libre y le expresé mi propósito de escaparme con otra media docena de compañeros. Me dió toda una serie de consejos y me facilitó algunas cosas que me fueron de enorme utilidad. Nuestro grupo estaba compuesto por dos polacos, un leton, un lituano, un yugoslavo y un norteamericano. Este último había sido uno de los ingenieros que trabajaron en la construcción del Metro de Moscú y que luego fué detenido acusado de espionaje. Era mayor que todos nosotros y representaba, en cierto modo, la prudencia y el buen sentido.

Decidimos emprender nuestra huida en la primavera del 41. Por aquellas fechas nuestra organización había logrado reunir a toda nuestra patrulla en una misma barraca. Habíamos conseguido también un impresionante número de pieles, arrebatadas la mayoría de las alambradas mientras se secaban. Prácticamente disponíamos de un excelente guardarropa, teniendo en cuenta nuestras posibilidades.

Por aquellos días la mujer del coronel me llamó nuevamente y me dijo: «Mi marido se ha marchado a Yakuts. Esta ha sido la razón por la que no ha asistido a la revista. He hecho siete sacos de provisiones. Cójalas ahora mismo.» Parecía completamente tranquila. Mi corazón, sin embargo, latía con ansiedad. Cuando me entregó una de las bolsas y vi lo que contenía, comencé a pensar dónde podríamos ocultarlo. Me limité a esconderlo bajo mi chaqueta y me trasladé al campo. Seis veces repetí la operación en los siguientes días. Me daba perfecta cuenta de que si algún soldado ruso descubría algo se produciría una auténtica catástrofe

para todos nosotros. Disimulamos todas aquellas cosas encerrándolas en una especie de almohadas.

El tiempo constituía un factor fundamental para nuestra huida. Queríamos hacerla en un día de gran nevada con el fin de que ocultase rápidamente nuestras huellas. Un día que soplaban un fuerte viento helado y que comenzó a caer la nieve, decidimos salir aquella misma noche. La hora señalada fué la de las cuatro de la madrugada. En un último rasgo de extraño humor pensamos ir aquella tarde a la clase de formación política. Nos sentamos al fin del aula y el Politruck pareció agradablemente sorprendido.

Fué aquélla la reunión política más apasionante a la que yo he asistido, aunque las causas de este estado de espíritu se debieran muy poco a lo que decía el orador. El Politruck, máximo jefe del campo por ausencia de Ushakov, estaba en plena forma. Nos repitió los consabidos lugares comunes sobre las excelencias del estado comunista y la decadencia del mundo capitalista. Duró todo aproximadamente una hora y media. Luego nos despedimos con un «Buenas noches, coronel».

Ya en nuestra celda nos tumbamos dispuestos a partir. En aquellos momentos pensé que no me había despedido de la mujer del jefe del campamento, pero luego estimé que esto era mejor. Las horas pasaban lentamente y la calma era cada vez mayor. Había quien soñaba y hasta hablaba en alto. De pronto alguien me tocó en el hombro y me dijo: «¡Vamos!» Era el americano.

LA LARGA MARCHA

Mientras cae una fuerte nevada, el grupo emprende la huida. El recorrido lo hacen de noche y duermen de día protegiéndose en escondites más o menos naturales. Pescan peces sin anzuelo, lo gran cazar algo, pero en la mayoría de los días pasan hambre y calamidades sin fin, la más pequeña de las mismas no es precisamente las molestias que sufren en los pies. En las proximidades del lago Baikal se incorpora a la patrulla una muchacha polaca escapada también de una granja colectiva donde se le hacía trabajar ferozmente y en la que el jefe de la misma intentó abusar de ella. Kristina agrega una nota de cordialidad y amabilidad al grupo y, por otra parte muestra su reciedumbre y resistencia física en todas las penalidades quitando todos los recelos sobre que pudiese ser una carga cuando se hace necesario atravesar a nado uno de los ríos que van a parar al Baikal. Su historia es como la de tantos polacos. Sus padres fueron fusilados por los rusos y ella hecha prisionera y trasladada a Siberia.

Tras de atravesar el ferrocarril transiberiano con grandes precauciones a los sesenta días de su escapada y de haber hecho 1.200 millas, alcanzan la Mongolia exterior. Recelosos del poder de la influencia soviética en esta comarca se presentan ante sus habitantes como peregrinos que van a Lhaca y en general se les trata con gran amabilidad. Firmes en su propósito de alcanzar la India, se internan por el terrible desierto de Gobi. La travesía de esta región tendrá fatales consecuencias para el grupo. Durante los trece días que dura, muere la incomparable Kristina de una manera repentina y tras de hinchársele de una manera alarmante las piernas. La situación de los restantes es tan desesperada, faltos de alimentos y agua, que el americano sugiere que coman serpientes, gracias a lo cual podrán subsistir hasta el final. Uno más de la expedición fallecerá mientras duerme.

Cuando alcanzan las primeras colinas del Himalaya ven un día dos extrañas criaturas: «Eran dos animales enormes y caminaban con sus extremidades posteriores. No tendrían una altura inferior a los ocho pies. Tenían algo de mono y de oso, pero no eran ni uno ni otro. Su color era una rara mezcla de tonos marrones.» Esta aparición les hizo pensar luego, cuando conocieron los relatos de la Prensa, que lo que habían visto era el llamado «abominable hombre de las nieves».

Algunos días más tarde, cuando llevaban ocho días sin alimentos, tropiezan con una patrulla de soldados indios. Traslados a Calcuta, son hospitalizados y tienen que pasar por una larga cura, ya que durante muchos días sufren una crisis que les pone al borde de la locura. Finalmente se ven libres de las terribles pesadillas y completamente recuperados. El autor se trasladará al Medio Oriente con el fin de incorporarse a las fuerzas de polacos libres.



TRAJES

de línea moderna y elegante

... y de la más acabada hechura en magníficas telas de verano: muselinas, alpacas, «frescos», «jumel», gabardinas de algodón y el tejido «Perlón», exclusivo de GALERIAS. Colores del mejor gusto. Patronaje especial para todas las configuraciones.

Caballeros, 2.ª planta.

Galerías Preciados

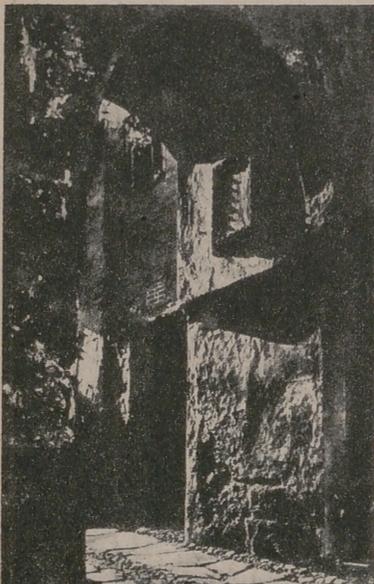


**CORDOBA FUE
EN EL SIGLO X
EL ESTADO MAS
IMPORTANTE
DE OCCIDENTE**

**UNA GRANDEZA
PASADA QUE NO
SE PUEDE QUEDAR
EN EL OLVIDO**

EL VERTICE ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

**PARA CONMEMORAR EL MILENARIO DEL
CALIFATO CREADO POR ABD-AL-RAHMAN III
SE PROYECTA UNA GRAN EXPOSICION
HISPANOISLAMIGA**



Dos típicas callejuelas de la vieja Córdoba. Arriba: El laberinto de columnas de la Mezquita

TAL vez esté lejana y sola. Pero Córdoba continúa allí extendida al lado del río, el Guadalquivir: «Wadi al-Kabir». «Gran Río». El río que pasa y pasa, que a veces baja de caudal y nos enseña la arena.

Y el puente. Y el sol. Y las casas, las de la parte vieja, blancas de cal y negras de sombra. Y—un momento, porque puede ser cierto—el «cande hondo» aparece abriendo el aire. Y todo se queda quieto con su duende inaprensible.

Todo pasa en Córdoba: el tiempo y el río.

Hasta que ha llegado un 15 de marzo semejante en lo externo a otros muchos. Pero éste de 1956 ha sido trascendente. Marcará un hito interesante. En él la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Artes de Córdoba ha conmemorado un lejano 15 de mayo, el del año 756.

Ha sido un acto académico, como casi todos: discursos y conferencias. Es lo de menos las palabras. Pero no ha habido sola-

mente palabras. Con este acto, conmemorativo de la independencia del Emirato cordobés en la citada fecha, se ha actuado positivamente, ya que con él y como motivo principal se creaba el Instituto de Estudios Califales, dedicado al estudio e investigación de los infinitos temas que sugiere al-Andalus.

Vayamos hacia atrás. Sin miedo. Al siglo VIII. Crucemos la frontera de la España musulmana: elástica, con grandes zonas despobladas. Y ya estamos en al-Andalus. Una España casi como la otra España, salvo las lógicas diferencias.

15 de mayo del año 756: el «Emigrante», Abd al-Rahman I, se ha proclamado emir de Córdoba. Es el último Omeya salido de Damasco. Y aquel día Abd al-Rahman afloja de manera rotunda las ligaduras con Oriente.

Dimensiones internas, políticas y religiosas habían puesto en situación crítica al Emirato cordobés. Pero el nuevo emir, hábil diplomático y hombre culto, aúna los esfuerzos del pueblo hispano musulmán y echa los cimientos ólidos que permitirán sea una realidad casi doscientos años más tarde, el nacimiento en Córdoba del Estado más importante de Occidente.

Porque ahora Córdoba vuelve. Se mueve y se conmueve. Las corporaciones cordobesas trabajan con vistas a la conmemoración del milenario del Califato cordobés.

Es otra conmemoración que se prepara. En estos años nos hallamos inmersos dentro del milenario del Califato creado por Abd al-Rahman III. Existe una interna

concatenación entre las dos fechas que se conmemoran. Tal vez sin el paso previo de «el Emigrante» Córdoba no hubiese conocido los días de esplendor del siglo X.

PANORAMA

A fines del siglo IX, la situación de los emires cordobeses se presenta difícil. Está en litigio la preponderancia política del Norte de Africa. Tres Estados se disputan el predominio político: el nagrib occidental, dominado por una familia del linaje del Profeta, los idrisies; el nagrib oriental, la Ifriqiya, de la dinastía aglabí, descendientes de un valí de la provincia que se había independizado de Bagdad; y el Principado rustumí de Tahart, en el centro de lo que hoy es Argelia. Pero en el año 922 el panorama se complica más para los cordobeses al quedar como dueños absolutos de las costas africanas los fatimís, descendientes legítimos del Profeta—de Fátima, hija de Nahoma y de Ali—, que, en los albores del Islam, habían sido excluidos del Califato en provecho de otras dinastías: Omeyyas y Abasies.

La presencia de un Califato fatimí en Africa representaba una amenaza para el Estado cordobés dirigido por los Omeyyas. Con ello en el Sur aparecía una peligrosa zona de fricción para Abd al-Rahman.

En el Norte la España cristiana, también punto peligroso, pero con un carácter distinto ya que la conciencia de Reconquista era muy relativa.

UN VASCOMUSULMAN CREA EL CALIFATO

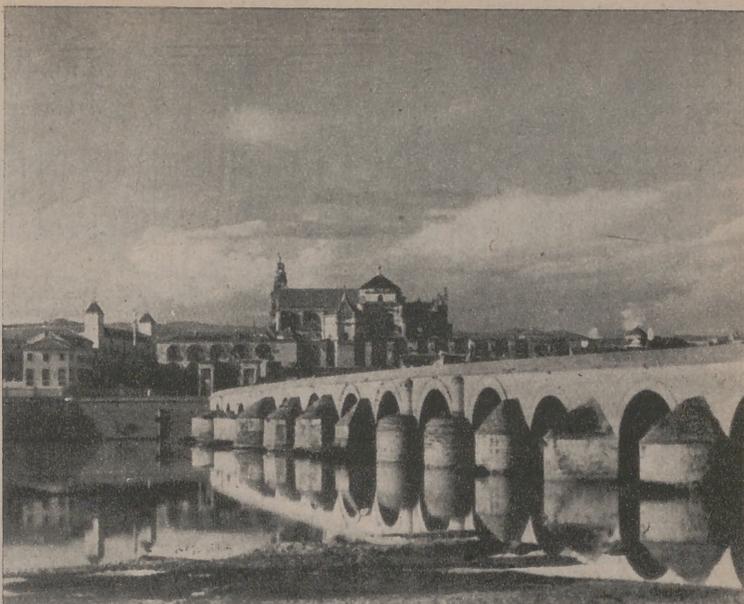
Cuando en 922 es proclamado emir del Estado cordobés Abd al-Rahman III, Córdoba aparece como la ciudad de más porvenir del mundo occidental. Su actividad comercial y cultural comienza a intensificarse.

El nuevo emir, nieto del anterior, era hijo de una cautiva francovascona y del príncipe Muhammad. En sus venas había sangre oriental—omeya—y vascona—de la familia Iñiga—, pues era nieto de Oneca, hija de Fortún Garcés de Pamplona, casada con Abd Allah, antecesor de Abd al-Rahman.

Este hombre, que poco más tarde había de fundar el Califato y realizar una obra milagrosa, era un mestizo. Contaba veintidós años; de mediana estatura, pelo rubio rojizo que teñía de negro y ojos de un azul sobrio.

La situación interna de su Estado no es muy tranquila. Hay cantones y ciudades que no acatan su autoridad: Sulayman y Hafs, en Bodastro. Por fin son sometidos, así como, poco más tarde, los Banu Marwan de Badajoz y Th'Alaba ben Muhammad, en Toledo.

Ya está pacificado al-Andalus. Pero no olvidemos el año 929. Cuando comenzaba, Abd al-Rahman, fortalecido. Rompe los febles vínculos religiosos que le unían con el Oriente y crea el Califato de Córdoba. Frente al califa abasí de Bagdad aparece este nuevo príncipe de los creyentes: Abd al-Rahman, «al-Nasir il-din Allah», o sea, «el que comba-



El puente que da entrada a la milenaria ciudad cordobesa



«e victoriosamente por la religión de Alá».

En este carácter y otras circunstancias encuentra García Gómez el paralelismo de Abd al-Rahman con los Reyes Católicos. Como ellos, es el creador de la unidad en el floreciente Estado cordobés, a la que llega inmediatamente después de haber pasado al-Andalus por una época terriblemente anárquica semejante a la de Enrique IV en Castilla.

Situado muy por encima de sus vasallos, no tiene necesidad de adular a los aristócratas árabes. Por ello los latinados y los mulades ven abierto el camino para escalar los más altos puestos de la Corte, y de la Administración.

CORDOBA, LA MAYOR CIUDAD DE OCCIDENTE

Hasta 961 continúa Abd al-Rahman al frente del Califato. El nuevo Califa es su hijo al-Hakam II. También rubio, pero de ojos negros. Culto, amante de las letras y las ciencias. Débil de salud, poseía un espíritu profundamente religioso.

Desde 929, Córdoba ha crecido extraordinariamente. Tanto, que se ha transformado en la ciudad más culta, populosa y comercial de Occidente.

Es la corte de los Omeyyas, y una ciudad de funcionarios, sabios, escritores, artistas y comerciantes. Aquí confluye la civilización árabe, oriental, con la tradición latinocristiana de la población mozárabe.

Cuenta el abad de San Arnolfo, biógrafo del monje Juan de Gorz, embajador de Otón I de Germania, cerca del Califa Abd al-Rahman, que hacía el año 950, cuando el embajador llegó a Córdoba mostró extraordinario asombro ante la magnificencia de la ciudad y la refinada civilización árabe-andaluza. Y la fama de su esplendor se extendía por toda Europa.

La vida era de una gran animación, pues aunque la cifra se cree algo excesiva, se ha calculado la población de la Córdoba califal, en 500.000 habitantes. La profusión de mezquita era considerable, llegando a contarse unas 3.000.

El núcleo de la población hallábase amurallado. Por sus calles y bazares deambulaban los dignatarios y servidores del palacio califal. La aristocracia y los artistas habitaban magníficos palacios, donde el agua se desmayaba con suavidad en las tazas de estanques y fuentes. Los potentados del comercio y los literatos intentaban, igualmente, suavizar los sentidos en medio de un ambiente muelle e incitador.

Fuera de la muralla, el número de barrios, debido al gran desarrollo urbano, llegó a ser de veintinueve. La «medina», o recinto primitivo de la población, hallábase surcada por numerosos zocos y callejuelas con el nombre de los oficios que en ella, principalmente, se asentaban: calle de los sastres, «alfayates»; la de los curtidores; la de los zapateros. Eran las mismas callejuelas que todavía existen en numerosos recintos urbanos medievales.

En esta zona se hallaba el Alcázar de los Emires. Allí, cerca del río y de la gran Mezquita, destacaba el palacio, formado por gran número de edificaciones y un extenso parque. Pero, sobre todo, atraía la gran Mezquita erigida sobre la basílica visigoda de San Vicente.

Cristianos y musulmanes dividieron el espacio del templo, conviviendo así durante algunos años. Esta situación duró hasta 788, en que Abú al-Rahman I compró la parte de los mozárabes y efectuó algunas reformas. Por la ampliación más interesante ha sido la de al-Hakam II, con aportaciones arquitectónicas nuevas: arco lobulado y bóveda de cruce-

ría. Todavía se hicieron otras modificaciones en la Mezquita, pero la de mayor valor ha sido esta del año 961.

Diseminadas por la campiña, a un tiro de piedra de la ciudad, había muchas casas de campo, lujosas, pertenecientes al Califa, palaciegos y aristócratas. Todas quedaron superadas por Madinat al-Zahra, la ciudad-palacio edificada por Abd al-Rahman III en las estribaciones de la serranía. Llegó a convertirse en su residencia habitual.

En su construcción, riquísima, fueron invertidas sumas enormes en columnas y losas de mármol. Destacaba la sala del Califa, toda de alabastro, con columnas de jaspé y mosaicos de oro alternando con alabastro; en el centro había una fuente llena de mercurio y en el techo una perla de gran tamaño.

Arriba, en la parte dominante, estaba el palacio con sus dependencias; luego, los jardines, y en la zona más baja, la Mezquita, bazares y casas de los habitantes de esta nueva ciudad que llegó a tener un comercio considerable y gran actividad administrativa.

Todo fué un sueño: treinta años de vida intenta, y más tarde, el abandono, la hiedra y la ruina, a la que ayudó la fundación por Almanzor, en el reinado de Hisham II, de otra ciudad-palacio rival.

LA VIDA EN LA CAPITAL DEL CALIFATO

Igual que ahora. Los días pasaban: unos alegres; otros, tristes. Los ciudadanos, el Califa, los altos cargos, vivían cada uno dentro de su actividad.

«El sábado día 24 de du-I-ga'da de este año (6 de septiembre de 972) fué el Califa al-Hakam a caballo a la casa del tiraz con objeto de visitarla. Al entrar en ella fué recibido por los directores administrativos y por los directores de los trabajos, que le rindieron el debido acatamiento. El Califa pidió detalles de su trabajo y les favoreció con sus indicaciones.» Esta noticia, extraída de los «Anales palatinos de Al-Hakam II», sencilla y escueta, habla mejor que cualquier divagación de lo que sucedía cotidianamente en la capital del Califato.

La vida tenía múltiples facetas: cortesana, sabia, mercantil y de gran bullicio. Aquí se entrecruzaban los aristócratas, cortesanos, hombres de ciencia, poetas y artistas, con las

gentes de paso dedicadas, principalmente, al comercio, que llegaban de todas las partes del mundo.

Valdeavellano presenta un animado cuadro de Córdoba. La multitud circulando por calles y zocos bajo la vigilancia de la Policía municipal, («shurta»). En los talleres, mercados, mezquitas, templos cristianos, alhóndigas y en los patios en que los maestros enseñaban tradiciones sobre el Profeta, Filosofía, Derecho, Gramática o Historia, se mezclaba gente de razas, religiones y condición varias.

Había musulmanes, muladíes, mestizos, cristianos, judíos. Y se oían las voces de los almuédanos llamando a oración y el campaneo de las iglesias cristianas. También era frecuente en aquella Córdoba boyante el desfile de las tropas que marchaban a la frontera, y el de comitivas y embajadas que llegaban al palacio del Califa, con el que reyes y magnates cristianos deseaban estar a bien.

Una ciudad grande como aquella tenía de todo. A pesar de la prohibición coránica los cordobeses se entregaban a las delicias del vino andaluz sin el menor remilgo. Los festines, tanto en las clases altas como las bajas, solían derivar en verdaderas bacanales. En las residencias campesinas de los aristócratas y altos dignatarios eran frecuentes las orgías con danzarinas y copleras.

Por la noche custodiaban la tranquilidad ciudadana unos vigilantes encargados de cerrar las puertas, cuidando de que no se cometiesen robos ni otros delitos. Provistos de una linterna y acompañados de un perro deambulaban por las estrechas callejuelas cordo, besas hasta que el sol aparecía por Oriente.

FORTALEZA ECONOMICA DE AL-ANDALUS

La prosperidad del Califato no estaba circunscrita a Córdoba exclusivamente. La industria y el comercio se desenvolvían inmejorablemente en las poblaciones importantes de la España musulmana.

Interesa resaltar que en contraste con la España cristiana, la base económica del Estado no descansaba en la economía agraria, sino en una economía urbana industrial y mercantil. Y en ello se distingue de los Estados de Occidente. Pues al-Andalus contaba con abundantes centros urbanos unidos entre sí por excelentes vías de comunicación heredadas de la España romana. Sevilla, Granada, Valencia, Zaragoza, etc., son centros de una economía urbana de gran empuje.

No obstante, la economía agraria tampoco se halla ausente. Donde mayor altura alcanzó fué, como es natural, en la arboricultura y horticultura: olivo, encinas, viñas, almendros, limoneros, azafrán, lino y otra clase de cultivos como el arroz y la caña de azúcar, que fueron importados por los musulmanes.

En la producción industrial, al-Andalus llegó a ser un peligroso rival de Bizancio. Se producían diversas clases de harinas en las aceñas y molinos de viento. La producción aceitera permitía la exportación de los exquisitos aceites de Andalucía. La orfebrería alcanzó altura extraordinaria en



Un reciente descubrimiento. Baños árabes en una casa de vecindad de la calle de la Cera

Córdoba y Sevilla; los trabajos en marfil, jade y cuero repujado eran buscados con todo afán por los mercaderes. La cerámica destacó en Málaga y Calatayud, Játiva era un gran centro de fabricación de papel, y Toledo ya era famoso por el temple de sus armas. Pero la principal riqueza industrial fué la textil: magníficas telas blancas de Bocalrente; tapices de lana en Chinchilla; riqueza y extraordinarias calidades en las sedas y tapices que se elaboraban en la manufactura oficial de Córdoba, monopolio del Estado.

CIENCIA Y CULTURA

Con Abd al-Rahman II se había iniciado un intenso movimiento cultural, influido preponderantemente por la refinada civilización de Bagdad. Pero ya en los tiempos de Azd al-Rahman III y al-Hakam II el florecimiento cultural y científico de Córdoba podía equipararse al de Bagdad.

Aun siendo influida por Oriente, la civilización cordobesa tiene un sello propio al que no es ajena la herencia hispanorromana. El mayor impulso de este mundo cultural se percibe en la época de al-Hakam II, apasionado de los libros y del estudio, llegó a reunir una biblioteca de 400.000 volúmenes. Sus agentes, distribuidos por todo el mundo oriental, le enviaban, sin regatear en el precio, cuantos manuscritos antiguos o modernos llegaban a sus manos que tuvieran algún interés.

Por diversas causas, principalmente religiosas, la Historia y la Poesía fueron los géneros más cultivados en al-Andalus. Y de ambos, en la Poesía llegaron a conseguir aquellos hispanomusulmanes una delicadeza extraordinaria.

Otras actividades culturales, la Filosofía y Ciencia del Derecho, no alcanzaron durante el Califato gran desarrollo, por lo unidas que van a la Teología. Los teólogos velan con una prevención grande cualquier divagación jurídica o teológica que pudiese llevar, aun remotamente, a la herejía. Pese a todo, en al-Andalus existieron abundantes heterodoxos.

La Medicina, así como la Botánica y la Farmacología, alcanzaron, igualmente, categoría notable. También las ciencias matemáticas, algo más tarde, pudieron hermanarse con las ciencias citadas anteriormente.

Pero todo pasó, y al-Andalus, con el Califato, llegó a ponerse mustio. Casi parece increíble, pero en el año 1031 había terminado este impresionante Estado forjado en la Córdoba del siglo X.

Para García Gómez, las causas de la decadencia hay que buscarlas en la ausencia de fortaleza militar. Ni aquel donjuan y genial soldado Almanzor poseía las dotes necesarias para asentar con firmeza un gran imperio. Y es que —de nuevo García Gómez— una de las muchas leyendas sobre los musulmanes es la de que son siempre, y en todo caso valientes. Claro que ahí queda su cultura que, en Occidente, hasta el Renacimiento, no tiene rival.

UNA GRAN EXPOSICION HISPANO-ISLAMICA

Y esta grandeza pasada es lo que no se puede dejar en el olvido. No sólo en Córdoba, sino



Córdoba conserva su majestad. La que fué ciudad más importante de Occidente, volverá a unir a los pueblos islámicos y a España

en toda España. Nos encontramos dentro del milenario del Califato y han comenzado los preparativos que llevarán a una conmemoración acorde con el esplendor de al-Andalus.

Si Sevilla fué el escenario de una Exposición hispanoamericana, por el carácter que tuvo en la gesta del descubrimiento, ahora se intenta organizar en Córdoba una gran Exposición permanente hispano-islámica.

En principio, se ha creado una Comisión interministerial que se preocupa de concretar y estudiar la forma en que pueda conmemorarse la efemérides con la mayor brillantez.

El señor Cruz Conde, alcalde de Córdoba, nos ha esbozado ligeramente lo que podrá ser esta Exposición:

—De momento no existe nada concreto. Pero pretendemos que se realice algo semejante a lo de Sevilla. Será, exclusivamente, una Exposición de colaboración hispano-islámica. Sus aspectos serán amplísimos, pues no abarcará tan

sólo el campo del arte y la cultura. También habrá muestras de las últimas realizaciones industriales de este mundo que ahora renace de nuevo con la fuerza y el entusiasmo de los mejores tiempos.

—¿Qué otras particularidades tendrá la Exposición?

—Una vez concretado el plan, tendrán que comenzar las obras de construcción de pabellones que, si tienen las cualidades arquitectónicas requeridas, quedarán como muestra permanente, tal como ha ocurrido en Sevilla y Barcelona.

El entusiasmo de los cordobeses no falta. Córdoba, allá, lejána y sola, se estremecerá y vivirá el esplendor de la época califal. Otra vez, gentes de Oriente y Occidente recorrerán las viejas callejas y se acercarán al río que pasa, siempre, al lado de la iglesia y de la mezquita.

Una nueva comunión hispanoárabe comienza en momentos de gran significación histórica.

Luis LOSADA

REQUIEM POR UN POETA DEL PUEBLO



El pueblo, Guijo de Granadilla, rodea a un busto del poeta, «su poeta», en recientes homenajes

VIDA, INGENIO Y MUERTE DE UN VOLUNTARIO DE EXTREMADURA

GABRIEL Y GALÁN EN SU RINCON

Por Pedro DE LORENZO



I.—EL QUEHACER

EN rápido esquema componer, a la manera clásica, una ofrenda fúnebre. Clásica, la disposición; la forma, atrevida. Elegir asunto de compromiso: la muerte de Gabriel y Galán, poeta del pueblo. A las dificultades agregar un escollo peligroso: inimitable lejanía entre poeta y glosador. Gabriel y Galán, poeta del pueblo; en estética opuesta, el escritor: esotérico.

Pero, uno y otro, filiales de Extremadura, la áspera, fascinante. Borrón y cuenta nueva; sin diferencia posible; ni la menor distancia; sobre el abismo, un sutil puente. Y anulación del tiempo, disociador. Supresiones del pretérito, del futuro, tiempos verbales. Propósito de construir la oración fúnebre con sólo infinitivos: no tiempo, voz nominadora, nudo nombre del verbo. Por gratitud de extremeño, animar estas honras a «su» memoria; traer a estas páginas el Réquiem por un poeta del pueblo; un poeta voluntario de Extremadura.

Grande también su deuda a Extremadura. Apenas decir «Extremadura» y ya en las complejida-

des de una definición. El inmediato atractivo de precisar: Extremadura de Gabriel, entre Tajo y Duero; su diócesis, Plasencia; su capital, Salamanca.

Gabriel y Galán, hombre del 98. Advertir los silencios del 98, la renuncia en bloque a Extremadura. Excepción generosa, Unamuno: vecino de Salamanca, ahí, a dos pasos, y rector del poeta, un maestro. Miguel de Unamuno, amigo de repensar lugares comunes, contradictor, protestante de su propio genio, su «gens», su generación, su tiempo; Unamuno, varón del 98.

LA ESTRELLA EN LA FRENTE

Entre las deserciones de la histórica hora, Gabriel y Galán, «voluntario de Extremadura». Deseo de subrayar esa proclama heroica: la voluntad del poeta. Seguramente lo único voluntario en su destino.

Aquí, someter a pensamiento la no voluntad de los poetas. Dios o la marca en la frente, la estrella en la frente del poeta. Recordar aquel brindis a Unamuno:

Si el molde parece estrecho

*de mi canción natural,
decidlo a Aquel que me ha hecho
pajarillos del barbecho
y no lorito real.*

¡No! ¿Cómo cosa de voluntad?:

*Mi voluntad se ha muerto una
[noche de luna
en que era muy hermoso no pen-
[sar ni querer,*

seguir el verso de Manolo Machado. No pensar, no querer; ajenar el alma. Un dictador para los dedos y las voces del poeta. Invocar el testimonio de Marcos evangelista: «En mi nombre hablarán lenguas nuevas.» Y el don sobrenatural de lenguas, como oración del espíritu, no de la mente. Por la gracia, por ese don, hablar misterios; reconocerse iletrado y hablar. Y oír, aun sin entendimiento; con sólo dones de intérprete. El fuego del Sinaí, signo de Yavé para hablar al pueblo. Ver en las llamas de fuego el signo sensible de comunicación del espíritu.

Dáviva de Dios, pues, a su gusto. Ser el Hijo de Dios y, sin embargo—no como yo quiera, sino como Tú—, rendir la voluntad, dimitir en la voluntad del Padre.

Al poeta, ¿qué otra voluntad sino la de servir a la voz de la tierra? Palabras de San Juan en Pahmos. Solitario San Juan, apocalíptico: «El que es de la tierra es tierra y de la tierra habla», capítulo III, versículo 31. Ver algo de todo esto. De momento, revisar la vida, en seguida la obra de José María Gabriel y Galán: poeta del pueblo, voluntario de Extremadura, voz que.

... en el nombre de Dios, canto la [vida.

SON DOS GRANDEZAS

Gabriel y Galán, grande por cualidades de poeta. Más grande por sus virtudes de varón. En el poeta, el soberano espectáculo de su autenticidad; escucharle: «mi pobre prosa rimada», y esta confesión: «Que yo jamás me he nutrido—con pan de terruño ajeno». su propia figura de varón: una Espejo de hombres, el poeta en vida ejemplar. Consultar «I Corintios», y traer a cita palabras del apóstol, estas palabras: «El que habla lenguas se edifica a sí mismo.»

PERIPECIA DE POETA

Desde dos puntos de vista estimar sus cualidades de poeta. Primero, el quehacer. Un hermoso vocablo: «mester», menester, oficio de poeta. Gabriel y Galán en el ejercicio de su vocación. Pero en ese ejercicio, como en las hojas vegetales, descubrir su haz, revelar su envés. Haz, o vida pública del poeta. Envés, la íntima labor creadora.

Rápidamente, su peripecia de poeta.

De la mano de su madre, unos primeros versos—vergüenza. ¿de qué?—, unas coplas: la aldea, sus pequeños hombres, los notables.

Ya de ahí deducir su anecdótico sentido para el costumbrismo, su realismo campesino, una modesta concepción del mundo. Lo mejor, lo peor del futuro poeta. Por aquel lado, el germen de un lírico de la trivialidad, sentimientos populares, recias descripciones:

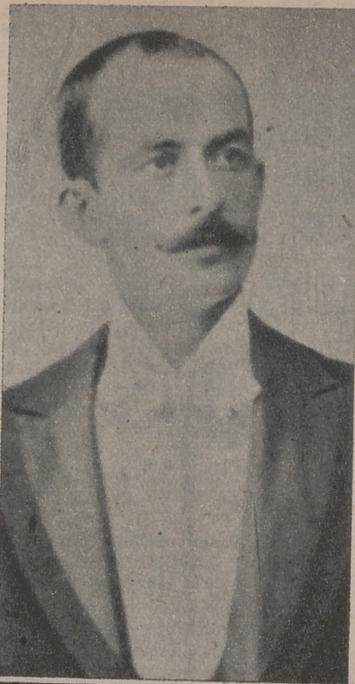
¿Quieres que vaya a buscar
cuarcos blancos al repecho,
colorines al linar,
nidos de alondra al barbecho
y endrinas al espinar?

(El conejillo, al agarbo en el carasco; el mirlo entre las olivas; el sisón en la cancha...)

Si buscas flores sencillas,
hay en el valle violetas,
y gamarzas amarillas,
y estrelladas tijeretas,
y olorosas campanillas.

No cerrar los ojos ante ninguna sombra: de otro lado, ausencia de autocritica, impotencia de filtración. Lo superfluo en casi todas sus construcciones; el sofoco de la yedra ahogadora. No registrar emociones intelectuales, no rebelarse contra las fórmulas del academicismo...

Y una vida sencilla. Los padres labradores. Su nacimiento, Frades: pueblecito de sierra. Estudios, en Normales de Salamanca y de



El autor de «Extremeñas», un hombre atildado, sutil

Madrid, Maestro de niños, cuatro años de escuela en escuela por la tierra natal. Bodas en Plasencia, un día del mes de enero de 1898. Para el poeta, año de catástrofe el 98: cifra de quebranto nacional.

De Plasencia a Guijo, una aldea de la comunidad de Granadilla. Guijo, partido judicial de Hervás. En Guijo de Granadilla, caviloso de familiares y heredades: renglones cortos del verso, largas sumas de la hacienda.

Entre col y col, la rosa: juegos florales. Campesino en la Corte. «Fides, patria, amor». Gabriel y Galán, triunfador en Salamanca, y en Béjar, camino de Salamanca, provincia de Salamanca. Triunfador en Zaragoza, pilar de España, A Zaragoza y al charco, ¡menudo charco!: Gabriel y Galán, flor en el torneo de Buenos Aires.

Vísperas de su muerte, una carta famosa; confesiones a la fama, a una mujer letrada célebre; en la memoria, cuatro líneas, unas palabras significativas y mínimas de aquella carta a la condesa de Pardo Bazán: «Tengo treinta y



Nieto del poeta, y su homónimo, este es José María Gabriel y Galán, estudiante de Derecho en la Universidad de Madrid

cuatro años y a escribir coplas de dico el tiempo que puedo robar a mis tareas del campo. Comencé a escribir poesías para Juegos Florales, y me dieron la Flor Natural en los de Salamanca, Zaragoza y Béjar.»

Y después: Su «Canto al trabajo», flor en Buenos Aires. Viaje del conde de Segovia, desde América, con el premio en la mano. Singladuras de amarga recordación; a compás de la muerte del poeta.

Una muerte adelantada; a la vista, los treinta y cinco años. La muerte, y en los calendarios esta fatal fecha: 5 de enero. Reyes de la mala muerte. Cinco de enero, Valle-Inclán; 5 de enero, Samuel Ros. Con la muerte de Samuel Ros, y la muerte de Gabriel Miró... El terrible juego de las compensaciones: «Nada se pierde, nada se crea». El 5 de enero, fecha en rojo, fiesta para la poesía; nacimiento de un poeta universal: Federico García Lorca, un poeta del pueblo. A cubrir bajas, al rescate del 5 de enero, luctuoso 5 de enero de Gabriel, poeta del pueblo.

Y el juego de las cifras cabalístico: 1898. Un hombre con cifra de su tiempo. Un hombre con sus raíces en el suelo. Y sin embargo...

¿UNO DEL 98?

Este hombre y su data original: 1870. Dos años antes que Baroja; tres años antes que Azorín. En junio, como Azorín. Más viejos, Benavente, Unamuno.

Premio a un poema, «El ama», y en el Jurado, Unamuno. Bodas del poeta en Plasencia, enero 1898. También otro enero, a los pocos años, para morir. También el 98 y en los altos hielos, invierno sobre el Duina, muerte de Angel Ganivet. De treinta y cuatro años, los dos.

Muerte de Ganivet, 1898, y muerte de España. A los enterrados, una bohemia en derrota, desamparada, amarga. Desentendimiento del poeta. No desearse «uno del 98». Recordar esta impresión: Plasencia la benéfica; Plasencia, acogedora de repatriados.

Y deserción del poeta; a romper filas, lejos de la crítica negra. Una huida muy noble. No a soledad de torres de marfil. El poeta, en su rincón. Pocos de tan vivo sentimiento comunitario. Y, no obstante, la presencia de su dualidad; los paisajes del poeta:

el uno soñado
y el otro vivido.
¡Cuán amarga, sin sueños, me
[fuera
la vida que vivo!

Sueños los del 98... Pero, ¿desentenderse?, no. Cantos de fe, dioses de Sinaí, rubeniano redoble de imprecación:

¡Salva a España, Señor! ¡En-
[ciende el día
que ponga fin a abatimiento
[tanto!
¡Tú, Señor de la vida o de la
[muerte!
Tú, Dios de Sabaoth, tres veces
[Santo,
tres veces Inmortal, tres veces
[Fuerte...!

Verse en 1898. Nacer al filo del 70, y la obra con el nuevo siglo. Impaciente, la muerte; 1905; la poesía por granar. Escaparate de 1905. Entre tantos libros, los conmemorativos del gran libro: centenario del «Quijote». Tesis de la decadencia, y Maeztu, campeón de esa tesis; el mozo, el primer Maeztu. ¿Versos? En el escaparate, un libro de Rubén: «Cantos de vida y esperanza». Con polvo de dos años, otro libro: «Soledades» de Machado. Primerías de Juan Ramón. Hojear la crítica.

Juan Ramón o cruce de la apoteosis orquestal, tono mayor de Rubén Darío y la intimidad no sonora, no de color ni sensación, de Antonio Machado. No más nuevo, no más lejos—para Valbuena—: más hondo; musical como Darío, íntimo a lo Machado, J. R. J. o la depuración constante de lo mismo.

Una tarde otoñal, helada y
[muda,
de cielo muy azul, campiña yer-
[ta,
y un sol amarillento que se mue-
[re
de frío y de tristeza.

Una alondra del páramo vecino
se posó en la pared del campo.
[santo
para beber el rayo agonizante
del frío sol dorado
Cayó el silencio sobre el pue-
[blo humilde,
murió la tarde y se marchó la
[alondra,
y la vida le dijo a la ancianita
que estaba ya muy sola.

Los poetas admirados, consecuencia de mil tanteos, de cien poetas, del ensayo y el error. La Obra Bien Hecha, meta; no punto de partida, sino de llegada. En el anterior poema, elementos de los Tres Grandes de 1905: Darío, Machado, Juan Ramón Jiménez.

Y todavía el 98: aguafuertes de Eugenio Noel, cantos de la exactitud, estampas en orla negra. Este clima atroz:

La muerte de Margallo y la muerte de Cánovas. Desventurado fin de aquel duelo de alta política. Sagasta-Cánovas. En todos los labios, la respuesta de

Castelar a Manterola: «Grande es Dios en el Sinaí...» «Lunes de El Imparcial», portadas policromas. Cerillas en cajas iluminadas con escenas de los rebeldes; Máximo Gómez, Maceo. Coleccionistas de cromos: ases de la tauromaquia, Fuentes, Paquiro. Romances a la muerte del Espartaco. Un semanario bufo: «Don Quijote»; un ingenio a la última: «este periódico se compra, pero no se vende». Concurso de chotis o a bailar en un ladrillo. Crímenes artísticos y futuristas. Canciones de «La Gran Vía», «Pobre chica» y el «Vals de las clas». En todas las barberías un cuadro con el submarino de Perú. En todas las tabernas, Prim matamoros, caballo blanco. Y voces blancas de rueda, con dejos de François Villon:

Dónde vas, Alfonso XII,
dónde vas, triste de ti

Aparición del quinto poder: cesante. La guajira, ritmo de moda. Un artículo de fondo y abajo Gabinete...

El 98. generación libresca. Disociación del pueblo, de la sabiduría lletrada, natural de un pueblo. Recontar los escritores oscuros de la época. No los conocidos, registro mínimo de supervivientes. Pocas veces un tiempo más de temporal. El desastre y, ¿qué hacer? Política de viejos. Para los jóvenes, una generación hostil, sin mano amiga: las mercedes, pocas; los aspirantes, des-
aprensivos.

Ajeno a ese ambiente. Gabriel. Su fuerza, su secreto, resistir. Inmune a la ciudad. Ocupar la tribuna del Ateneo, en su fugaz paso por Madrid, y volver a la tierra. Declinar el homenaje cortésano. De corazón y de verdad. El retorno a la tierra. Eso: «a segar el heno». Y memorar, para secreto gozo, escribir:

Estuve en la ciudad. Vi la ma-
[teria
drillar resplandeciente...
Estuve en la ciudad y vi la vida.
Es ligera y hermosa,
del modo que es hermosa y es li-
[gera
ta ingrátida, la leve mariposa
que nace, que vive y muere en pri-
[mavera.
Se estudiaba el amor como un
[problema...

Eludir rebeldías, no enconar el aguante. La generosidad en el re-
traimiento. Muy lejos el rencor. La soledad, amena. Para venturas de compañía,

... Para el Dios de la Cruz, mi fe
[de roca,
y el amor de mi alma para todos.

VOLUNTARIO DE EXTREMADURA

Y el poeta, en su rincón. Atento al suelo. Duro suelo. Un pueblo de nombre significativo: Guijo. Unas aguas fragorosas, de río en tajo; y afluente del Tajo. Ya para siempre en esta tierra: el

poeta, salmantino; pero voluntario de esta tierra, extremeño.

Más extremeño que Espronceda, por ejemplo. Extremeño consorte, de bodas en Plasencia. Extremeño adoptivo, extremeño con todas las de la ley. Las «Extremeñas» y, sin embargo, no lo mejor de sus poesías. «Plétora», por citar. En «Plétora», el hombre entero. Sobre el valor lógico, los emocionales valores de la palabra. No perderse de vista, no ignorar la blandura de su temática; herir, a esas palabras, con el recio acento extremeño. Entonces, sin miedo a la emoción: «Cristu benditu», «El embargo», «Varón», «La embajadora», «Sibarita», «El desahuciado», «La Gedihonda»... «Plétora»:

Yo no sé qué será lo que adentro
me escarabajea.
Digu yo que serán estos vahus
que fecha la tierra.

Por muy hondas motivaciones, voluntario. Por fidelidad a la tierra, a los muertos. Un lema de entonces, «la tierra y los muertos»; una polémica novela de Barrés: «Los desarraigados». Terrible cuestión, elegir. Acceder al trasplante, pero condicione mínimas, el clima: común. Frades y Guijo, pueblecitos ribereños de una misma agua: río Alagón.

Bien. Trasplante, no desarraigado. La tierra, la misma: Altos pizarrales, barranqueras, la loma y el tajo, dehesas de pastiza, encinas; sucesión de cercados y de campo abierto. Monotonía de un paisaje severo, rudo.

En este sentido, extremeño. Su Extremadura, ¡tantas!, sobre una línea ideal: la Calzada de la Pleta, buen meridiano cero. Su diócesis, Plasencia. Y éstas sus lindes: cordón de Torres; a la raya castellana, la Transierra; al Mediodía, el Tajo, y al Oeste, Portugal. Servirse de la resistencia del aire, como la tórtola, para el vuelo. En la dureza mimosa de su fonética, Extremadura, fortalecer el poema; quizá no lo mejor de sus versos, pero versos de brama, derechos al corazón.

II.—LA POÉTICA

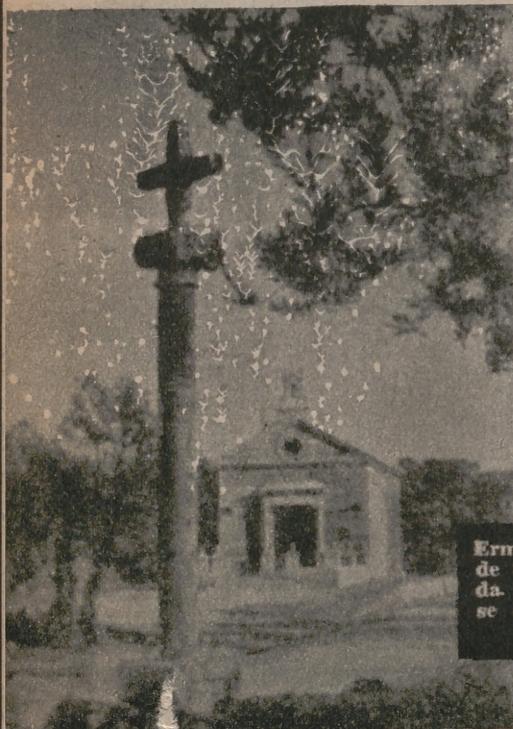
Al hilo del recuerdo, ahora esta segunda parte. Acarrear materiales para una Poética de Gabriel. Sin apresto alguno. Sin broza gramatical, pero libre de las preocupaciones literarias. Como un guión de temas que, en su momento, por la sola fuerza de la palabra, cobrarían vida, tono, perfume.

El poeta en su rincón. A gusto de su época decir: «Gabriel y Galán, en zapatillas.» La intimidad creadora, una temática de Juegos Florales. Fe y un libro: «Religiosas». Patria y otro libro: «Castellanías». ¿«Extremeñas»?; ya está el poeta aquí para siempre; ya está en el Guijo. Y evocar «Campeñas»; bajo este título, el hombre de la tierra,

el que entero en la vida se de-
[rrama,
porque a vivirla, generoso, viene;
trabaja, reza y ama:
¡Dios no le pide más: da lo que
[tiene!

Ermida del «Cristu Benditu», en Guijo de Granadilla, reconstruida y ampliada. El poeta Gabriel y Galán en ella se inspiró. Ha sido abierta solemnemente al culto

Iniciar la segunda parte del discurso con unas etimaciones sobre la estética del poeta. No an-



tes, porque el oficio es lo primero; el Quehacer, germen de la Poética. En el principio, el menester. Mester. Un mester o juglaría; otro mester, clerecía. Entre los dos, ni popular ni letrado; la humildad del poeta, que se nos define, que se proclama «coplero».

Su poética de coplero, medalla de dos caras: poesía popular, autenticidad creadora. Examinar, primero, la popularidad, característica de su poesía. Punto y aparte; escribir.

POESIA POPULAR

Un hecho, frente a todo posible argumento en contra: a los cincuenta años de su muerte, cincuenta ediciones de obra completa. Subrayar esta marca, en un tiempo de poesía impopular, de poetas esotéricos.

Cierto. España, clima de castigo para el poeta esotérico. España, que es la patria del romance. Don Quijote mismo, romance. Mil historias, el Romancero: tradicional, legendario, heroico: Cantares y cantares de cordel de guitarra, coplas.

Una poesía popular, rica en registros. Pero... Bajando el tono, las distantes relaciones entre pueblo y poesía y apenas un género indiscutido, un género popular: la canción. Canciones cantadas: la copla.

Ligero temblor en estas concreciones, una cruel reserva: no esperando el acierto fuera de la poesía popular, tampoco ilusionarse; no soñar calidades poéticas de cuño popular.

Mirándose coplero, poeta y coplero, sorprender estas notas, significativas de su poesía: emoción, comunicabilidad. La poesía es género si responde a esta prueba: su lectura en familia, en voz alta. Sometida a esta ley, una creación se hace género, poesía para muchos. Para todos, no.

Gabriel y Galán, o el cantor de la aldea y la sencillez del campo, de los afanes y los días. La emoción del poeta, que no se disuelve en saudade lusa, tan cercana; que no se afecta del énfasis bético, acochante, rayano al Sur.

¿Cantará la fantasía heroica? Voluntario de Extremadura, no sería justo encasillarle por su representación local. Y Extremadura, que no es una región; Extremadura, un mundo. Regionalista, no; provinciano Gabriel y Galán? Necesidad de nombrarle con segundo apellido: Galán. Otro Gabriel se ha visto clasificado entre poetas de provincia. Lo mismo que se dijo de Gabriel y Galán se ha dicho de un poeta sin versos, genio de la poesía en prosa, de nombre Gabriel. Los dos Gabrieles—Galán, Miró—, ajenos a la política de las letras, sin vida intelectual, apartados, nazarenamente. En tierras de ocazo, cuando el Rey Alfonso XIII las visita, Gabriel y Galán declara:

*Canto el alma popular;
no tengo nombre, señor.*

AUTENTICIDAD

Cantando al pueblo; ésta es la poesía que alza bandera, el santo y seña de una operación determinante: la autenticidad. No es un poeta letrado, Gabriel y Galán transmite sentimientos del pueblo. Y los transporta en un verso sencillo. No decir «clásico». Ni

*de vigor y de belleza.
Y conmigo te has holgado
recitando el himno ameno
del tranquilo amor hourado,
del trabajo resignado
y el felix vivit sereno.
Musa mía: mi has dormido
regalándome el oído
con la música sabrosa
que en los senos has bebido
de la vida silenciosa.*

Unos versos autógrafos de Gabriel y Galán

aun academicista. Sin brusquedades. Verso ni decantado ni atrevido. De no salvarse en temática tan recia como la campera de la Alta Extremadura, Gabriel sería digno epigono, uno más, de los neoclásicos; en los caminos de Núñez de Arce, por ejemplo. Ahí está, evitándolo su valor de poeta auténtico, la identificación de poeta y poesía.

Escribiéndose. Parecerse a sí mismo en el espejo de lo escrito. Saberlas verdad, vivas y de verdad, estas palabras: «... con toda mi alma, y con ella he hago coplas, que saben mejor que yo de memoria, porque las recitan en todas partes, y hasta las oigo cantar diariamente a los gañanes en la arada».

No; epigono? Más bien a lo primitivo. Poeta en línea de Berceo. Recordar la segunda copla, «Vida de Santo Domingo»:

*Quiero fer una prosa en román
[paladino,
en cual suele el pueblo hablar con
[su vecino,
ca non so tan letrado por fer otro
[latino;
bien valdrá, como creo, un vaso
[de bon vino.*

El vaso es lo de menos. El vaso, además, él lo pone. No pagarse de su poesía, no beneficiarla. Obsequioso el poeta; en rueda los vecinos, a la brasa del hogar. Sinceridad y desinterés. Por eso resistencia al juglar, pícaro del sentimiento, adulador, de palacio en palacio o de plaza en plaza, al mendrugo de la puerta. Saluda al Rey, visitante por Las Hurdes, y principia:

*Señor, no soy un juglar;
soy un sincero cantor...*

No letrado, no intelectual. No pícaro de Yoglaria. No mendicante de la gloria, ni de la letra impresa, ni de la popularidad de su nombre. «No tengo nombre», exclama; simplemente:

Canto el alma popular.

LA CRITICA

Hoy, estimables reivindicaciones: Gerardo Diego, Dámaso

Alonso. Admitase: quizá por motivo no puramente literario, en su tiempo se le manifestó muy próximo Unamuno. Cita de Unamuno, a la vuelta de un viaje por Las Hurdes: «Tierras extremeñas, las que cantó como una alondra Gabriel y Galán; tierras solemnes.»

Y ahora esperando al poeta. Auténtico poeta Gabriel; que sería gran poeta de intensificar su poesía, de acendrarla, camino de la emoción. Con sólo apretar el verso, ni una palabra ingrave, y trabar la facilidad; retener al lector, fatigarle, hasta que se goce de esa victoria y esa recompensa al propio esfuerzo. Y entonces la popularidad profunda merecida, la estimación «ganada»: el «para siempre».

Ideas de Dámaso Alonso: famas como ésta, a contrapelo de la moda, en zonas de público poco atentas a las exquisitas manifestaciones literarias. Una enorme popularidad de esta clase nos ofrece la poesía española moderna: la de Gabriel y Galán, ignorado desdenosamente por todos los «ismos» de la primera mitad del siglo XX y muchas veces bafado, ¡con cuán poca justicia!, por la crítica literaria, demasiado orgullosos, demasiado segura de sus principios estéticos.

Un reparo: la emoción burguesa. El sentimiento burgués, realista, satírico. Poesía no poética. Entre los dos Mesteres—guerrero letrado de nobles y siervos, religioso culto de la clerecía—, esta clase tercera, llana, de espíritu—¿espíritu?—práctico apenas elevado, sin exaltación, entre sentencioso y educativo. Esta contradicción: poesía-burguesa; lo sólo útil, lo escandalosamente convenido:

*Estoy en el repecho
presidiendo mi hermosa semen-
[tera.
Todo lo escucho con avaro oído:
el blando hundirse de las anchas
[rejas;
el suave rodar hacia los lados
de la mullida tierra...*

Grave reparo su búsqueda de la aprobación burguesa. Burguesía que nos parece ver en el extremo opuesto a poesía. Para la burgue-

sía, el arte de novelar; casa con ella la sátira. El poema, que tampoco sea invectiva; ni para solaz ni tábano de burgueses: la poesía ajena.

Claro que replegada en sí, auténtica, creadora de su propio ente. Poesía de Gabriel sincera, con sus aciertos, con sus errores. Desigual, como relucencia de creación. Desigual por falta de artificio. Por fidelidad a la materia; con primacía de lo expresado, pueblo, sobre lo expresivo, forma. Y las terribles consecuencias de esta concepción del arte.

Primera consecuencia, un gusto dudoso. Lo popular, que es lo trivial; lo popular, que se desentiende de lo selecto.

Segunda, que la emoción popular raramente es poética; más atenta a la situación, al gesto, al dramatismo.

Y todavía: el desentendimiento de la forma, no sencilla, pobre; de tan espontánea, lábil. Una obra así, obra desmañada: sin elección, sin filtro, sin pureza emocional, sin talla, sin autocrítica.

Gabriel y Galán, que sobre los posibles efectos o belleza poética sitúa la autenticidad, cualidad enteramente humana, casi nunca valor estético. Sus poemas, como capítulos de autobiografía. Una vida sentimental: si apenas peripécia, sin problema íntimo. Una obra anecdótica, limpia de inquietud, aldeana. Un asunto vulgar. A veces, el suceso; al borde, la novela.

*Yo he bebido en los recónditos
[aguajes
de las corzas amarillas y los ciervos,
y he matado a puñaladas en el
[coto
al arisco jabali...*

Etcétera. Gabriel y Galán, partícipe de los grandes poetas, con cualidades de poeta. Para la gloria de autor, basta un poema; un madrigal a Cetina, unas coplas a Manrique, una oda a fray Luis. Se encontraría el poema de Gabriel y Galán. No es que sea éste:

*Yo aprendí en el hogar en qué
[se funda
la dicha más perfecta...*

Pero se encontraría.

UNA VIDA EJEMPLAR

Sólo que ahora es momento de recontar sus virtudes de hombre. Sorprender, en la vida del poeta, virtudes de los grandes hombres. Penosa deformación en todo esto; hay una frase prodigada: «Con buenos sentimientos no se ha hecho más que mala literatura» Quizá la cita exactamente empezaría: «Con sólo buenos sentimientos...» Lugar común, ¡qué invitación a repensarlo! Si no fuera porque del brazo de esa cita se nos aparecen estas palabras, estos comedimientos: «... tontamente edificantes, no sólo mediocres: desacreditan lo que encomian». Y es cuando sentimos como propio el daño de los entusiastas, los paisanos, los derretidos, apologistas del «todo» Gabriel y Galán.

No me olvido, no es ocasión para desviarse. Pero, en la línea del Réquiem, invocaría a dos héroes

de la piedad: Cervantes, el novelista no oficial; Dostoyevski, el jamás situado. Idealistas: de la prosa; deliberadamente, huir de comparaciones. ¡El azul más color que el amarillo, menos que el rojo?

Eje de virtudes, ver en un polo su vida ejemplar; en el otro polo, su muerte joven. Examinar estas correspondencias: autenticidad de la obra, ejemplaridad de vida y la piedad de su vida, mirándose en el espejo de una muerte propia.

Cristiana vida, a lo Trento. Para la fe, su Dios de roca: a lo salmantino, lo cacereño, dos altos niveles de la vieja Extremadura, que manda abogados de Dios: Suárez, Soto, Arias Montano, dominicos y teólogos, a celestial campaña en Trento.

Et labora: la obra, poesía viva, la que en los dolores pone su gota de espiritualidad. Gabriel o alianza de magisterio y poesía. Proyecciones de este quehacer doble: aconsejar, instruir, ¡y qué difícil entre pasiones de aldea!, ejemplaridad sin mínimas, sin desmayo; y, de pareja, dulcificar las arrugas de un pueblo con el rocío de su sensibilidad de poeta: las coplas.

LA MUERTE JOVEN

Gabriel y Galán, o el escribir a tono de su pueblo; Gabriel y Galán, el morir a gusto de su época. Una influencia mágica, una confesión: «Me quieren mucho, me miman...» ¡Oh, qué rabioso dolor, aquel pueblo, a la hora de su muerte! ¡Cuán rudo amor a lo varón alrededor de su tumba!

A la que baja en una muerte propia, dejándonos por legado su imagen de juventud, ya piedra eterna. Rara ventura desposar a la inmortalidad en los umbrales de la poesía, incipiente la vida creadora. Treinta y cuatro años: un poco pasada la edad de los elegidos, y casi rozando aquel «en medio del camino» que a Dante sorprendió por selva oscura.

A gusto de una época, el XIX, que es número de oro para la Pléyade: André Chénier, Nerval, Baudelaire, Leopardi, Byron, Shelley, Keats, Pouchkine, Novalis, Kleist... Una centuria de poetas—Francia, Italia, Gran Bretaña, Rusia, Alemania—muertos en juventud. El suicidio de Larra, que abre las puertas de nuestro XIX; el suicidio que las cierra: Ganivet. Dentro de ese cercado, siega de flores de mocedad: Espronceda, Bécquer... También antes del XIX: Garcilaso, o la edad cristiana de morir. También antes... ¡Pero siempre! Menandro de Atenas, el que, por epitafio, para consuelo de poetas, dijo: «Los amados de los dioses mueren jóvenes...»

Gabriel, preparado. Ya. Cuando usted guste... Dos poemas patéticos, sus dos muertos: *El ama. El amo.*

*¡Oh, campos de mi tierra!...
en la casa es el frío de la al-
[coba,
es el llanto vertido en sus ti-
[nieblas;*

*en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que ama-
[rillea.*

Eso por la madre muerta. Y ahora sin el padre:

*Uno en pos de otro del hogar
[salieron.*

Sentir la presencia de la muerte. La visita ya anunciada. El padre, que acaba de morir. Y en esa proximidad de acecho encontrarse dispuesto, en su máxima, la receptividad, la resignación meditada, el espíritu claro—sabría, se podría morir—, alma con alas. Pero...

Su repulsa de hombre a la muerte. Generaciones y generaciones, en esa línea, con esa resistencia. El Hijo de Dios y es angustia, a la sombra de las olivas de Getsemani. Este cáliz, ¿no pasa?:

*la hiel del cáliz que en mi mano
[brémula
con ojos turbios esperando veo.
Ya está solo el hogar...*

Soledad. Amargura. Y un grito: voluntad de vivir. El ama, el amo,

si vivo, no han de morir.

Por eso quiere vivir, porque sus muertos no mueran. De luz, de sombras; poeta, pero barro, se sueña—en paredes de barro—, fragancia de eternidad. Resistir, que es hombre y se debe al hombre, ese pueblo de hombres...

*¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
sa va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.*

*De luz y de sombras soy
y quiero darme a las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!*

Y el estremecerse de aquel pueblo, en alarido inmenso, a la noticia de su muerte.

UN PUEBLO EN PIE LLORA AL POETA

Llorar, hombres del pueblo.

Los poetas, llorar. Ha muerto un poeta del pueblo.

Un pueblo en pie, alerta centinelas sobre su tumba. Escopetas y hoces en guardia. Velando. Renunciando a sepultura más honrosa. Que no. Que a Salamanca, no; ni la capilla de la Universidad, junto a fray Luis, el maestro. Negarse a que le arrebaten a su muerto. Firmes, hacer cara a los hombres, los poderosos hombres, y llorar... Ya que no supieran defenderle de la muerte, la urgida, la difícil muerte.

No. No hay más. No hay una gloria mayor sobre la tierra.

Y ahora los sobresaltos de mi palabra, que enmudezcan. Que por las galerías del alma también yo me llegue a ese pueblo: a rendirle calladamente, para secreto gozo, el homenaje de mi corazón conmovido.

CON SELLOS TAMBIEN SE ESCRIBE LA HISTORIA



UNA EMISION ESPECIAL CONMEMORATIVA DEL XX ANIVERSARIO DEL ALZAMIENTO



Diversas emisiones de sellos españoles posteriores al 18 de julio de 1936. Arriba: Primer sello del correo español



NOs compra sueltos o por pliegos y grufie cuando debe pagar dos ochenta para que la carta llegue antes. Quizá hasta los ese que luego enseña a sus amilcolecciona y los pega en el álbumgos en un viaje inmóvil a través del mundo, en el que usted es agencia, guía e intérprete. Pero sin necesidad de irse a otros países, sin necesidad de cruzar el mar, puede hacer usted un viaje de veinte años a través de la Historia de España. Día a día, contando esfuerzos, resumiendo hechos, concretando realidades. Y el sabor a goma que le queda en la lengua puede ser algo así como el deseo de permanencia, la voluntad de ser, la conciencia de que ese tiempo no ha pasado en vano.

Ahora vuelva la hoja del álbum y recuerdo.

PAPEL DELGADO, TRANSPARENTE, SIN DENTAR

Todo empezó en un día de verano. En aquellos tiempos España no andaba muy católica. Tenía y padecía más achaques de los que correspondían a su edad.

La parte enferma se dejaba empeorar sin tratar de poner remedio. Lo que aun quedaba sano en aquel cuerpo, protestaba con energía constantemente. Este estado de cosas duró algunos años, usted lo recuerda. Hasta que se decidió a ponerse en tratamiento erigiéndose en su propio médico. La receta: cortar por lo sano, sin más, antes que el mal llegase al corazón. Y el grito de rebeldía halló eco en todas partes, hasta en la filatelia.

Si usted coge un catálogo y echa una ojeada podrá leer: «Es-

tado Español 1936.» Después el sello, rectangular, casi cuadrado, con nuestro escudo. El precio: 30 céntimos. Y una fecha: 18 de julio de 1936. Luego la descripción. «Diseño borroso, papel delgado transparente, sin dentar.» Y si le interesa el precio, se podrá enterar de que nuevo vale doscientas pesetas y trescientas si está usado.

No es un sello brillante y bonito como los de ahora. Hasta puede que sea mucho más feo que cualquiera de los que se usaban entonces. Pero hay que recordar



El grabador trabaja meticulosamente la plancha de un sello



Con estos sellos conmemoró el correo español el Año Mariano

y pensar que en aquellos meses había algo mucho más importante en qué ocuparse. Por eso, en las dos zonas, tanto en la Nacional como en la roja se usaban los mismos sellos, los de la República. En la zona de Franco, con una sobrecarga en la que por regla general ponía: «¡Viva España!» Y la fecha del 18. Este primer sello, sin matrona, sin republicanismos, nació en Granada, y pronto tuvo otro compañero, de 30 céntimos también, color azul oscuro, dentado, de papel opaco más grueso que hoy se vende a 150 pesetas.

Nos vamos a Burgos, en el mismo año. Al quedar constituida la Junta de Defensa Nacional se ordenó la emisión de sellos para que desasen de circular los que se estaban empleando. Se encargó de la impresión la Casa Portabella de Zaragoza, y cuando en septiembre de 1936 se pusieron en venta los primeros valores de esta serie, llevaban la leyenda de Junta de Defensa Nacional. El convoy de la Victoria había cruzado el Estrecho y su paso quedó marcado en negro pizarra en los sellos que conmemoraron aquel paso hacia la victoria. Mientras se llevaba a cabo la emisión ordenada por la Junta, ésta fue sustituida por el Gobierno Nacional y los restantes valores de la serie siguieron imprimiéndose en la misma Casa, suprimiendo la inscripción referente a la Junta. Salamanca, Granada, Córdoba y Málaga, se unen a las catedrales de Burgos, Zaragoza, Sevilla, Navarra y Toledo. Los sellos evidencian las diferencias espirituales entre las dos zonas. A los sellos llenos de barbas con cierto matiz extranjero, a los que cantaban con flores y señoras talladas las excelencias de una República coja, se opusieron esos otros evocadores de tiempos pasados, de otras hazañas que había que repetir para que España no cayese aún más bajo. Era como una afirmación de volver a ser que se acrecentaba de día en día en las tierras que pisaban los soldados.

Queipo de Llano va estirando sus pasos por Andalucía. Pueblos y ciudades van siendo liberados y su liberación queda patente en los sellos. A Antequera, Málaga, no habían llegado las emisiones nacionales. Se usaban los republicanos con una sobrecarga patriótica tipográfica en negro, azul o rojo. Y la leyenda dice: «Antequera. ¡Viva España! Julio 1936.»

Baena, de Córdoba, siguió el

ejemplo. Pero allí hicieron las sobrecargas a mano. Cuatro flechas, una en cada lado del rectángulo y el ¡Arriba España! rotundo con la fecha de su liberación.

Almería, Aragón, Avila, Bilbao, Burgos, Cáceres, Cádiz, Canarias, La Coruña, Durango, Huesca, Huelva (Sevilla), Jerez de la Frontera, La Línea de la Concepción, Logroño, Lugo, Melilla, Orense, Palma de Mallorca, Pamplona... Todas, ciudades y pueblos, conmemoraron su liberación o hicieron patente su deseo y su anhelo de victoria a través de los sellos.

DESDE EL CID AL MILENARIO DE CASTILLA

1937. Desde principios de este año se cambiaron los dibujos. El Cid e Isabel la Católica fueron los adoptados. Un año más tarde, en febrero de 1938, se amplió la serie con otros cuatro sellos. La efigie de Fernando el Católico. Al mismo tiempo se hace un cambio en el dibujo de Isabel la Católica.

Antes, la gesta del «Baleares» quedó recordada para siempre en un sello de duelo. Sobre el «Pegaso» de la correspondencia urgente, el «Héroes del Baleares: ¡Presentes!»

En el año 37 se conmemoró el primer aniversario del Alzamiento Nacional y de la Liberación de Toledo. Para este segundo acontecimiento se lanzaron dos hojas-bloque. En la primera, castaño naranja, el Alcázar aparece antes de su asedio. En el segundo, verde negro, el patio de la fortaleza y una vista parcial del recinto tal como lo encontraron sus libertadores. El «Sin novedad en el Alcázar, mi General», de Moscardó ante Franco, pasa así a la Historia.

Puede que usted recuerde algo acerca de un pretendido Correo Submarino. Según los rojos, este correo se llevaba a cabo entre las costas españolas y la isla de Menorca. Un periodista extranjero hizo este viaje con el sumergible, que puede que llevara correo, pero que no llegó a sumergirse. De submarino no tenía nada. Lo más probable es que si la nave se sumergía no volviera a salir a flote. De todo aquello han quedado unos sellos emitidos en 1938, de 4,6 y 15 pesetas, con dos colores comunes a todos ellos para variar después entre el carmín, azul ultramar y verde negro. Montados en hoja de 150 x 118 milímetros se venden hoy a 300 pesetas si

son nuevos y a 350 si están usados.

Volvemos a febrero de 1938, y a las hojas-bloque. Esta vez la hoja contiene cuatro sellos: Catedral de Palma de Mallorca, el Alcázar de Segovia, Basílica de la Virgen de Covadonga y la catedral de León. España vuelve la vista atrás y revaloriza así sus monumentos y la herencia de fe que los años le legaron.

En julio del mismo año apareció otra hoja-bloque, pero esta vez constando de 20 sellos en cuatro diseños diferentes: abanderado, soldados en las trincheras de Teruel, el acorazado «Almirante Cervera» y la Guardia Mora.

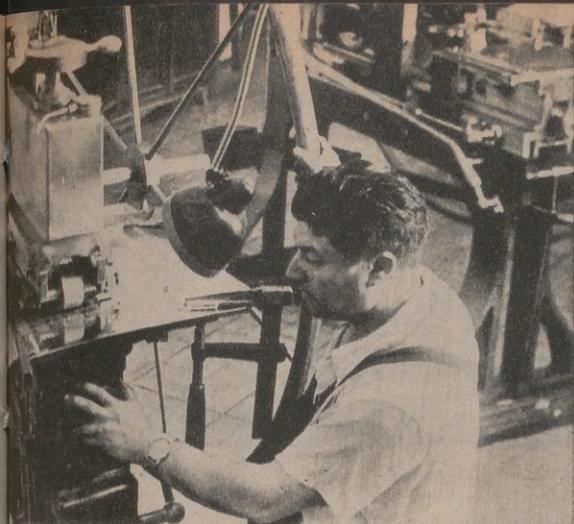
En 1939 termina la guerra. Las tropas nacionales han alcanzado la victoria después de casi tres años de campaña. Es la hora de la reconstrucción, de afrontar el porvenir con un espíritu nuevo y hay que empezar por rehacer a los mismos hombres que hace poco lucharon unos contra otros. Ya el año anterior se había lanzado una emisión a favor de los tuberculosos pobres. Ahora, es otra, homenaje al Ejército, la que sale en 18 de julio. Su precio, dos pesetas. Unos meses más tarde aparece el primer sello con la efigie del Caudillo. Es un dibujo con firma de Sánchez Toda, firma que ya no vuelve a repetirse en ningún otro. Se lanzó en once colores, con otros tantos valores distintos. Todavía en este año una nueva emisión pro tuberculosos, en color castaño violeta claro.

Un año después, España conmemora el XIX Centenario de la Virgen del Pilar. «Ruinas de Belchite», «El Rosario», «El templo del Pilar», «La madre Rafols», «El camarín de la Virgen», «El juramento de los sitiados», «El milagro de Calanda», «Aparición de la Virgen... Estos son los motivos que sirven para la realización del sello. España cree y no olvida. Nuevo sello pro tuberculosos y una pausa hasta 1944. En este intervalo los sellos con la efigie del Caudillo y los del Cid son los más usados. Se abre un paréntesis. Otra nueva estampilla pro tuberculosos en 1941, de 10 céntimos. Al año siguiente aparece el de correspondencia urgente, que durará hasta 1954. Es el tipo de 1939.

En 1942 se pone en venta otro con la efigie del Caudillo, grabado. Y ese mismo año se celebra el IV Centenario de San Juan de la Cruz.

El Año Santo se celebró entre 1943-1944. Tres sellos. Dos de ellos con la imagen del Apóstol. El otro, con el célebre botafumeiro. Tres más, esta vez con el sepulcro del Santo, la fachada de la catedral y la del hospital

España en paz se dedica a la reconstrucción y a la enorme tarea de volver a montar fábricas destruidas, a construir otras nuevas. Los pantanos se extienden por la geografía nacional se vuelven a levantar hospitales. La Ciudad Universitaria de Madrid está en marcha y sólo faltan dos años para que sea inaugurada. Nuevos buques españoles cruzan los mares y el país surge poco a poco, como un ave fénix, entre sus ruinas. Hay una renovación constante, segura, sobre la piel de toro. Nada de esto, sin embargo,



Batería de máquinas transferidoras para la impresión de sellos



Transferido a la plancha de máquinas del dibujo de un sello

aparece en los sellos. Hablar de proyectos es fácil, es bueno. Pero mejor es realizarlos y luego decir: «Esto hemos hecho». Por eso los sellos de España, esos pequeños escaparates abiertos al mundo, no hablan de lo que se está haciendo. Eso vendrá después.

El Milenario de Castilla se celebra en 1944 y tres series lo recuerdan a todos cuantos envían cartas. Después, ya estamos en 1945. Quevedo se asoma a los rectángulos de papel engomado. Motivo: tercer aniversario de su muerte en 1645.

Un año más y el Centenario del Pilar, el Día de la Raza y el Día del Sello. El «Camarín de la Virgen», «Elio Antonio de Nebrija» y la portada de la Universidad de Salamanca con la firma del padre Francisco de Vitoria.

CENTENARIOS Y CONMEMORACIONES

Repase usted un poco y verá que durante estos años las emisiones se limitan a conmemorar aniversarios o a reflejar monumentos españoles, hombres célebres por lo que escribieron o llevaron a cabo y figuras de la más pura raigambre española. Vea si no, en 1947, la conmemoración del Día del Sello de ese año. Es el IV Centenario del nacimiento de Cervantes el que sirve de motivo. Y en uno de ellos el Quijote, con su cara noble y chupada soñando aventuras por los campos de Castilla recién conquistados para el trabajo, como si en vez de molinos, sus gigantes fuesen los silos levantados sobre la tierra parca y reseca.

Año 1948. Mateo Alemán, VII centenario de la Marina española y de la toma de Sevilla por Fernando el Santo, Día del Sello, con el centenario de los ferrocarriles españoles y el sello que usted ha estado usando hasta hace poco tiempo: la efigie del Caudillo en sepia amarillo.

Otra vez el Cid, una nueva emisión del Caudillo, otra más con el castillo de la Mota al fondo, otra aún en 1949 junto con otra nueva del Cid dedicada a las víctimas de la guerra y fecha de 1946.

En estos años el procedimiento de impresión que domina es el del huecograbado. Y nadie puede decir que nuestros sellos no sean bonitos. ¿Se acuerda del emitido en 1949, pro tuberculosos? Seguramente, sí. Es el de la carabela



Sobre con matasellos de San Sebastián durante la guerra de Liberación

con la cruz de Lorena encerrada en un círculo en la parte superior derecha. Se hizo en dos co-

lores que alternaban en las tres series: lila y rojo, verde y rojo y castaño y rojo.

Después celebramos el centenario del sello español y de la E. C. S. E. con un sello cuyo valor iba de 10 a 75 pesetas. Se lanzaron cuatro series con la efigie de Isabel II. Fue en el 12 de octubre. Diez días más tarde en otras emisiones se recordaba el viaje del Caudillo a Canarias.

¿Seguimos con los centenarios? Pues entonces vuelva la hoja del álbum y busque entre los de 1951 el que nos habla del V centenario del nacimiento de Isabel la Católica. Pero el Rey no podía ser menos y desde 1952 hace compañía a su mujer en las colecciones y en las casas filatélicas. Pero vuelva atrás otra vez y deténgase en 1950. En ese año se pusieron en venta cuatro sellos, cuatro literatos célebres: Calderón de la Barca, Lope de Vega, Tirso de Molina y Juan Ruiz de Alarcón. Si no los tiene usted colocados en ese año, puede hacerlo ahora. Incluso incluirlos en el 53. En este año se lanzó la última emisión.

Barcelona se llenó de gente cuando se celebró en 1952 el XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Y seguramente entonces usted escribiría a algún amigo franqueando el sobre con



Sello del primer aniversario del Alzamiento Nacional



Sello conmemorativo de la liberación de Toledo



Colectión de sellos de la Guinea española

un sello de 90, color carmín vinoso con la efígie de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento. Y un poco más adelante, aun dentro de ese mismo año, los doctores Ramón y Cajal y Ferrán aparecieron en los sellos que compró en el estanco por 2 pesetas o 4.50.

Dos pesetas pagó también por un sello de color castaño verdoso en el que decía: «Séptimo centenario de la Universidad de Salamanca». O quizá fué uno de 90 céntimos, verde oscuro, con la efígie de fray Luis de León. Pero puede que fuese el de 50 con los Reyes Católicos. Si no se acuerda bien, eche una ojeada a su álbum o al del amigo, si usted no lo tiene.

En huecograbado se hizo la emisión de 1954, conmemorativa del III centenario de José Ribera «El Españolito» y la «Magdalena», de uno de sus lienzos sirvió como motivo decorativo. El día 25 de julio de ese mismo año Santiago de Compostela volvió a ser el centro del mundo cristiano. Se celebraba el Año Santo Compostelano y los peregrinos, llegados en tren, en avión o en barco, de todas las naciones que aun creen en Dios enviaron recuerdos a casa. En los sobres, un rectángulo castaño o azul oscuro, 50 céntimos o tres pesetas. El Pórtico de la Gloria y la Catedral gallega, meta y fin del camino de Santiago.

Después, Marcelino Menéndez y Pelayo asomó su barba cargada de historia en un sello de 80 céntimos, color verde oscuro, que ahora, nuevo, vale tres pesetas.

Para el Año Mariano, diez Virgenes han servido de motivo. La Purísima, Nuestra Señora de Begoña, la Virgen de los Desamparados, «la Moreneta», Nuestra Señora del Pilar, la de Covadonga, de Los Reyes, de la Almudena, de Africa y la que es Patrona de todo un continente, Nuestra Señora de Guadalupe. Los sellos marcan 10, 15, 25, 30, 50, 60 y 80 céntimos, y 1, 2 y 3 pesetas, respectivamente.

Los últimos sellos emitidos aún los está usando. Son de 1955, en veinte colores correspondientes a otros tantos franqueos, desde 10 céntimos a diez pesetas. Su confección fué ordenada en 4 de febrero del año pasado.

Naturalmente, se han emitido muchos sellos más. Más conmemoraciones, más efígies, más centenarios... Los sellos emitidos durante estos veinte años han ido ganando en finura, en solidez de líneas, en gracia. Son más agradables, son más bonitos y muy solicitados por los coleccionistas de todas partes. Son unos sellos hechos a conciencia.

NO ES FACIL HACER UN SELLO

Pero no son sellos para unos pocos. A los coleccionistas les gustaría que de cada uno solamente se hiciesen unos pocos ejemplares que luego se convertirían en piezas raras y caras, que se pagarían bien en los mercados. Pero esto no puede ser. Los sellos son como el escaparate de la nación que los emite. En la vida real los escaparates están montados para todos, lo mismo para el que entra a comprar que para el que pasa de largo después de echar una ojeada. Son tarjetas de visita y una propaganda estupenda. Por eso los sellos españoles deben estar en todo el mundo, llegar a todas partes para mostrar la riqueza de un país que se ha hecho a sí mismo, que se está haciendo, y lo proclama orgulloso a través de un pedacito de papel lleno de color y de vida.

Hacer un sello cuesta trabajo. Es una labor paciente y metódica que requiere personal espe-

cializado de primer orden. Y luego, estudiar el procedimiento más adecuado para su impresión. Esta puede hacerse por talla dulce, huecograbado, litografía y tipografía.

En España los más usados actualmente son los dos primeros. El de talla dulce o calcográfico es el clásico y su práctica es una verdadera artesanía. Es un procedimiento lento, pero lo que se puede perder en rapidez, se gana en calidad. (De paso diré que los billetes de Banco españoles no admiten comparación posible con los de ningún otro país del mundo. Son muy superiores a todos los demás). Sin embargo, esa lentitud ha sido compensada por el perfeccionamiento de los métodos empleados y de las innovaciones introducidas en las máquinas de tirada. Sus rendimientos son muy aceptables.

Los sellos estampados por este procedimiento se distinguen por la pureza y vigor de las líneas y la fidelidad de la reproducción hasta en los detalles más pequeños. Los trazos, su longitud y anchura, así como su profundidad, determinan diferentes groesores de la capa de tinta. De este modo se obtienen diferentes tonos.

Pero vamos por fases. Hay que partir, naturalmente, de una fotografía o dibujo original. Después la labor recae sobre el grabador, que trabaja con buriles adecuados sobre planchas de acero. Luego el hincado o la galvanoplastia se encargan de reproducir el sello para la repetición del original y acortamiento de la tirada, es decir, para fijar el número exacto de sellos que van a hacerse. Y luego, en una última fase, la impresión.

El otro procedimiento, el de huecograbado es más moderno y de mayor producción, compatible con una buena calidad. Aquí la artesanía desaparece. El artista grabador es sustituido por el percloruro de hierro. Sobre una plancha de cobre se coloca otra de gelatina. Esta ya recibió, y se fijaron en ella, los sellos por medio de la fotografía. La capa de gelatina permite obtener después las distintas calidades de un modo automático empleando diferentes concentraciones de la solución mordiente.

Ventajas de este procedimiento. Gran suavidad y finura en la que se destacan los diferentes planos que integran el dibujo. Y sus fa-



El operario nos muestra el molde agujas de trepado para planchas de 100 sellos



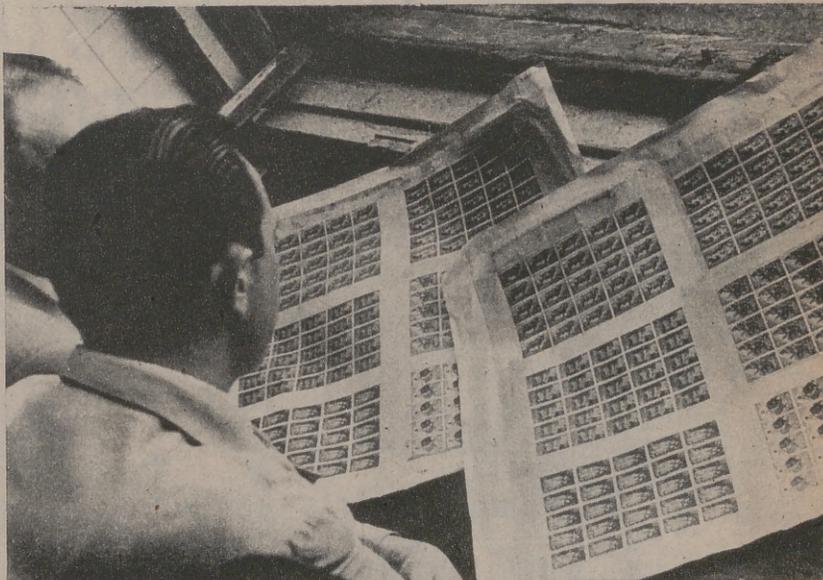
Otra serie de sellos de la Guinea española

ses son: el imprescindible dibujo original o fotografía. Después, el retoque a fin de suavizarlo y delimitar los diferentes planos o valores del original. Luego, montaje para fotografiar, con las letras o leyendas. Una vez hecho esto, repetición fotográfica del sello para acortar la tirada. Inmediatamente después se lleva a cabo el pasado fotográfico a la lámina de gelatina para colocar ésta en una fase posterior, sobre la plancha o cilindro de impresión. Después ya se graba empleando las diferentes concentraciones del líquido mordiente que atraviesa la gelatina previamente desarrollada con agua. Luego, la impresión. Y ahí tiene usted un sello de ochenta dispuesto para ser pegado en el sobre.

Quedan dos procedimientos más. El litográfico, que se emplea cada día menos, y el tipográfico.

UN SELLO PARA EL XX ANIVERSARIO DEL ALZAMIENTO

Si dentro de unos días, el 17 ó el 18, por ejemplo, pide usted un sello en el estanco o en la Estafeta más próxima a su casa, le darán uno alargado, en dos colores. En primer término, un soldado y detrás, banderas desplegadas al viento de España. Sáenz de Tejada hizo el dibujo original. El XX aniversario de aquel 18 de Julio de hace veinte años queda así conmemorado en cuatro valores, cada uno en dos colores.



Antes de continuar la tirada se comprueba la perfecta impresión de los primeros pliegos de sellos

También habrá oído hablar del buque «Ciudad de Toledo». Será una exposición flotante que muestre al mundo lo que España sabe hacer y cómo lo ha hecho. Hacia el 24 ó 25 de este mes se pondrán esos sellos a la venta, al precio de tres pesetas.

Es un camino, que podría muy bien seguirse, hacia la emisión de sellos que anunciase a todos lo que España es. Ya hay una serie de toros que será emitida el

año que viene y a ésta seguirán varios pintores y sus obras. No sería nada extraño que por fin se viesen en los estancos sellos con las obras llevadas a cabo en estos diecisiete años de paz: reformas agrarias, obras públicas, barcos, edificios; todo lo que ha nacido y crecido bajo la dirección de Franco.

Y hasta sellos deportivos. Es curioso. El único sello de esta clase que existe fabricado en España, se dedicó a Guinea. En él, un negro y un blanco se disputan un balón saltando. Ni un solo sello más de esta clase existe. En cambio, cuando en el año 1924 una república suramericana quedó campeón olímpico de fútbol, lanzó una emisión de sellos que conmemoraban aquella victoria. Victoria y emisión que se repitieron cuatro años más tarde. España ha sido varias veces campeón en algún deporte durante estos últimos años. Tenemos el caso del hockey sobre patines, tiro de pichón, Copa Latina... También así podríamos decir nuestra verdad nacida al calor de esos veinte años que un sello viene a recordar en el 18 de Julio.

Gonzalo CRESPI

(Fotos Mora. Originales cedidos por Casa Gálvez.)



Las exposiciones filatélicas son lecciones de geografía e historia que son fácilmente aprendidas

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

ON SELLOS TAMBIEN
E ESCRIBE LA HISTORIA



LA EMISION ESPECIAL CONMEMORATIVA DEL ANIVERSARIO DEL ALZAMIENTO, A LA VENTA



Arriba: Colección de sellos conmemorativos del Alzamiento Nacional que circularon en el Correo del Protectorado Español de Marruecos. Izquierda: Los primeros sellos de la España Nacional. La fotografía nos muestra una fase de la fabricación de sellos en la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre de Madrid